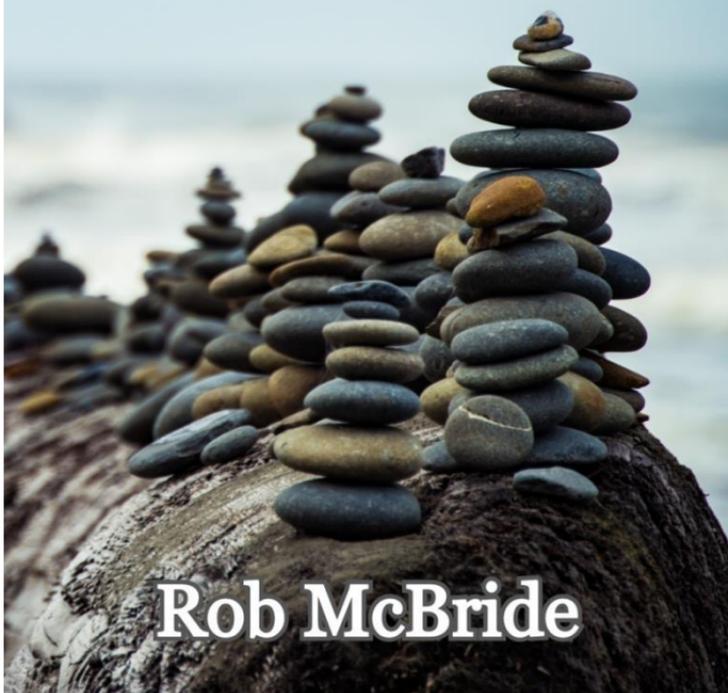


Momentos Mágicos



Rob McBride

Dedicado a mi gran amigo Samuel Bendelac, quien me enseñó
el valor de ser útil en la vida.

- I. Nuevos Horizontes
- II. Un Rebote en el Aire
- III. Un Nuevo Mundo
- IV. Una Mano Amiga
- V. Dando Dirección al Destino
- VI. En la Lucha por la Locha
- VII. Primero lo Primero
- VIII. Momentos Marcan el Destino
- IX. Chambeando por allí
- X. Las Fiestas
- XI. Candela Pura
- XII. Lucila
- XIII. Pateando la Calle
- XIV. Un Balde de Agua Fría
- XV. Piedras en el Camino
- XVI. Aguascalientes
- XVII. Un Nuevo Amanecer
- XVIII. Las Palabras Crean Realidades
- XIX. Don Juan José
- XX. Momentos
- XXI. Reflejos en el Agua

Copyright

Libros Disponibles

I. Nuevos Horizontes

Samuel observaba el paisaje por la ventana del avión. El sol bajaba en el horizonte y sus rayos brillaban sobre la superficie del agua. Su mente volaba tan alto como el avión mientras consideraba los eventos que dieron impulso a un cambio radical en su vida. En los últimos años, la situación en su país se había deteriorado. Como la gran mayoría de los habitantes, él había aguantado condiciones de vida inhumanas. La pobreza, el hambre y la escasez lo habían acechado durante toda su vida. Samuel cerró los ojos y revivió lo que había transcurrido hace unos meses.

* * * * *

Era de noche y Samuel estaba con su mamá y sus hermanos. Comieron y luego cada uno de ellos se encargó de lo suyo hasta acostarse a dormir. Su papá, su tío y su hermano mayor salieron como lo solían hacer entre las sombras de la noche. Llegaron tarde y después de conversar un rato se acostaron. En horas de la madrugada vinieron soldados que forzaron la puerta y entraron a la casa. Amarraron a su papá, a su tío y a su hermano. Cuando Samuel preguntó por qué se los estaban llevando, uno de los soldados contestó mientras le apuntaba con una pistola —Se metieron donde no debieron haberse metido. Si eres inteligente, no seguirás sus pasos!

Los sacaron de la casa y se desvanecieron en la oscuridad. Aunque no entendía exactamente lo que estaba haciendo su papá con su tío y hermano mayor, sabía que estaban en contra del régimen actual. Se reunían a menudo con varias personas siempre a escondidas y en lugares diferentes. Le daba miedo cuando salían así y sus peores miedos se habían confirmado.

Una semana después de que se los habían llevado, un vecino llegó a su casa con su sombrero en la mano y les dijo que los tres habían <<desaparecido>>.

Samuel y su familia estaban destrozados. Lamentablemente su cuento de tristeza era el mismo de muchos. El clima político se había deteriorado en los últimos 20 años y la familia que gobernaba de manera dictatorial y con mano dura no perdonaba a ninguna persona que hablara en su contra. Las acciones que tomaban en contra de sus opositores solían ser rápidas y mortales.

Samuel sabía que tenía que haber algo mejor de lo que estaba viviendo. Aunque amaba mucho a su mamá y a sus hermanos, decidió que ésta no era la forma en la que él quería vivir. Su mamá estaba angustiada y no paraba de llorar durante días. Ella se colapsó cuando supo que estaban muertos y tuvieron que llamar al médico para sedarla. Después de varios días ya no le salían más lágrimas. Se quedaba muy quieta y miraba al espacio durante horas. Una parte importante de su ser les había sido arrebatada de todos, algo que jamás podría ser reemplazado.

Mientras cenaban una noche, Samuel le dijo a su mamá – Mami, creo que no tengo vida aquí. Aunque quisiera decir que puedo manejar la situación y seguir como si nada hubiera pasado, la verdad es que quiero vivir en paz y tranquilidad. Quiero una vida donde pueda sonreír y disfrutar. Me gustaría buscar un camino nuevo.

—Te entiendo Samuel y no te culpo porque quieras algo mejor —dijo su madre con lágrimas en los ojos—. He rezado por algo mejor durante muchos años y parece que las cosas sólo empeoran. ¿A dónde piensas ir?

—Vi unas fotos de un país maravilloso hace unos años. ¡Me parece un lugar espectacular! —dijo Samuel con un brillo

en los ojos—. He estado pensando mucho en esto y creo que mi felicidad se encuentra más allá de nuestras fronteras. Aunque sé que mi papá, mi tío y mi hermano estaban luchando por lo que pensaban que era lo mejor, lamentablemente resultó fatal. Siento que hay un mundo enorme allá fuera y quisiera saborear un poco de lo que está más allá de nuestro país. Aquí no hay seguridad y esto se ha puesto demasiado violento.

—Aunque me entristece pensar que te vayas, sé que tienes razón —respondió su mamá mientras tomaba sus manos entre las suyas—. Espera un momento, ya vuelvo —dijo mientras iba al cuarto.

Samuel veía sus hermanos que estaban boquiabiertos a lo que él estaba proponiendo.

—Samuel, ¿qué harás? —preguntó una de sus hermanas.

—Aún no estoy completamente seguro. Lo único que sé es que creo que puedo ser más útil para ustedes estando afuera buscando nuevos caminos.

—Sammi, ¡no quiero que te vayas! —dijo hermanito angustiado mientras se levantaba y corría hacia Samuel, quien se levantó tomando a su hermano pequeño en sus brazos.

Antonito adoraba a su hermano mayor y quería ser exactamente como él. Samuel era el segundo de los hermanos. Luego nacieron sus dos hermanas y varios años después, como si fuera un regalo del cielo, vino su hermano menor. Su hermano menor, Antonio, era el consentido de la familia y a él le encantaba la lluvia de atención que Samuel siempre le brindaba. El pequeño iba a extrañar mucho a Samuel.

—No te preocupes, Antonito, todo saldrá bien. Ya vas a ver —dijo Samuel con convicción mientras abrazaba fuertemente a su hermanito. Sus hermanas se levantaron y se unieron a

Samuel y Antonito. Se abrazaron y comenzaron a llorar. Pronto estaban en sollozos.

Regresó su mamá y cuando vio a sus hijos abrazados, colocó la caja de madera que traía en la mesa y se agregó al abrazo grupal. Ella amaba a todos sus hijos con todo su corazón y por más difícil que fuera aceptarlo, sabía que Samuel tenía razón. Ella pensaba que él iba a encontrar algo mejor más allá de las fronteras, lejos del lugar que tanta angustia les había traído.

Después de unos minutos juntos allí abrazándose, su mamá levantó la cabeza y dijo —Quiero enseñarles algo.

Tomó la caja de madera que había traído y se puso en medio de sus hijos que seguían abrazados. Mientras veía a Samuel abrió la caja y le enseñó varios paquetes de billetes. —Hijo, he guardado este dinero durante muchos años. Sabía que llegaría un día en que fuera necesario. Sé que hoy es el día y éste es el momento. Te lo quiero dar.

—No lo puedo aceptar —contestó Samuel inmediatamente.

—Quiero que lo tengas —dijo su mamá con lágrimas en los ojos—. Quiero algo mejor para ti y sé que cuando tú estés bien, así también estaremos nosotros.

Samuel abrazó a su mamá y cerró sus ojos mientras la abrazaba con toda su fuerza. Se quedaron allí abrazados pensando en lo que podría traer el futuro. Soñaban con lo que podía ser. Con los dados ya lanzados, la decisión se había tomado y todos sabían que Samuel se iba. Todos se preguntaban de alguna manera lo mismo, <<¿Qué hay más allá de lo que ha sido hasta este momento nuestro mundo?>>

Al día siguiente Samuel se acercó a una agencia de viajes y preguntó cuánto costaba un pasaje al país en el Caribe con las playas increíbles y las mujeres bellas que había visto ante-

riormente en la revista. Unos días después de haber visitado la agencia, conoció a una señora encantadora, de ese mismo país de las fotos. Ella se llamaba Sara y le habló mucho a Samuel sobre su tierra natal y sus bellezas. Después de sus conversaciones, Samuel cerraba sus ojos y pensaba mucho en ese país soleado del Caribe con muchachas lindas en la playa. Aunque el costo del boleto era más de lo que le había dado su mamá, puso manos a la obra para completar el dinero y así comprar el pasaje. Con la ayuda de sus hermanos que aportaban lo que podían, logró reunir el dinero en un par de meses.

Mientras tanto, después del trabajo, iba todos los días a la casa de la Sra. Sara. Ella le contó de su país natal que se le había quedado en su corazón a pesar de que su cuerpo ya no estaba físicamente allá. Le comentó sobre las cosas buenas y no tan buenas del lugar para que Samuel supiera que no todo era como lo que había visto en la revista. Aunque ella extrañaba mucho su país, por asuntos familiares no le había sido posible regresar desde hace muchos años.

Lo más importante y útil de estas visitas para Samuel fue que ella le dio lecciones gratuitas para que aprendiera su idioma. Samuel era muy inteligente y aunque no hablaba perfecto esta nueva lengua, mostró una gran habilidad de aprendizaje y logró comunicarse bien.

El día que fue a comprar su boleto aéreo sintió una mezcla de emociones. Una parte de él se sentía triste porque iba a dejar a su familia y, por otra parte, estaba emocionado por el comienzo de un nuevo camino. Pensaba en lo que le esperaba más allá de lo que había conocido durante toda su vida. Soñaba con algo mejor, con una aventura hacia una vida nueva y espectacular.

II. Un Rebote en el Aire

De repente el avión dio un brinco y Samuel se despertó agarrándose fuertemente de los apoyabrazos. Desde el momento que llegó al aeropuerto, había estado muy nervioso. Volar en un aparato que para su criterio era una masa de hierro no le parecía nada seguro. Estaba asustado cuando se montó en el avión y ahora estaba aterrorizado.

—¿Es tu primera vez volando hijo? —le preguntó el señor que estaba sentado a su lado. Al subir al avión el señor lo había saludado cordialmente y luego se puso a leer. Samuel se había quedado dormido pensando en todo lo que había ocurrido recientemente en su vida.

—Si señor —respondió Samuel mientras se agarraba con fuerza—, ¿es tan obvio?

—¡Un poco bastante! —se rio el señor.

Cuando la turbulencia se calmó, Samuel vio por la ventana y notó que estaban entre las nubes. El señor le preguntó —¿Ya estás mejor hijo?

—Ahora sí —respondió Samuel—. Aunque por un momento sentí como si estuviéramos en una licuadora y pensé que íbamos a ser licuados.

El señor se rio tan fuerte que todo su cuerpo se movió.

—¿Quieres hablar o prefieres concentrarte en los brincos del avión?

—Supongo que tal vez sería mejor que hablemos —contestó Samuel—. De repente así me olvido de esos movimientos que tanto me asustan.

—Tranquilo hijo. Se ha comprobado que es más seguro volar en un avión que caminar por la calle. Así que a menos que

hoy sea nuestro día para pasar de esta realidad conocida a la otra que es inminente y aún desconocida, vamos a vivir.

Ahora fue Samuel que se rio. Observó al señor mayor que estaba sentado a su lado. Era de estas personas que siempre tenían una sonrisa en la cara. Cuando hablaba sus ojos titilaban como si fueran estrellas. Era de mediana edad, su cabello negro con gris en sienes. Se notaba que estaba fuerte y lleno de energía.

—Mi nombre es Juan José Sánchez —le dijo mientras le estrechaba la mano.

—Yo soy Samuel Bercowksi —respondió el muchacho mientras tomaba la mano del señor. El apretón de mano del señor fue fuerte y a la vez cordial. El muchacho sintió una energía que surgía de la mano del señor y que irradiaba por su brazo.

—¿Qué te trae por estos lares? —le preguntó el señor.

—Disculpa. No entiendo, ¿<<lares>>?

—Perdón —dijo el señor, riéndose—, a veces se me olvida que no todos entienden mi manera coloquial de hablar. ¿Qué te trae a mi tierra natal?

—Estoy en busca de algo señor.

—¿Qué será hijo?

—Para ser sincero, ¡aún no lo sé!

—Bueno creo que entonces somos dos porque cada día que me levanto estoy en busca de algo. Al final me doy cuenta que siempre está exactamente donde lo dejé. Temo que mi memoria, sobre todo la de corto plazo se me está yendo.

Los dos se rieron del chiste del señor. A Samuel le pareció increíble la confianza y cordialidad que fluía de este señor jo-

vial. Tenía una calma y una serenidad que había visto en pocas personas. Un aura de energía emanaba de su cuerpo.

—Tengo una pregunta.

—Si tú tienes una pregunta, yo tengo una respuesta —cantó el señor causando risa al muchacho.

—¿Suele cantar así sin una razón específica, señor?

—Siempre que puedo —cantó nuevamente esta vez regalando también una sonrisa—. Aunque me imagino que esa no era tu pregunta.

—Tiene razón. Lo que quería preguntarle es como hace usted para mantenerse en forma. Veo que usted no es joven y aun así, tiene mucha más energía que la gran mayoría de las personas que conozco.

—Por lo contrario, hijo, soy muy joven!

—Disculpe, señor, no quería ofenderle.

—De ninguna manera hijo, no me molesta para nada. Yo he aprendido a través de los años que la edad está en la mente. Hay personas que son jóvenes y parecen ser viejos, mientras que otros que son viejos parecen ser niños. He tomado la decisión de mantenerme siempre joven de mente, aunque ahora mi cuerpo me está comenzando a indicar lo contrario.

—¿Y cómo hace usted entonces para mantener su mente joven? Parece que uno conlleva al otro porque usted también luce joven de cuerpo.

—Gracias hijo. Te diría que me mantengo joven de mente y cuerpo dándome a mí mismo un regalo todos los días.

—¿Cómo es eso? —preguntó el muchacho perplejo.

—Es una rutina que mi abuelo me enseñó hace muchos años. Doy la bienvenida al sol todos los días con una serie de ejercicios que son parecidos al <<Saludo del Sol de Yoga>>. Luego en la noche también tomo tiempo para despedir al sol con otros ejercicios que estiran mi cuerpo y como si fuera magia también estiran mi mente. Estos dos momentos del día son sagrados para mí. No importa donde esté, siempre tomo unos minutos por la mañana y por la tardecita para relajarme y a la vez energizar mi cuerpo y mente. Sobre todo en los días más atareados es una rutina que me da tranquilidad y paz.

—¿Y eso por qué?

—Junto con los movimientos yo tomo tiempo para respirar profundamente. Respiramos miles de veces al día y aun así son pocas las veces que nos concentramos en la importancia de cada respiración que tomamos. El aire nos da vida y cuando respiramos conscientemente con todo el cuerpo ocurre algo mágico.

—¿Qué tipo de magia? Ya van dos veces que usted menciona la magia y a mí me encanta la magia.

—Permíteme demostrarlo.

El señor sacó una pelota de su bolsillo y preguntó, —¿Has jugado alguna vez con una pelota?

—¡Sí claro! He jugado fútbol desde que comencé a caminar —contestó Samuel con orgullo.

—¡Qué bueno! Todo tipo de ejercicio es bueno para mantener la mente joven. Tengo una pregunta para ti. Si una pelota está llena de aire y cae al suelo, ¿qué va a pasar? —preguntó el señor mientras elevaba la pelota sobre la bandeja que estaba abierta en frente de él.

—Bueno, rebotaría.

—¡Correcto! ¿Será algo así?

El señor dejó caer la pelota a la bandeja para demostrar lo que estaba diciendo y efectivamente la pelota rebotó.

—¿Y qué tal si la pelota no tiene aire?

—En este caso no rebotaría, sino que se quedaría abajo.

—¿Tal vez así? —preguntó el señor mientras dejaba caer nuevamente la pelota a la bandeja. Sólo que ésta vez la pelota no rebotó sino que se quedó abajo en la bandeja.

—¿Cómo hizo eso? —quería saber Samuel.

—¿Cómo hice qué? —respondió el señor con una sonrisa amplia.

—Primero la pelota rebotó y luego se quedó allí. No vi que haya sacado aire de la pelota.

—Por eso mismo, Samuel, te digo que es como si fuera magia. A veces en la vida estamos arriba y a veces estamos abajo. Lo más importante no es donde estemos en un momento determinado sino nuestra capacidad de rebotar por lo menos una vez más, —el señor tiró la pelota nuevamente a la bandeja y ésta vez rebotó de nuevo.

—¡Señor, lo hizo de nuevo! —dijo Samuel incrédulo, a lo que el señor simplemente sonrió.

—No tenemos que rebotar cinco, diez o veinte veces, es suficiente hacerlo una vez más. Cuando tenemos la capacidad de rebotar una vez más, podemos enfrentar cualquier situación. Lo más difícil de entender —continuó el señor mostrando la pelota a Samuel—, es cuando vamos por nuestro camino y cuando menos lo esperamos viene algo de afuera que cambia nuestra dirección.

Tomó la pelota con la otra mano y dijo —Nunca sabemos si esta nueva situación nos va a llevar para arriba o para abajo — subía y bajaba la mano mientras hablaba—. Luego, como si fuera magia, simplemente no está.

Abrió su mano y la pelota había desaparecido. Frotó las manos y no aparecía la pelota en ninguna parte. Repentinamente, apareció la pelota en una de sus manos y dijo —Lo que pasa es que el rebote siempre está allí. Lo único que tenemos que hacer es tomar acción para encontrarlo. Es como si fuera magia...

Extendió su mano y le dijo a Samuel —Esta pelota es para ti, para que siempre tengas un rebote en tu vida.

Samuel se había olvidado totalmente de la turbulencia del avión y ahora estaba fascinado por este señor que transmitía una energía increíble, cantaba, hacía magia y ahora le había regalado una pelota.

—Entonces, Samuel, me dices que estás en busca de algo. ¿Qué será?

—Como comenté antes, aún no lo sé. Solo sé que en mi país la situación es demasiada fea. Siento que tiene que haber algo mejor en otra parte.

El señor pensó por un momento y luego dijo con una amable sonrisa —No suelen ser las circunstancias sino las personas y sus actitudes que hacen la diferencia, cuéntame un poco más hijo.

Samuel relató al señor todo lo que había pasado con su papá, su tío y su hermano mayor.

El Sr. Juan José se quedó quieto por un rato después de escuchar atentamente al joven y su cuento. Luego dijo —Es frecuente que pensemos que hay más oportunidades en otras

partes. Según lo que me estás diciendo esto podría ser cierto en tu caso. Aun así, es importante saber que nuestro bienestar y nuestra felicidad están por aquí adentro —señaló con las dos manos apuntando hacia la cabeza—, y no por allá afuera —dijo señalando en el aire.

—No entiendo —dijo Samuel con el ceño fruncido.

—La gran mayoría de las personas piensan que son las circunstancias que influyen sobre nuestro bienestar y no es así. No es lo que acontece sino nuestra reacción a lo que acontece lo más importante.

Samuel contempló lo que dijo el señor y luego dijo con entendimiento —Ahora creo que entiendo un poco mejor. ¿Usted quiere decir que puede haber circunstancias que no nos gustan y que sin embargo podemos cambiar nuestra forma de enfrentarlas?

—Eso es correcto —dijo el señor.

El muchacho se quedó pensando en lo que habían conversado. Consideró todo lo que había transcurrido para que tomara la decisión de irse de su país. —¿Qué pasa cuando no podemos aguantar más y no hay salida? —quería saber el muchacho.

—Es importante saber que siempre hay una salida, hijo —contestó el sabio señor—. Es frecuente pensar que no hay opciones. Aun así, siempre las hay. Algunas más agradables que otras.

—En mi caso no veía otra opción que salir de mi país. Las vidas de mis seres queridos se acabaron por haber luchado por lo que creían.

—Aunque en este instante pareciera ser difícil, estoy seguro que algún día verás esa misma circunstancia como una de tus

lecciones de vida más importantes. Aunque no puedo comprender completamente como te puedes sentir por lo que ha pasado, sé por experiencia que esto será algo que te permitirá crecer y luchar por lo que quieres.

—Ojalá sea así.

—Verás con el paso del tiempo que podemos aprender de todas nuestras experiencias. Lo bueno, lo malo y lo feo son simplemente percepciones. La vida no es como debería ser, es como es. Cuando integramos esto como parte de nuestro ser, lo demás viene solo. La vida debe fluir como fluye un río. Cada vez que encuentra un obstáculo, lo integra como parte de su cauce. No lucha para sacarlo de su camino sino que lo abraza como parte de su realidad por más dificultoso que sea.

—La verdad es que no sé si entiendo completamente lo que me ha dicho. Lo que sí sé es que me destrozó cuando perdí a mi papá, a mi hermano y a mi tío.

—Todo tiene su momento y por más extraño que parezca, lo más probable es que aunque sus vidas fueron cortas, también tuvieron mucho significado. Aunque sólo sé lo que me has dicho y de una manera resumida, estoy seguro que ellos sembraron semillas de sus deseos y anhelos. Todo tiene un principio y todo tiene un fin. Aunque sus viajes por este mundo maravilloso hayan terminado, es probable que sus ideas y principios hayan sido sembrados y sigan vivos.

El muchacho consideró las palabras. Había pasado por una situación sumamente difícil y había entrado en un estado de desesperación por buscar algo mejor. No encontraba otra alternativa que no fuera salir de esa pesadilla.

—Lo que me dice tiene mucho sentido —dijo el joven después de un silencio—. Aun así, ¿por qué tuvieron que morir? Todo parece tan injusto.

—La vida no tiene que ser justa y no debemos pedir que lo sea. Lo único que es constante en la vida es el cambio y es así como debe ser.

El avión se movió nuevamente y el joven se agarró fuertemente de los apoyabrazos.

—Tranquilo, hijo —le dijo para consolarlo—. Ya comenzamos a bajar. Pronto estaremos aterrizando.

Vio que el señor cerró los ojos y movió su respaldar hacia delante. El muchacho hizo lo mismo, también cerrando sus ojos. Sintió el sonido de las turbinas del avión. Contemplaba lo que le esperaba y lo que había dicho el señor a su lado. Tenía una mezcla increíble de emociones. Por una parte estaba emocionado porque estaba emprendiendo un nuevo camino. Por otra parte estaba ansioso porque no sabía lo que acechaba en el horizonte. ¿Por qué la vida tenía que ser tan difícil? ¿Qué le esperaba en esta nueva tierra? ¿Quiénes serían sus nuevos amigos? ¿Dónde iba a vivir? ¿Cómo iba a vivir? ¿Cuándo iba a ver nuevamente a su familia? ¿Cuál sería su nuevo destino?

Con este bombardeo de emociones Samuel se quedó dormido por el cansancio que tenía. Comenzó a soñar con una playa. Estaba rodeado por su mamá y sus hermanos. Estaban brincando en la orilla del mar en un día espectacular. De repente vino una nube gris que cubrió todo y salieron muchos hombres del mar. Todos estaban vestidos en su indumentaria del ejército y llevaban rifles y pistolas. Se le acercó uno y dijo —Vente conmigo, pajarito. Hasta aquí llegaste.

Samuel se despertó repentinamente asustado con lo que soñaba. Se sacudió la cabeza un par de veces para saber con seguridad que no era real sino un sueño.

Vio a su lado y notó que el Sr. Juan José seguía con sus ojos cerrados. Por la lentitud y profundidad de su respiración, concluyó que estaba durmiendo. Por la ventana vio una montaña bella e inmensa que surgía de la costa. El agua del mar reflejaba diferentes tonos espectaculares de azul y turquesa. Las olas acariciaban una playa inmensa y extensa de arena blanca. En las montañas notó que había muchas viviendas. La gran mayoría eran de ladrillo rojo que hacían un contraste marcado con el verde de la vegetación. En muchos casos las casas parecían estar agarradas de las montañas por los pilares que las sostenían como si fuera un montañista sujetándose a las piedras para no caerse mientras escala.

Le dio miedo mientras el avión descendía. ¿Cómo iba a aterrizar este monstruo de metal que se desplomaba del cielo? Vio que su compañero de silla seguía durmiendo y decidió que no debería ser tan peligroso si ese señor sabio a su lado no le daba mucha importancia.

En el instante en que las ruedas tocaron la pista el Sr. Juan José abrió los ojos y dijo —¡Bienvenido a la selva!

—¿Perdón? —preguntó Samuel—. ¿Qué selva? Yo vi muchas fotos de playas y muchachas bonitas en las revistas del país. No vi nada de selva.

—No te preocupes, Samuel —dijo el viejo con una sonrisa—. Durante muchos años he viajado al exterior y llegar a mi país natal siempre es un placer. Es como la voz suave de mi mamá que me daba seguridad y tranquilidad. Mientras que el país es muy conmovido y a veces hay mucha turbulencia, lo amo con todo mi corazón. La naturaleza de la selva exige que estemos pendientes del peligro y a la vez felices de que la vida está en movimiento constante. La selva es abundante y a la vez es necesario estar preparado para lo que acecha por allí.

—¿Qué acecha por allí? —quería saber Samuel—. Yo pensé que era pura playa y lindas muchachas.

Juan José se rio fuertemente y dijo —De eso hay bastante, Samuel. Lo que te digo de la selva no es para preocuparte sino para prepararte. No todo es bueno, bonito y bello. Acuérdate que hasta la rosa más preciosa también tiene espinas que te pueden pinchar cuando menos lo esperas.

Samuel consideró los golpes que habían sido constantes durante toda su vida. —Solo quiero vivir en paz y tranquilidad.

—Ten mucho cuidado con lo que pides, hijo —dijo el Sr. Juan José con una sonrisa pícar—. Los que tienen más paz y tranquilidad son los que se mueren y pasan de esta vida maravillosa para un destino aún desconocido.

—Tiene razón —respondió Samuel viendo la lógica del señor.

—Yo he tenido la fortuna de conocer muchos lugares y vivir en diferentes países. Siempre regreso a mi <<selva>>. ¿Quieres saber por qué?

—Por supuesto que sí —respondió Samuel—. Sobre todo porque escogí venir para acá sin otro motivo que unas playas preciosas y muchachas lindas.

Juan José vio los ojos del muchacho y pensó en su propia juventud. Pensó en el viaje que él mismo emprendió hace tantos años. Percibió el mismo interés e inquietud que él también había experimentado.

—Acuérdate, hijo, no es lo que acontece sino lo que hacemos con lo que acontece lo más importante. Hay muchos lugares en el mundo que tienen una excelente <<calidad de vida>>. Lugares donde cualquier persona puede tener todas las

cosas bellas que existen para hacer la vida más placentera. Si bien estas cosas son lindas y dan satisfacción, en mi experiencia no es lo que hace feliz al ser humano. Son las cosas del corazón y las emociones las que realmente dan satisfacción en la vida. Aquí en mi país nosotros tenemos una excelente <<calidad de vivir>>. Todos los días nos despertamos y sabemos que estamos vivos. Reconozco que a veces quisiéramos <<vivir>> un poco menos —dijo con una carcajada que movía nuevamente todo su cuerpo—. Sin embargo, me he dado cuenta con el pasar del tiempo que es la diversidad y el cambio constante lo que da más placer en la vida.

Cuando el avión se detuvo, casi todos los pasajeros se pararon mientras que el señor se quedó quieto. Samuel vio al Sr. Juan José y le preguntó —¿Usted no se va a parar? ¿No es tiempo de irnos?

—Todo en su momento, hijo. Tardar un momento más o menos no va a hacer una gran diferencia. De hecho, una de las lecciones más importantes que he aprendido es disfrutar el aquí y el ahora. Este momento es el más intenso de nuestra vida y se va en un instante. Más nunca se puede recuperar y por eso hay que tratarlo como un <<presente>>. Cada momento puede ser un momento mágico si prestamos atención a ese instante. De hecho este viaje que he compartido contigo ha sido un momento mágico para mí.

—Tengo tantas dudas, incertidumbres y miedos en mi vida en este instante —confesó Samuel—. Quisiera quedarme aquí hablando con usted porque ha sido un momento mágico para mí también. Usted me ha tranquilizado con sus palabras y me ha dado aliento para seguir adelante.

—Estoy aquí para ti —dijo Juan José—. Tengo la sensación que nuestros caminos se cruzaron por alguna razón. El tiempo dirá cual es esa razón. Aunque no esté contigo físicamente,

siempre estaré en tu corazón. Cada vez que veas la pelotica que te di, acuérdate de mí. Puedes estar más tranquilo sabiendo que no es cuantas veces caemos, sino cuantas veces nos levantamos lo que hace la diferencia.

El Sr. Juan José sacó un papel y un bolígrafo del maletín pequeño que cargaba y por un lado escribió:

Juan José Sánchez

Aguascalientes

Por el otro lado escribió:

No es lo que acontece, sino nuestra reacción a lo que acontece lo más importante.

Le dio el papel a Samuel y dijo —Siempre estaré a tu lado aunque esté en otra parte físicamente. Tienes un sentido de aventura que te va a llevar a muchos lugares. Aunque estoy seguro que muchos serán placenteros, habrá otros que no lo serán. Es importante recordar que las cosas no son ni buenas, ni malas, ni feas, simplemente son. La vida es cíclica y lo más importante no es donde estemos en esta parte del ciclo sino nuestra capacidad de rebotar de los momentos más difíciles por lo menos una vez más.

Samuel tomó el papel y leyó lo que el Sr. Juan José había escrito. Vio al señor con lágrimas en los ojos. —Gracias, Sr. Juan José, nunca me olvidaré de usted.

—Lo mío es tocar corazones, espero haber tocado el tuyo. En cualquier momento que me necesites, me puedes ubicar con el papel que te di. Lo único que tienes que hacer es ir a Aguascalientes y preguntar por mí. Te indicarán donde vivo.

Todos comenzaron a salir del avión y cuando ya todos los que estaban adelante habían desembarcado, se paró el Sr. Juan José y abrió el compartimiento de arriba, sacó su maletín y comenzó a salir por el pasillo. Samuel siguió sus pasos agarrando su morral, que era lo único que traía. Mientras salían del avión al terminal, caminaban en silencio y Samuel observaba todo.

Había mucha gente y parecía que todos estaban apurados. Iban por todos lados rápidamente. Observó que efectivamente había muchas muchachas lindas. Lo que más le gustaba de las primeras que encontró es que lo veían a los ojos y cuando él sonreía, ellas le devolvían la sonrisa. Sabía en ese instante que le iba a gustar este lugar.

Aunque era un desconocido en un lugar extraño, de pronto sintió una energía y una emoción que fluía por todo su cuerpo. La incertidumbre de estar en un lugar desconocido se reemplazó por la curiosidad de lo que estaba por venir.

Llegaron a la fila de inmigraciones y el Sr. Juan José le preguntó —¿Tienes alguien que te viene a buscar?

—Sí gracias, Sr. Juan José —contestó Samuel—. Conocí a una señora en mi país que es de aquí y ella le pidió a su sobrino que me recogiera.

—Qué bueno, creo que la persona que me viene a buscar debe estar afuera y esta es la única maleta que cargo, así que me despido de ti.

Samuel vio al señor que había sido su primer contacto con este nuevo mundo. Pensó en su energía y en sus palabras.

Extendió su mano y dijo —Agradezco su gentileza, Sr. Juan José.

Juan José tomó la mano de Samuel y luego dijo —Creo que es más apropiado un abrazo. Además sería bueno que te acostumbres porque en mi país se dan muchos abrazos y muchos besos. El beso te lo debo aunque, el abrazo si va. Me he dado cuenta que necesito por lo menos ocho abrazos al día y ieso es solamente para sobrevivir!

Se abrazaron. Nuevamente Samuel sintió una energía increíble que brotaba del señor. Cuando se apartaron, el Sr. Juan José dijo —Ha sido un gran placer compartir contigo, hijo. Me haces pensar en mi juventud y en un viaje que emprendí hace muchos años para conseguir mi don especial. Tengo confianza que tu viaje será igual de fructífero. No voy a decir adiós sino hasta luego, hijo, y que vayas con Dios. Qué tengas muchos momentos mágicos en mi país.

Samuel vio que con una sonrisa el Sr. Juan José dio sus documentos al oficial de inmigración. Después de un momento con el funcionario fue caminando recto y rápido hasta la salida.

III. Un Nuevo Mundo

El oficial de inmigración indicó que estaba listo y Samuel se acercó.

—Pasaporte —pidió el señor.

Samuel sacó el pasaporte que tanto le había costado sacar en su país y lo entregó con la tarjeta de ingreso de acuerdo a lo que le había indicado su amiga Sara antes de su salida.

—¿Viene por negocios o placer?

Aunque la intención de Samuel era quedarse por mucho tiempo, Sara le había aconsejado que dijera que estaba de viaje y que estaba entrando por placer. —Por placer —contestó el muchacho como le había instruido su amiga.

El oficial observó a Samuel y vio un muchacho de 18 años, apuesto y atractivo. Tenía el cabello claro y ondulado con tez color olivo. Sus ojos verdes en forma de almendras eran lo que más resaltaba de su cara. Cuando él veía a las personas, las veía con interés, sin ser demasiado intenso. Sus labios formaban una leve sonrisa y era evidente que prestaba mucha atención a lo que le decían. Medía 1,80 metros y su cuerpo ya había tomado forma de hombre. Sus hombros eran amplios y los rasgos de niño se habían convertido en los de un joven corpulento. A Samuel siempre le gustaba hacer deporte y eso le favorecía en cuanto a su aspecto físico.

—Adelante, muchacho, bienvenido al paraíso —acertó el oficial mientras sellaba el pasaporte y se lo devolvía.

Samuel comenzó a respirar nuevamente. Le había dado mucho miedo este encuentro de inmigración y aunque Sara le había dicho que no iba a haber ningún inconveniente, había pensado muchas veces en que haría si lo devolvieran o comenzaran a preguntar muchos detalles sobre su viaje. Había

ensayado lo que iba a decir muchas veces en frente del espejo. Estaba feliz por no haber tenido ningún incidente.

Por el momento, todo iba bien. Había conocido a un señor encantador en el avión. Vio con sus propios ojos la belleza de las muchachas que habían sido parte de su decisión de tomar esta nueva aventura y ahora había pasado su primer obstáculo en tierra firme para comenzar una nueva vida.

Vio que la gran mayoría de las personas estaban esperando maletas. Le sorprendió la cantidad de maletas y cajas que algunas personas tenían. Inclusive algunos tenían televisores y computadoras. Como solamente tenía su morral, siguió hacia la salida y entregó el segundo papel de inmigración que también había llenado con la ayuda de Sara.

—¿Dónde está su equipaje? —preguntó una señora esbelta y linda que cargaba una identificación que parecía de detective.

—Esto es lo único que tengo —le contestó Samuel.

Ella observó al muchacho desde sus cabellos ondulados hasta sus zapatos. Su interés parecía extenderse un poco más allá de su equipaje. Le regaló una sonrisa y le dijo —Por favor presiona el botón.

Sara le había comentado sobre este procedimiento. Le había dicho que si la luz sale en verde se sigue adelante y si sale en rojo hay que apartarse para que te revisen el equipaje.

Aunque estaba preparado para lo que venía, se asustó un poco cuando la luz salió en rojo. Le indicaron que se moviera a un lado donde estaban revisando las maletas de otros viajeros. Samuel abrió su morral para ser inspeccionado.

En este instante se acercó la misma muchacha que lo había atendido cerca del botón y le comentó al otro oficial —Yo me encargo de éste.

Comenzó a revisar las pertenencias aunque parecía tener mucho más interés en Samuel. Le vio a sus ojos verdes y le preguntó —¿Por qué vienes a nuestro país, bello?

Samuel sintió que la sangre que estaba en su corazón fluía a su rostro. No sabía si el <<bello>> se refería al país o a su persona. A pesar de sus nervios, estaba maravillado con la muchacha que estaba en frente de él que era una belleza. Parecía tener más o menos su misma edad y aunque estaba vestida con su uniforme de inmigración, él percibió las curvas que estaban por debajo de su camisa y sus pantalones.

—No creo que me vayas a creer si te lo digo —contestó Samuel.

—Intenta —respondió la muchacha en vos baja—, podría estar más abierta de lo que puedas imaginar.

Nuevamente Samuel sintió que tenía la cara enrojecida y dijo —Vi una revista que mostraba las bellas playas y lindas muchachas de tu país y decidí venir para acá para ver si era cierto.

Aunque le parecía muy simpática la muchacha, tampoco estaba preparado para decirle todo. Al final ella trabajaba para inmigración y la intención de Samuel era quedarse por mucho más tiempo que los tres meses que habían autorizado en su pasaporte.

—¿Y hasta ahora han sido satisfechas tus expectativas? —ella preguntó, inquisitiva mientras que le regalaba otra sonrisa espectacular.

—¡Por supuesto que sí! —contestó Samuel sin pensarlo dos veces.

Mientras cerraba el morral vio nuevamente a los ojos de Samuel. —Mi nombre es Lucila. Me encantaría verte de nuevo mientras que estés aquí. Ya sabes donde encontrarme.

Samuel se quedó boquiabierto por un momento y luego logró decir —Gracias, Lucila.

Salió del área de inmigración e inmediatamente el entorno cambió. De repente le cayeron encima muchas personas todos hablándole al mismo tiempo.

—¿Taxi?

—¿A dónde va?

—¿Necesitas cambiar dinero?

—Vente por aquí. ¡Le doy un precio especial!

Aunque Sara le había advertido acerca de lo que iba a pasar, el quedó sorprendido por la cantidad de personas. De repente un muchacho que estaba parado a su lado le dijo —Le ayudo con el morral— con lo cual comenzó a agarrar lo único que Samuel tenía en el mundo.

Samuel reaccionó rápidamente y con fuerza. Empujó al muchacho tumbándolo al suelo y le gritó —¡No quiero ayuda de nadie!

—¡No es para tanto! —gritó un señor mayor que estaba a su lado.

—Disculpa —dijo Samuel mientras le daba una mano al muchacho para ayudarlo a ponerse de pie.

Obviamente los años durante los cuales había sido testigo de la violencia y rigidez de un régimen totalitario habían in-

fluido en él. Las demás personas que se habían acercado para ofrecer sus servicios se apartaron al ver lo que hizo y decidieron ir en busca de otras presas que iban saliendo del área de seguridad.

Sara le había escrito a su sobrino Domingo para que fuera a buscar a Samuel al aeropuerto. Le había dicho a Samuel que su sobrino tenía 19 años, era de estatura mediana, tez morena y ojos marrones. Vio a varios muchachos con estas mismas características aunque ninguno parecía estar buscando a nadie.

Samuel fue hacia uno de ellos y le preguntó —Disculpa, ¿Eres Domingo?

El muchacho vio a Samuel y le preguntó —¿Cómo que estás perdido compadre?

Samuel notaba que las personas realmente se fijaban en la persona con quienes estaban hablando. Le gustó esta característica de las personas. En su país las personas frecuentemente apartaban la vista cuando estaban hablando con un desconocido. Los años de dominio con mano dura del régimen habían tenido un impacto fuerte sobre la gente. Muchos temían hablar con personas desconocidas por miedo de convertirse en uno de los tantos desaparecidos que aumentaban con cada año.

Escogió un lugar en el suelo contra la pared donde tenía vista de toda la actividad y se sentó. Se entrelazó las tiras del morral en sus brazos y de repente le dio sueño. No había dormido la noche anterior y lo que había dormido en el avión fue en sueño fugaz que pronto se terminó con los movimientos extraños del avión. Cerró los ojos e inmediatamente se quedó dormido.

IV. Una Mano Amiga

—¡Épale, chamo! —Samuel sintió una mano que le tocaba el brazo mientras escuchaba las palabras. Abrió los ojos y vio un muchacho más o menos de su misma edad con una sonrisa amplia.

—Seguro que eres Samuel.

—Es cierto —contestó mientras se ubicaba.

—Yo soy Domingo, el sobrino de Sara. Bienvenido, pana.

Samuel frunció el ceño porque no entendía exactamente lo que decía Domingo.

—¿Chamo? ¿Pana? ¿Qué es eso? —quería saber.

—No te preocupes, ya aprenderás como hablamos por estos lares. Mi tía me comentó que sabías algo del idioma, ahora haremos los toques definitivos pa' que salgas hablando criollito —Domingo se rio y le extendió la mano.

Samuel tomó su mano y Domingo lo ayudó a levantarse. —Disculpa que haya llegado tarde. Para variar había una cola infernal en la vía.

—No te preocupes —respondió Samuel—. Creo que estaba cansado. Cerré los ojos y me quedé dormido. Tuve un sueño muy extraño.

—¿Con qué soñaste?

—Fue parecido a un sueño que tuve en el avión. Soñé que estaba en la playa en un día soleado. Las olas hacían un ruido espectacular mientras caían en la playa y había muchas chicas lindas jugando voleibol. Estaba fascinado con todo. De repente se oscureció todo y las olas se detuvieron. Todos se habían ido de la playa y me quedaba allí solo. Di la vuelta y vi a

muchos soldados corriendo hacia mí amenazándome con sus rifles.

—¡Chamo, que sueño vale! Bueno, yo nunca he visto a soldados reaccionar de esa manera aquí —dijo Domingo—. Lo que sí te puedo decir es que si hay muchas playas increíbles y las damas de nuestro país no tienen igual.

Los dos se rieron. —Ya tienes todo, ¿verdad?

—Sí —contestó Samuel mientras veía para asegurar que no se le había quedado nada.

—Entonces vamos mi nuevo panita.

Domingo vio que Samuel no entendía bien lo que quería decir. —Comprenderás rápidamente que aquí si tienes suerte, tendrás más <<panas>> que <<amigos>>. Verás que nuestro lenguaje coloquial es especial.

—Qué bueno, a mi me encanta aprender.

Domingo comenzó a caminar hacia la puerta y Samuel lo siguió. Cruzaron la calle y encontraron el carro que estaba manejando Domingo. Era un modelo viejo que a pesar del año se encontraba bien cuidado aunque no era lujoso. Habían sido pocas las veces que Samuel se había montado en un automóvil particular. El transporte en su país había sido carros por puesto y autobuses.

—¿Este carro es tuyo? —Samuel preguntó.

—Más o menos. Es de mi viejo y él me lo deja cuando no lo necesita.

—¡Deben ser ricos! Solamente los ricos tienen carros de donde yo vengo.

—Ya verás —dijo Domingo con una sonrisa—. Ricos no somos aunque hacemos lo mejor que podemos con lo que tenemos.

Domingo llegó a la salida y pagó el estacionamiento. Comenzaron a subir por las montañas y Samuel se maravilló de lo que vio. La vegetación era densa y verde. Le pareció impresionante el contraste con la aridez de su propio país donde el marrón era el color dominante. Pasaron por un par de túneles y luego por varios viaductos que cruzaron por encima de barrancos que parecían ser interminables. Nuevamente vio las viviendas que con su color de ladrillo rojo se aferraban a las pendientes fuertes de la montaña.

—¿Y estas casas en la montaña nunca se caen? —preguntó Samuel.

—Bueno de hecho a veces si se caen —contestó Domingo—. Hace unos años hubo un diluvio durante varios días que causó un desastre terrible. La lluvia penetró las capas del suelo y causó un deslice impresionante. Aunque nunca se sabrá exactamente cuántas personas murieron, estiman que fueron más de cincuenta mil personas. Muchos más perdieron no solamente sus viviendas sino contacto con sus seres queridos.

—Qué horrible.

—De verdad que sí, la fuerza de la naturaleza se molestó y fue un momento de mucha tristeza para nuestro país.

Pasaron por un último túnel y cuando salieron, Domingo dijo —Bienvenido al Distrito Capital.

Samuel vio el valle donde habían entrado. Había muchos edificios y viviendas que se extendían por donde se podía ver. Este escenario no era muy diferente de lo que él conocía en su país con la gran diferencia de que aquí había montañas que marcaban los límites de la ciudad. Salieron de la autopista e

inmediatamente se trancó la vía con un sinnúmero de vehículos.

—¿A dónde van todas estas personas? —preguntó Samuel—

—¡Quisiera saber la respuesta! —contestó Domingo con una sonrisa—. Lo que más quisiera es que a donde vayan que tomaran otra vía, porque son demasiados carros y pareciera que se multiplicaran como conejos.

—Bueno, es parecido de donde soy —dijo Samuel, pensando en la ciudad donde había vivido—, aunque la gran mayoría de los vehículos son de transporte público.

—Aquí hay muchas personas que tienen carros aunque adquirir uno se ha puesto más difícil recientemente. En muchos casos el desafío más fuerte no es tener un auto sino mantenerlo rodando. El precio de los repuestos se ha disparado a la luna, si es que los puedes conseguir. Como resultado muchos carros se han convertido en parte del paisaje. Los dueños no logran repararlos y se quedan allí para siempre. Ni los ladrones los quieren porque no sirven para nada.

Pasaron por varios callejones hasta llegar a una callecita que subía por la montaña. Al final de la calle llegaron a un edificio. —Aquí es donde vivo —dijo Domingo.

Dieron varias vueltas a la cuadra que tenía muchos edificios parecidos hasta que por fin Domingo encontró donde estacionar.

Salieron del carro y comenzaron a caminar cuando de repente sonó un sonido fuerte de alarma. —¿Qué fue eso? —preguntó Samuel asustado.

—No te preocupes pana. Nada más fue el sonido de la alarma de un carro. Aunque realmente no sé porque utiliza-

mos alarmas hoy en día. Se disparan a cada rato y creo que ya no les damos mayor importancia. Aun así, es importante cuidar al carro, además es una inversión grande.

Llegaron al edificio que Domingo había indicado y abrieron la reja con una llave antes de entrar. Había varios edificios dentro del conjunto y Domingo pasó dos de ellos antes de llegar a uno que tenía una <<III>> arriba de la puerta. Domingo la abrió con otra llave y entraron al ascensor. Metió otra llave y marcó el piso ocho. Salieron y abrieron dos puertas más antes de entrar al apartamento. Samuel se fijó en la cantidad de llaves que Samuel tenía en su llavero.

—Tienes muchas llaves —dijo Samuel cuando por fin entraron.

—Lamentablemente es así —dijo Domingo—, vivimos en una sociedad donde el hampa y la inseguridad son evidentes en todas partes. Es importante siempre estar mosca.

Samuel revisaba sus conocimientos del idioma y de todas las palabras que había aprendido.

—No entiendo. ¿Una mosca no es un insecto que vuela por ahí?

Domingo se rio fuertemente. —Efectivamente así es, pana. Aquí <<mosca>> también se refiere a que tienes que estar pendiente de lo que está pasando a tu alrededor.

Samuel asintió con su cabeza indicando que entendió lo que quería decir su nuevo amigo. Pasó sus ojos por el apartamento pequeño y notó lo bien cuidado que estaba. Notó el olor de pintura y preguntó si habían pintado recientemente.

—Es así, Samuel, estábamos pintando ayer. Viene navidad y nuestra costumbre es pintar el apartamento cada diciembre.

Yo personalmente no entiendo por qué aunque ya me he dado por vencido y simplemente lo hago sin preguntar mucho.

—¡Igual hago yo cuando mi mamá me pide algo! —se rio Samuel—. Me he dado cuenta que si bien Dios provee, imi mamá manda!

Los dos se rieron del chiste del muchacho. —Todos están trabajando ahora, así que estamos solos, por ahora.

—¿Cuántos personas viven aquí?

—En total somos seis. Mi mamá, mi papá, mis tres hermanos y yo. Dos de mis hermanos están de viaje y llegan la semana entrante. Así que por los próximos días puedes quedarte aquí. Lamento decir que cuando regresen no habrá donde puedas dormir. Como ves el apartamento es chiquitito. ¿Qué piensas hacer, Samuel?

—La verdad es que no se. Quiero trabajar y me imagino que tendré que buscar donde vivir también.

—En cuanto al trabajo puede ser un poco difícil en esta época. El país se paraliza durante las fiestas navideñas y ya estamos en esa época. Son pocas las compañías que contratan personal ahora y muchos cierran por un mes completo para vacaciones colectivas.

Domingo fue a la pequeña cocina que consistía en un fregadero, una cocina de gas y una nevera mínima. Sacó dos cervezas.

—¿Tienes sed? —preguntó mientras le ofrecía una a Samuel.

—¡Si claro!

—Bueno siéntate y conversemos un poco mientras llega mi mamá a preparar algo de comida. Tengo mucha hambre.

Aunque Samuel no quería decir nada, él también tenía hambre. En el avión le habían dado bebidas y unas nueces para merendar. Estaban vendiendo la comida y no quería gastar el poco dinero que tenía hasta que no fuera absolutamente necesario. De todas maneras, el había vivido en pobreza y había experimentado hambre durante la gran mayoría de su vida. Sabía que era mejor no pensar en comida cuando no había o era necesario recortar gastos.

Se sentaron los dos en una pequeña mesa cerca de la cocina y Domingo levantó su botella. —Vamos a brindar para que tengas una excelente vida aquí en mi país.

—De acuerdo, y gracias.

—Solamente pido que agarres la botella con tu mano izquierda. —Samuel frunció el ceño e hizo lo que pidió—. Aunque no sé por qué, dicen que es de buena suerte brindar con las manos izquierdas para que se repita la ocasión.

Chocaron ligeramente las botellas y tomaron un trago.

—Así que no sabes lo que vas a hacer —dijo Domingo en un tono pensativo—. Déjame preguntártelo de otra forma, ¿qué sabes hacer?

—Bueno, he trabajado en muchos lugares. Lamento decir que no ha sido nada muy especializado. Siempre todos hemos trabajado para ayudar a mi mamá y mi papá. La vida no es fácil de donde vengo y parece que el dinero no rinde para nada.

—En ese sentido creo que estamos iguales —se rio Domingo—. No sé a dónde va el dinero. Parece que siempre falta. Por mi parte quisiera ser mago para ver si lo pudiera multiplicar.

—Sería bueno que conocieras al señor que estaba sentado a mi lado en el avión. Él estaba haciendo magia durante nuestro viaje.

Los dos tomaron otro trago de sus cervezas. Samuel sacó la pelota que el Sr. Juan José le había dado y explicó el significado del <<rebote>>.

Luego Domingo dijo —Tengo un amigo que comenzó hace poco trabajando en una compañía de seguros. ¿Sabes algo de seguros?

—La verdad es que no sé nada de eso —dijo Samuel.

—Sería interesante que conocieras a mi amigo. Él tampoco sabía nada de seguros y aun así, lo contrataron. Me ha comentado que aunque el trabajo no es nada fácil, se puede hacer mucho dinero.

—Me gusta como suena eso —dijo Samuel con una sonrisa.

A mí también —agregó Domingo—, aún no he descubierto la clave de hacerlo. De repente la idea de hablar con tu amigo mago sería conveniente.

La conversación fluyó y los dos se quedaron hablando durante un par de horas. Notaban que aunque los países de cada uno tenían sus diferencias, los desafíos que ambos enfrentaban eran muy parecidos. La gran diferencia era el entorno político. Cuando Samuel le comentó lo que había pasado con su papá, su tío y su hermano mayor, Domingo se quedó boquiabierto. Aunque el hampa en su ciudad era una preocupación para la gran mayoría, desaparecidos por asuntos políticos afortunadamente no eran parte de su realidad.

Susana, la mamá de Domingo, llegó por la tardecita y estaba feliz de conocer a Samuel. Apenas lo conoció y comenzó a preguntar sobre su hermana Sara. Más tarde llegaron el papá

y la hermana de Domingo. Después de cenar, todos se quedaron hablando hasta muy tarde. En particular Susana quería saber todos los detalles de su hermana y su vida. Aunque se comunicaban con cierta frecuencia a través del correo, habían pasado muchos años desde que no veía a su hermana. Sara se enamoró de un marinero que estuvo durante algunos días libres en el Distrito Capital. Fue amor a primera vista. El marinero regresó al país de Samuel y luego mandó el pasaje a Sara para que ella fuera a vivir con él. El tiempo había volado y aunque no le pareciera posible habían pasado más de 20 años desde que Susana no había visto a su hermana.

Al día siguiente, después de desayunar y bañarse, Samuel salió con Domingo a visitar al amigo que estaba trabajando en seguros. Fueron a una panadería y encontraron al amigo quien se llamaba Julio. Cuando llegaron, él estaba sentado en una mesa hablando por su celular con un cliente.

—Entiendo que no tiene transporte —Julio comentó a la persona con quien estaba hablando—. Sé que ya han pasado seis meses desde que le robaron su auto.

Vio a Domingo y a Samuel y les señaló que se sentaran mientras terminaba su llamada. Su angustia era evidente. Aparentemente su cliente estaba muy molesto y aunque Julio estaba haciendo lo mejor para mantener la calma, su disgusto era obvio. En un momento cuando estaba escuchando, apartó el teléfono y dijo en voz baja —¡Qué fastidio!

Finalizó la conversación diciendo —Le llamo cuando logre resolver el asunto.

Julio y Domingo se dieron la mano de una forma diferente de lo que Samuel había visto anteriormente y luego le extendió su mano a Samuel de la forma más habitual y le dijo —Mucho gusto, me llamo Julio. Domingo me comentó un poco

sobre tu situación y que viniste a vivir en nuestro país. ¿Cómo te ha ido hasta ahora?

—Hasta ahora muy bien gracias. Con la excepción de un incidente cuando empujé a un muchacho que me quería ayudar con mi morral en el aeropuerto, todo ha sido fino chamo —contestó Samuel utilizando dos de las palabras que Domingo le había enseñado.

Tanto Julio como Domingo se rieron. Escuchar a un extranjero decir <<fino chamo>> les parecía muy gracioso.

—Veo que Domingo ya te está enseñando hablar como pana —dijo Julio con una gran sonrisa—. Domingo pensó que de repente yo podría ayudarte a conseguir una chamba. ¿Sabes qué es eso?

—La verdad que no —contestó Samuel—, aunque por lo que hemos hablado, ¿quiere decir <<trabajo>>?

—Eso es correcto, veo que estás muy listo. Te va a ir muy bien aquí.

—Gracias —respondió Samuel.

—A ver, ¿qué te puedo decir de mi trabajo? —preguntó Julio a sí mismo, rascando la barbilla y pensando—. Lo más importante es ser perseverante y tener la piel como si fuera de un rinoceronte.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Samuel.

—Porque hay muchas personas que te dicen que no quieren un seguro y que no tienen interés en lo que ofrecemos. Luego cuando son clientes y necesitan que respondamos a un reclamo pueden ser muy fastidiosos.

—¿Este es el caso de la persona con quien estabas hablando? —preguntó Domingo.

—Exactamente. A mi cliente le robaron el carro hace seis meses y la compañía aún no ha respondido. Lamentablemente ha habido casos cuando <<por conveniencia>> los clientes dicen que les han robado el carro. Cuando se investiga el caso resulta ser que nada que ver. En un caso reciente resultó que le habían dado el carro a un familiar y cambiaron las placas. Aunque no todos los clientes son así de tramposos, los demás pagan por la viveza de algunos. En el caso de un reclamo la compañía toma la posición de que el cliente es culpable hasta que se comprueba que es inocente.

—¿Tú crees que hay una posibilidad de que Samuel hable con tu jefe para un trabajo? —preguntó Domingo.

—Bueno amigo tu sabes cómo es aquí, ya en diciembre se hace muy poco a nivel de trabajo. Sé que mi jefe se va la semana entrante y creo que va a estar afuera por un par de semanas. —Julio detalló la ropa que llevaba puesta Samuel y preguntó— ¿Tienes otra ropa que puedes utilizar para una entrevista con mi jefe.

Samuel vio lo que tenía puesto. Una franela, unos blue jeans y zapatos de goma. —Realmente no tengo mucho más de lo que tengo puesto.

—Creo que eres más o menos de mi tamaño. Tengo algo que te puedo prestar —dijo Domingo sin pensarlo dos veces.

—Vale y dale pues. Déjenme hacer una llamada —dijo Julio levantando el teléfono y marcando el número de su oficina. Cuando contestaron preguntó—, ¿María puedo hablar con el jefe?

Domingo y Samuel veían a Julio mientras esperaba la respuesta.

—Ok chévere, yo espero —respondió Julio—. Ya me lo van a pasar —les dijo cubriendo el auricular.

Mientras esperaban, Samuel observaba la panadería. Había un mostrador grande. Atrás del mostrador había varias neveras y muchas personas trabajando. Una parte del mostrador tenía mucho más movimiento y Samuel vio que era donde estaban sirviendo café. Detrás del vidrio del mostrador había diferentes clases de postres y panes. En la salida había una persona que parecía estar enjaulado detrás de tres paneles de vidrio. Tomaba y devolvía dinero a través de un semicírculo cortado en el vidrio. Muchas de las personas estaban conversando. Se le ocurrió a Samuel que probablemente muchos de ellos se encontraban por allí todos los días.

—Hola jefe —dijo Julio por fin ya desesperándose un poco—. Tengo una persona que creo que le gustaría conocer. ¿Tiene tiempo para atenderle esta tarde? —Julio veía a sus compañeros mientras escuchaba la respuesta—. Perfecto, lo llevo a la oficina al final de la tarde. Ok, muy bien, nos vemos entonces.

Cerró la comunicación y le dijo a Samuel —¡Fino chamo! Tienes una entrevista con mi jefe al final de la tarde.

Pidieron un café y Julio le explicó a Samuel como era su jefe. Le dijo que lo que más buscaba eran personas con entusiasmo. No le importaba tanto su experiencia previa sino que tuvieran muchas ganas de trabajar, mucho ánimo y ganas de hacer mucho dinero. Llegó el momento de salir y Samuel sacó su cartera para pagar.

—Tranquilo, pana —dijo Domingo—, yo pago esta vez. Cuando comiences a ganar mucho real y seas rico me puedes invitar.

Domingo tomó una tabla dura de plástico que estaba sobre la mesa donde habían anotado el costo del café. Se paró le pagó a la señora que estaba <<enjaulada>>. Luego regresaron al apartamento y buscaron la ropa que le podría servir pa-

ra la entrevista. Samuel se vistió con la ropa de Domingo que le quedaba perfecto. Cuando Susana regresó para el almuerzo, le comentaron todo lo que había pasado por la mañana en su reunión con Julio.

—Lo único que puedo decir es que me alegro mucho por ti, Samuel. Estás muy guapo vestido así. Además estoy muy orgullosa de ti Domingo por ayudar a Samuel. Sara me pidió que hiciéramos todo lo posible para darle una mano. Te prometo que así va a ser hijo —dijo mientras veía a Samuel—. Aunque no tenemos mucho dinero, tenemos mucho corazón.

Después de comer y descansar un rato Domingo y Samuel se prepararon para salir de nuevo. Samuel se cepilló los dientes y se miró en el espejo antes de salir. Aunque la ropa no era de él, le quedaba muy bien. Él estaba listo y entusiasmado para su entrevista.

—Muchas gracias por haberme prestado esta ropa .

—No hay de que, pa' eso son los panas.

Aunque Samuel aun no entendía todo lo que le decía en este nuevo mundo, estaba aprendiendo. Se dio cuenta que muchas veces cortaban las palabras y no pronunciaban de la misma manera como Sara había hecho cuando le estaba enseñando. Poco a poco fue entendiéndolos más.

Pasaron de nuevo en frente de la panadería donde se habían reunido con Julio y llegaron a la próxima esquina. Pasaron varias camionetas hasta que llegó a la indicada. Domingo sacó la mano y los dos subieron a la camionetita pequeña cuando se paró. Todas estaban empacadas por dentro como si fueran sardinas. Domingo ya le había advertido a Samuel sobre el transporte. Le había dicho que tenía que tener mucho cuidado. Eran muchos que hacían su vida robando las carteras y celulares de las personas en el transporte. Afortunada-

mente, llegaron a su destino sin ningún incidente aunque Samuel estaba un poco asustado. Domingo pagó al chofer por los dos y se bajaron.

Lo primero que vio Samuel era una ola de gente caminando por todos lados. Unos estaban muy apurados y casi tumbaban a los que estaban en su camino. Otros caminaban con menos intención y daban vueltas como sonámbulos. Domingo agarró a Samuel por el hombro, se puso en frente de él y le dijo — Sígueme.

—¿Tengo otra alternativa? —preguntó Samuel, sabiendo que era lo único que le quedaba.

Domingo se sonrió y contestó —No te vayas a perder, chamo. No creo que te encuentre en esta masa de gente.

Domingo bajó la cabeza un poco como si fuera un toro y perforó un camino. Samuel lo siguió y se maravillaba de la cantidad de personas. Si bien había muchas personas en su ciudad natal, el movimiento y la actitud las personas eran muy diferentes.

Caminaron unas tres cuabras hasta que llegaron a las puertas de un edificio grande. Domingo sacó un papel que le había dado Julio y se lo pasó a Samuel. —Yo me voy a quedar aquí afuera pana. Entra y pregunta por este señor —le indicó el nombre en el papel. Ellos te dirán en que piso se encuentra.

V. Dando Dirección al Destino

Samuel vio el papel. Decía <<Sr. Blanco: Gerente de Ventas Seguros Nacionales>>. Entró por la puerta y vio un área de recepción amplia y elegante. Había una fila de varias personas que estaban esperando para hablar con una linda muchacha detrás de un mostrador. Cuando le tocó a Samuel, la muchacha le preguntó —¿Cédula?

Samuel se quedó un momento viendo a la muchacha. Era morena, tenía el cabello atado atrás y sus ojos verdes brillaban con la luz que entraba por la puerta. Estaba bien vestida en lo que parecía ser un uniforme de la compañía. Ella se percató que el muchacho estaba un poco fuera de su ambiente y esta vez con una sonrisa amplia le preguntó nuevamente —¿Tienes alguna identificación?

—Ah sí, ¡claro por supuesto! —dijo Samuel mientras sacaba su pasaporte.

Cuando se lo dio a la muchacha ella se quedó viendo el documento buscando algún número que podría anotar en su sistema. Samuel notó que estaba buscando el número así que se inclinó y se acercó a la muchacha y le señaló donde estaba. El olor del perfume de la muchacha era suave y a la vez espectacular. Samuel quería quedarse por allí cerca de la muchacha aunque no quería ser tan evidente así que se enderezó.

Después de haber colocado los datos ella indicó una cámara que estaba ubicada por encima de la computadora y le dijo —Ve a la cámara por aquí, por favor.

—Todo lo que tú quieras —Samuel se escuchó decir aunque realmente no sabía de donde habían venido las palabras.

La muchacha le sacó la foto y junto con una sonrisa amplia le dio un carnet de identificación. —Sube al piso 4 y el Sr. Blanco te atenderá, mi amor.

<<Mi amor>> pensó Samuel. Será que había escuchado bien y que ella realmente le había dicho eso. Por su poco conocimiento del idioma sabía que el amor era muy especial. <<Mi amor>>, sonó aún mejor. El tomó la credencial y la colocó mientras caminaba a un banco de ascensores.

Cuando un ascensor llegó, Samuel entró y comenzó a buscar el botón para el piso 4. Como no lo encontró, un señor que también había entrado al mismo tiempo le preguntó –¿A dónde vas, hijo?

–Al piso 4.

–¡Qué bueno! –dijo el señor con una sonrisa amplia–. Allí es donde se encuentra el motor de mi empresa. Tienes que salir y entrar en uno de los ascensores por el otro lado del pasillo. Estos ascensores van a los pisos más arriba –mientras decía eso el señor pulsó el botón que decía <<PH>> y aguantó la puerta para que Samuel saliera.

Samuel rápidamente se dio cuenta que este señor debía haber sido una persona importante de la compañía. Pasó por su mente que éste podría ser una excelente oportunidad de venderse como una persona inteligente y audaz. Aun así lo único que logró balbucear fue –Gracias, señor...

Salió del ascensor y en ese instante llegó uno al otro lado del pasillo. Entró y pulsó el botón <<4>>. Cerraron las puertas y mientras subía el ascensor Samuel pensó en algo que su papá le había dicho hace muchos años. <<La vida está hecha de momentos que marcan nuestro destino>>. Samuel estaba seguro que éste podría ser uno de ellos.

Las puertas se abrieron con el sonido de una campana y Samuel salió a un alboroto de actividad. Había muchas personas por todos lados y casi todos estaban hablando por telé-

fono. Inclusive había algunos que estaban hablando por dos teléfonos a la vez.

Una señorita estaba sentada a un lado detrás de un escritorio, le preguntó —¿En qué le puedo ser útil?

—Mi nombre es Samuel y tengo una reunión con el Sr. Blanco.

—Favor tome asiento, le avisaré que está aquí —le dijo mientras mostraba unos asientos a su lado.

Samuel vio sus alrededores. En frente de él había un área abierta con muchas mesas. Cada mesa tenía tres o cuatro teléfonos con 5 a 6 personas en promedio. Un murmullo emanaba del lugar por la conversación constante en el ambiente. Los que estaban en el teléfono estaban concentrados en sus conversaciones mientras que los demás estaban viendo papeles y riéndose unos con los otros.

A su lado una mesa tenía varias revistas. La que estaba encima tenía el título <<Seguros Nacionales Hoy y Siempre>>. La levantó y comenzó a hojear sus páginas. En una de las primeras páginas había una foto del mismo señor con quien se encontró en el ascensor. Al lado tenía su nombre << Sr. Rafael Ruperto, Presidente de Seguros Nacionales>>. Samuel reflexionó que le hubiese gustado conocerlo en diferentes circunstancias.

La misma señorita que le había atendido le dijo —Sígueme, por favor.

Samuel la hubiese seguido de cualquier forma. El hecho que ella era linda hizo la caminata aun más placentera. Aun así, el sintió un nudo que se formó en su pecho. Luego tuvo mariposas que parecieran volar alrededor del nudo. Llegaron a la puerta de una oficina que estaba ubicada al otro lado del espacio. Ella abrió la puerta indicando a Samuel que entrara.

La oficina tenía una vista espectacular de la montaña y el Sr. Blanco estaba detrás del escritorio. Era un señor de contextura gruesa, de mediana estatura y con poco cabello.

—¿Sr. Blanco va a necesitar algo? —preguntó la muchacha.

—¿Quiere café, Samuel? —le preguntó mientras se levantaba de su silla detrás de un escritorio grande.

—No gracias, no tomo café —contestó Samuel.

—De repente cambiarás tú opinión cuando te des cuenta de lo rico que es por aquí en nuestro país —comentó el Sr. Blanco con una sonrisa.

—Es probable —dijo Samuel para no ofenderle aunque el café nunca le había agradado mucho.

—Soy Bernardo Blanco, el Gerente de Ventas —dijo mientras le extendió la mano a Samuel.

Samuel tomó su mano y se acordó de lo que su papá siempre le había dicho. Cuando das la mano a otro hombre tienes que recordar que tu mano no es un pez muerto ni tampoco un alicate de presión. Le dio la mano y apretó firmemente hasta que amenguó el apretón del señor, y luego soltaron las manos.

—Toma asiento —dijo el Sr. Blanco mientras le señalaba una silla frente a su escritorio. Luego se sentó al lado de Samuel en lugar de utilizar su propia silla.

—Bueno, muchacho. Aquí estamos, así que cuéntame, ¿Por qué estás aquí, de dónde vienes y por qué te estoy dando mi tiempo? —preguntó el Sr. Blanco, directo y al punto.

Samuel había practicado lo que quería decir aunque en este instante no podía recordar ninguna de las palabras que se le había ocurrido cuando estaba pensando en la entrevista.

Cuando se rehusaban a llegar las palabras, decidió hablar desde su corazón.

—Sr. Blanco vengo de una situación que fue sumamente desagradable en mi país. Estoy buscando algo mejor. A través de una amiga en mi país conocí a su sobrino y él me presentó a Julio. Necesito trabajar y estoy buscando una oportunidad de hacer algo importante con mi vida.

El Sr. Blanco se recostó un poco y sonrió. —Agradezco tu honestidad Samuel. La gran mayoría de las personas que pasan por esta puerta comienzan diciéndome que tan inteligentes y extraordinarios son. Es refrescante ver a alguien que dice las cosas como son. Llamé a Julio para preguntar algo de ti y aunque no me dijo mucho, me dijo que no eres de aquí. ¿Tienes permiso para trabajar?

—No señor, ni siquiera sabía que necesitaba uno —dijo mientras levantaba sus manos con una expresión de sorpresa.

—¿Qué te hace pensar que puedes tener éxito en el ramo de seguros y qué puedas hacer todos los trámites que tienes que hacer para trabajar legalmente?

—He tenido que sufrir mucho durante mi vida, Sr. Blanco. He vivido con pobreza desde que nací. He visto que lo más importante que uno puede hacer es trabajar duro y ser honesto. Mi papá siempre me decía que si yo hacía estas dos cosas, podría tener éxito en cualquier oficio. Aunque no se mucho de seguros, aprendo rápido y tengo confianza que puedo captar no sólo lo que hay que hacer, sino también luego hacerlo.

El Sr. Blanco había visto muchas personas llegar al negocio y salir después de apenas unos meses. Sabía la importancia de una buena actitud para seguir adelante y en su experiencia los que lograron perdurar tenían una manera especial de mantenerse positivos en situaciones adversas.

—Te voy a dar una oportunidad —comenzó el Sr. Blanco—. Es importante que sepas que aquí se paga por comisión. Así que, si no vendes, no cobras. Además, va a ser necesario que tú mismo arregles tus papeles en cuanto a tu visa para trabajar. Te podemos orientar aunque tu tienes que hacer los trámites.

—Gracias, Sr. Blanco, no le decepcionaré, va a ver que aprendo rápido.

—Espero que así sea —dijo el Sr. Blanco con seriedad—. Tú tienes una gran ventaja y una gran desventaja en este negocio.

—¿Cuáles son?

—La ventaja es que no conoces a nadie aquí, así que no vas a limitar tu horizonte por lo que sepas, o no, de un cliente en particular.

—¿Y la desventaja?

—Tú desventaja es la misma que tu ventaja, que no conoces a nadie y este negocio se trata mucho de conocer a gente. Así que tienes un obstáculo fuerte a superar.

Samuel asintió y dijo —Es así, Sr. Blanco. Lo que sí sé es que después de haber pasado todo lo que he hecho para estar aquí hablando con usted en este país, tengo confianza que puedo lograr cualquier cosa.

—Ojalá, Samuel —dijo el Sr. Blanco, con la esperanza que le fuera bien al muchacho—. Estamos entrando en vacaciones así que realmente no hay mucho que podemos hacer hasta el 15 de enero. Necesito otros candidatos para comenzar un nuevo entrenamiento.

—¿Mientras tanto hay algo que puedo hacer?

—Si hay. Puedes acompañar a Julio en algunas de sus entrevistas si él está de acuerdo. Él es un buen corredor, ha mejorado mucho recientemente. Luego te aviso cuando vayamos a comenzar nuestro próximo entrenamiento.

El Sr. Blanco se levantó, extendió su mano nuevamente y le dijo —¡Felicitaciones, Samuel! Deja tus datos de contacto con mi secretaria. Será un placer tenerte trabajando en Seguros Nacionales.

Samuel se paró y apretó la mano del Sr. Blanco un poco más duro esta vez diciendo —Gracias de nuevo, Sr. Blanco, me ha hecho muy feliz.

Samuel salió de la oficina, dejó los datos que tenía del apartamento de Domingo, incluyendo el número telefónico, a la secretaria del Sr. Blanco. Bajó por el ascensor y salió del edificio. Estaba lloviendo fuertemente y Domingo estaba debajo de un toldo hablando con unos motorizados. Samuel corrió hacia donde estaban y en un instante ya estaba empapado.

—¿Qué hacen por aquí? —preguntó Samuel.

—Esperando que termine de caer este diluvio —contestó Domingo.

—Con esta lluvia no se puede hacer nada —dijo molesto uno de los motorizados—. Todas las tardes estamos en lo mismo. Luego todos quieren que seamos Superman entregando todo lo que no se ha podido entregar.

—Por si acaso no sabías —comenzó Domingo—, nuestra ciudad depende de estos señores —señaló a los que estaban a su lado—. Cuando llueve, la ciudad se paraliza. No solamente porque el tráfico se pone insoportable, sino también porque la correspondencia se queda por allí en los maletines de los motorizados. Cheques, facturas, documentos y las personas que

los esperan quedan en espera hasta que escampe. ¿Cómo te fue en tu entrevista Samuel?

—¡Excelente, me dieron el trabajo!

—¿Cuándo vas a comenzar y cuánto vas a estar ganando? Debe ser mucho porque por el edificio que tienen deben tener mucha plata.

—Bueno, allí es donde está el detalle. No comienzo sino hasta después de las fiestas navideñas.

—¿Y cuánto cobre hay pa' eso?

Samuel se le quedó viendo sin entender lo que quería decir Domingo, quien notó la confusión en su cara y preguntó de nuevo —¿Cuánto dinero vas a estar ganando? Se me olvidó que tengo que hablar en gringo contigo.

Todos se rieron porque los motorizados se habían dado cuenta que era extranjero cuando apenas abrió su boca. Samuel también se rio porque sabía que todo era en broma.

—El pago es en base a comisión. Cuando vendo, gano. Si no vendo, no gano nada.

—¡Eso no me gusta pa' nada! —dijo uno de los motorizados—. Tengo un compadre que trabajó en algo parecido y creo que nunca ganó ni medio.

—¡Es así chamo! Así que mosca con eso. Muchas veces lo que estas compañías quieren hacer es aprovecharse de uno.

—¿Mientras tanto que vas a hacer? —preguntó Domingo, sabiendo que iba a tener que ganar dinero—. Sabes que la vivienda y la comida no salen gratis.

—No sé —respondió Samuel honestamente—. Algún tipo de trabajo tendré que hacer.

—¿Sabes manejar moto? —preguntó uno de los motorizados.

—Nunca lo he hecho —contestó Samuel.

—Te pregunto por qué voy con mi familia al interior para navidad. Tengo un cliente que hasta en las fiestas siempre me tiene chambeando por allí. Le iba a decir que no podía hacerlo aunque temo que si lo hago, me podrían quitar la chamba.

—Bueno, posiblemente podría hacer esta chamba —contestó Samuel, ya comenzando a utilizar su lenguaje.

Todos se rieron nuevamente. Les parecía cómico escuchar a Samuel hablando tan coloquialmente.

Samuel pensó por un momento y luego dijo —Me dijiste que no son muchas entregas, ¿verdad?

—Así es —respondió el mismo motorizado.

—¿Qué tal si yo hago las entregas tomando transporte para llegar a cada lugar?

—Bueno, puede ser, aunque te tomaría el doble, o más de tiempo hacerlo, se puede hacer.

—Si hay algo que tengo en este momento —dijo Samuel—, es mucho tiempo.

Les cayó bien el muchacho extranjero y se rieron de su chispa y manera de hablar nuevamente. —Veo que tu amigo es bastante listo, Domingo, ¿es confiable?

—Yo lo estoy conociendo, aun así siento que soy un buen juez del carácter de una persona y algo me dice que sí es confiable.

—Vamos a hacer algo —dijo el motorizado—, yo te doy la mitad de lo que me van a pagar para estos envíos. Lo único

que tienes que hacer es ir conmigo un día para que te conozcan.

—Buenísimo, me encanta la idea — dijo Samuel, emocionado—.

—Mira yo tengo una situación parecida —dijo otro de los motorizados un poco alterado—. Siempre me toca trabajar durante las vacaciones. Me iba a quedar por aquí porque sé que con estos buitres que están al lado, en cualquier momento me quitan mi chamba si me voy —dijo a todos los otros motorizados. Uno de ellos abrió sus brazos y comenzó a moverlos como si estuviera volando como un buitre.

—Chamo, pa' ya voy pa' quitarte esa chamba, ¡así que mosca! —dijo siguiendo su simulación de vuelo.

Samuel se rio con los demás hasta el punto que pensó que se iba a orinar. Le encantaba estos nuevos personajes que estaba conociendo. Aunque tomó la decisión de venir a este país por sus bellas playas y preciosas muchachas, se estaba dando cuenta que le caían bien los varones por su forma de ser. Le gustaba mucho su forma de echar broma y ver lo chistoso en casi todo. En su país la situación política había sido tan pesada que parecía que a las personas se les había olvidado como disfrutar de la vida.

Los motorizados vieron al cielo y como si hubiera sido por la fuerza de su voluntad, escampó. Tomaron sus cascos que estaban guindados en las motos y el primero que había coordinado con Samuel para lo del trabajo dijo —Domingo repícame para saber dónde ubicar a Samuel.

—¿Cuál es tu número? —preguntó Domingo—.

El motorizado se lo dio mientras que Domingo lo marcaba en su celular y lo llamó. Cuando el otro teléfono comenzó a

sonar cerraron la comunicación y Domingo preguntó —¿Cuál es tu nombre chamo?

—Me llaman <<Resbalao>>.

Mientras que colocaba el nombre en su teléfono Domingo le preguntó —¿Y ese nombre? ¿Qué hiciste para merecer eso? —preguntó con una sonrisa—. No debe ser tan bueno sobre todo siendo motorizado.

—Cuando era más chamo y estaba comenzando a manejar moto me encantaba manejar cuando el piso estaba mojado. Resbalaba a propósito para aprender cómo se movía la moto cuando llovía. Ahora dicen que encuentro los huecos en el tráfico como si fuera jabón y que resbalo por todos los lugares por más apretados que sean. Claro ya de viejo procuro no resbalar tanto porque me he caído un par de veces y duele que jode.

Todos se rieron. Domingo vio al otro motorizado y le preguntó —¿Cuál es tu nombre?

—Mi nombre es Ángel.

Resbalao dijo —Si bien es cierto que se llama Ángel, todos le llamamos <<Pata Hinchada>>. ¡Más vale que no le pregunten por qué! —agregó con una sonrisa, guiñando un ojo.

Ángel puso una mala cara y también dio su número a Domingo para que le repicara. Cuando terminaron de intercambiar información, los motorizados colocaron sus cascos y montaron sus motos. Resbalao le dijo a Samuel —¡Estamos en contacto chamo! —y se fueron como cohetes entre el tráfico.

—¡Vamos a celebrar! —dijo Domingo, felicitando a Samuel—. Ha sido un gran día. Conseguiste no solo trabajar

con Seguros Nacionales sino también algo más por ahí mientras tanto.

—¡Por supuesto que sí!

Las cosas no hubiesen podido ir mejor y Samuel estaba muy contento. Llegó sin nada y todo se estaba arreglando en poco tiempo. En el instante que estaba pensando que todo andaba tan bien y estaban por cruzar la calle, vino un autobús muy cerca de la acera, pasando por un charco que se había formado con la lluvia. Domingo agarró a Samuel cuando veía que el autobús venía a millón. Intentó apartarse aunque fue muy tarde. Los dos se mojaron desde los pies hasta la cabeza.

—¡Sabía que todo andaba demasiado bien! —dijo Samuel mientras observaba que los dos se habían empapados.

Pensó en lo que había dicho Juan José en el avión. <<A veces estamos arriba y a veces estamos abajo. Lo más importante no es donde estemos en un momento determinado sino en nuestra capacidad de rebotar por lo menos una vez más>>. Sacó la pelotica que le había dado y pensó en la sabiduría del señor mientras la agarraba en su mano.

—Estoy convencido que estos choferes lo hacen a propósito —dijo Domingo disgustado—. No tienen más nada que hacer.

—Te comenté del señor en el avión —dijo Samuel—, él de la pelotita y la magia, ¿te acuerdas?

—Sí, claro.

—Esta es la pelota que me dio cuando me explicó lo del rebote. Mientras hacía su magia con la pelota también daba un mensaje y creo que tiene algo que ver con lo que nos acaba de pasar. Todo andaba bien y estábamos muy felices y de repente nos mojó el autobús. Creo que lo que quería decir el señor

con su juego de magia es que no todo siempre va ser chévere y bonito todo el tiempo.

—Oye, Samuel, veo que ya estás aprendiendo. Ya estás hablando como un <<criollito>> —dijo Domingo, haciendo referencia a la manera que ya se estaba expresando el muchacho—. Es verdad lo que dices, no todo puede ser lindo y color de rosas todo el tiempo.

—Claro, de hecho si no experimentamos las cosas malas, como dicen por ahí, ¿cómo vamos a saber cuándo nos pasa algo bueno?

—¡Creo que ya basta de estar filosofando sobre la vida! Vamos a la casa para cambiarnos.

Los dos muchachos tomaron un autobús un poco más adelante. Cuando se bajaron del transporte, Domingo se paró en una licorería y compró unas cervezas para celebrar el éxito de Samuel en conseguir trabajo.

—¿Qué pasó con estas cervezas? —quería saber Samuel.

—No entiendo, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque se quedaron chicas. ¿Se portaron mal y no crecieron? —preguntó con una sonrisa—. Nunca he visto cervezas de este tamaño. En mi país son más grandes.

—A nosotros nos gusta tomar la cerveza bien fría. Con estas botellitas se mantienen frías mientras que uno la toma. Aun así, todo depende. Si las tomas rápido ni en las grandes da tiempo para que se calienten.

Los dos se rieron. Al entrar en el edificio Domingo saludó a un par de amigos y les invitó a subir para celebrar con ellos. Después de cambiarse se quedaron tomando cerveza y hablando con los amigos de Domingo.

VI. En la Lucha por la Locha

Samuel coordinó con Resbalao y lo vino a buscar al apartamento de Domingo.

—Móntate por ahí —dijo Resbalao indicando la parte posterior de la moto—, y ponte este casco, tú sabes, seguridad ante todo.

Samuel se puso el casco y se montó en la moto.

—¡Agárrate donde puedas porque lo que viene es candela pura! —gritó Resbalao sobre el ruido de la moto mientras arrancó.

Samuel se agarró y empezó un viaje que jamás olvidaría. Resbalao comenzó a manejar la moto moviéndose entre los carros que congestionaban la avenida. Samuel vio como logró esquivar a todos los obstáculos que encontraban en la vía. Había muchos huecos en la calle y en un momento cuando sintió que se iba a caer agarró a Resbalao por la cintura para evitarlo. La ciudad desde esta perspectiva tomó un nuevo significado. Samuel se maravillaba del movimiento de las personas y de los vehículos por todas partes.

Resbalao llegó al estacionamiento de un edificio y entró a una parte que estaba reservada para motos. Mientras que los carros estaban enfilados para entrar en el estacionamiento, ellos entraron sin problema, bajaron de la moto y Resbalao puso un candado con una cadena en la rueda posterior.

—Vamos, chamo. Vas a conocer a mi primer cliente. Necesito que vengas para acá todas las mañanas mientras estoy de viaje.

Samuel sacó un librito con una pluma que cargaba y anotó el nombre del edificio.

—¿Cuál es la dirección de este edificio? —preguntó Samuel.

—Calle Principal del Bernalillo al lado de Heladería la Sabrosa.

—¿Y el número?

—No sé —contestó Resbalao—, por aquí generalmente no utilizamos números.

—¿Entonces como consigues las direcciones?

El motorizado le vio a Samuel como si fuera de otro planeta.

—¿Cómo conseguimos direcciones? Le decimos a la otra persona donde queda y ya está.

—¿Y las calles están enumeradas?

—Por ejemplo algunas son avenidas mientras que otras son transversales.

—Y si uno quiere llegar a un edificio específico, ¿no se da un número?

—No lo hacemos así por aquí.

—Si yo te pregunto, <<¿Dónde vive Domingo?>>, ¿qué me dirías?

—Domingo vive por Belén. ¿Sabes dónde queda eso?

—No —contestó Samuel.

—Bueno —comenzó Resbalao mientras pensaba—, ¿sabes dónde queda La Plaza de los Toros.

—¡No sé dónde está nada! —contestó Samuel con frustración. ¿Te acuerdas? Acabo de llegar de otro país.

—Es verdad panita —dijo Resbalao acercándose a Samuel, colocando la mano en su hombro—. Como estoy tan acostumbrado a dar direcciones, comencé a darlas como siempre.

—De dónde yo vengo para dar una dirección se dice, <<queda en el número 486 Calle 2>> —dijo Samuel.

—Escuché alguna vez que algunas de las ciudades del interior son así aunque no las conozco. Veo que esta chambita que te estoy dando no va a ser tan fácil como pensaba.

—Entonces, ¿cómo voy a conseguir los lugares a dónde tengo que ir?

—Tranquilo, Samuel, te voy a enseñar. No es tan difícil.

—Entonces, ¿cómo se hace? —Samuel ya se estaba preocupando un poco.

—Aquí indicamos las direcciones utilizando puntos de referencia. Luego le guiamos desde allí al lugar.

—No entiendo.

—Por ejemplo, te voy a dar la manera de llegar al apartamento de Domingo. Es importante que por lo menos pudieras llegar para allá.

Los dos se rieron fuertemente. Estaban parados en las escaleras leves que subían al edificio y muchas personas pasaban alrededor de ellos. Samuel estaba totalmente concentrado en la conversación y notaba que Resbalao siempre estaba pendiente de las personas que se les acercaban mucho.

—¿Por qué ves a todos los que llegan cerca? —quería saber Samuel.

—¡Tienes que estar mosca chamo, hay peligro en las calles! Mira panita para ir a donde Domingo, primero tienes que saber llegar a La Plaza de los Toros. Como no sabes llegar allí, te

voy a explicar. De donde estamos ahora irías todo el tiempo bajando por esta calle hasta donde termina. Allí doblas a la derecha. Después del segundo elevado vas a encontrar una estatua. Allí no es. En la siguiente esquina doblas a la derecha y llegas a La Plaza de los Toros.

—A ver si entendí. Al final de esta calle bajando a la derecha. Luego paso por dos elevados. Esto es dónde la calle pasa por arriba de otra, ¿correcto?

—Así es, pana.

—Luego paso por donde hay una estatua y en la siguiente esquina doblo a la derecha. Por esta calle encuentro La Plaza de Los Toros. ¿Es así?

—¿Viste? No es tan difícil. Pasas por todo el medio de la plaza y sigues subiendo todo el tiempo. Al final de esta calle entras en Belén. Cuando llegas a una panadería grande que tiene un letrero que dice <<Panadería del Rey>> vas a doblar a la derecha. Ahí vas subiendo todo el tiempo hasta el final de la calle. Vas a ver varias calles que salen de la principal, sigue yendo siempre arriba, hacia la montaña.

—Ya creo que estoy entendiendo. De hecho ya conozco la panadería de la cual me hablas. ¿Tiene un cajero que parece que está enjaulado?

—Eso mismo, chamo. Viste ya estás aprendiendo —dijo Resbalao con el orgullo de un buen profesor—. Vamos a entrar porque si no temo que va a caer un palo de agua y si eso pasa, mi hermano, se tranca todo.

—<< Palo de agua >>, ¿qué es eso?

—Quiere decir que va a llover fuerte, —Resbalao se rio de nuevo—. Pronto te vamos a tener hablando criollito.

Resbalao subió las escaleras y Samuel lo siguió. Entraron en el edificio y el proceso fue muy parecido a lo que Samuel había experimentado en el edificio de Seguros Nacionales. La diferencia principal fue que aquí todos conocían a Resbalao. Samuel sencillamente observaba todo.

—¿Qué de tu vida, mi amor? —Resbalao preguntó a la muchacha que tomaba los datos.

—Tú sabes aquí en esta esquina, en la lucha por la locha. No nos queda otra.

—Es así, mi linda, aunque ¿sabes qué?

—Dime, coco é loco —le dijo una sonrisa dando sus comienzos en sus labios, esperando lo que le iba a decir.

—Tú eres más bella cada día, así que mi lucha por la locha siempre es mejor cuando vengo por acá y veo tu sonrisa espectacular.

Con eso la muchacha ahora sonrió ampliamente mostrando todo su gloria.

—¡Eso es lo que quería! —dijo Resbalao, contento al haberle sacado una sonrisa—. Tú eres mi princesa.

—Pórtate bien, Resbalao, tú sabes que tengo novio y él es muy celoso.

—No importa, mi amor, él no tiene vida. Te quiero llevar a las estrellas. Te acompañaré en el viaje para consentirte y hacerte sentir bien, ¿te parece?

Nuevamente la muchacha sonrió. —Realmente eres un loco, Resbalao.

—Eso es lo que dicen por ahí. Mira, chama —dijo viendo a Samuel—, quiero que conozcas a un amigo. Él llegó hace poco

a nuestro país y me va a estar ayudando mientras tomo unos días para ir a la playa. Se llama Samuel.

Ella extendió su mano y Samuel la tomó.

—Mucho gusto.

—El placer es mío —dijo ella—. ¿Tienes alguna identificación? Tengo que tomar tu foto y colocar tus datos en el sistema.

Samuel sacó su pasaporte y se lo dio. Ella tomó los datos, colocó el pasaporte en un scanner y tomó su foto.

—Trátalo bien cuando lo veas por ahí, mi amor —dijo Resbalao con una sonrisa.

—Tú sabes que siempre hago lo mejor que pueda —ella agregó regalándoles una vez más su bella sonrisa.

Caminaron hacia los ascensores y Resbalao saludó a un señor que estaba parado allí.

—¡Épale, Javier! ¿Cómo andas? —preguntó Resbalao con ánimo.

—De lado a lado con esta panza mía que va aumentando de tamaño todos los días —dijo el señor mientras sobaba su amplia barriga.

—Creo que estás comiendo una empanada demás en las comidas, chamo.

—No es el <<uno demás>> que me está engordando, sino el segundo y el tercero demás también.

Todos se rieron.

—Javier, quiero que conozcas a Samuel. Él va a estar viniendo mientras tomo unos días de playa.

—Si quieres voy contigo —Javier contestó mientras tomó la mano de Samuel—, me hace falta un poco de sol y mucho descanso.

—A todos nos hace falta, chamo. Sólo que tengas cuidado con las empanadas porque si no tendrás que ir de vacaciones rodando —dijo Resbalao echando broma.

Se rieron todos y Javier le dijo —Samuel, es un placer conocerte. Cualquier amigo de Resbalao es amigo mío.

—Gracias, Javier. También es un placer para mí conocerte.

La cola fue avanzando y entraron al siguiente ascensor.

—Javier es un buen hombre —dijo Resbalao mientras pulsaba el botón <<8>> y cerraban las puertas.

—¿Lo conoces desde hace mucho tiempo? —preguntó Samuel.

—Tengo diez años trabajando con esta compañía y desde aquel entonces Javier hace lo mejor que puede para mantener el orden de las personas que suben. A veces le cuesta porque siempre viene uno que otro vivo que quiere colearse.

—¿<<Vivo>>? ¿Qué quieres decir con eso, Resbalao? Creo que todos estamos vivos, ¿verdad?

Resbalao se rio y dijo —<<Vivo>> se refiere a alguien que solo piensa en sí mismo y no en los demás. Rompen las colas, paran el carro en la acera y tantas cosas más! Vas a ver en esta ciudad <<la viveza>> está por todos lados.

—¿Y tú eres <<vivo>>?

—¡Claro que sí, chamo! Porque si no, se arrastra a uno al olvido.

Las puertas del ascensor abrieron en el piso 8, salieron y fueron a la derecha.

—La oficina es la 8-8. Los dueños dicen que el número tiene algo que ver con la suerte y la prosperidad. Creo que debe ser así porque parece que todos los años va creciendo la compañía. Antes todos estaban en este lugar y recientemente tuvieron que abrir otra oficina. Aun así, los dueños decidieron que querían mantener esta oficina para ellos.

Una muchacha que estaba adentro los vio por la ventana y pulsó un botón por debajo del escritorio. La puerta sonó y Resbalao la abrió.

—Buenos días, mi amor. Mira que este día me ha traído un regalo.

—¿Cuál será? —preguntó la muchacha con una sonrisa ya acostumbrada a los comentarios del motorizado.

—Me ha traído a ti mi amor.

Ella se rio y sacó un par de sobres de una bandeja encima del escritorio.

—Sólo tienes dos hoy, Resbalao. Ya sabes que estamos comenzando vacaciones y todo se va parando.

—¿Y tú, mi amor? ¿Vas a tomar unas vacaciones con tu chamo?

—Este año no puedo. A mi mamá la van a operar y tengo que quedarme por aquí.

—Seguro que todo saldrá bien, mi vida linda. Enviaré una vibra positiva hacia ella.

—Gracias, Resbalao. ¿Quién está contigo?

—Rosalinda, quiero que conozcas a Samuel.

Samuel se acercó y extendió su mano.

—Mucho gusto, Rosalinda, soy Samuel.

—Samuel me va ayudar mientras estoy de viaje.

—Ok, perfecto —dijo la muchacha—. ¿De dónde eres?

—Vengo del otro lado del charco —dijo Samuel orgulloso de estar utilizando una frase que había escuchado recientemente.

—¿Y qué haces por aquí?

—Buscando una nueva vida. Vengo de un lugar donde la turbulencia era insoportable y necesitaba un cambio.

—Bueno, yo diría que también hay mucha turbulencia por aquí aunque según mi abuela, <<lo único constante es el cambio>>.

—Mi abuela también me decía lo mismo —dijo Resbalao con emoción—. ¿Será que se pusieron de acuerdo?

—¡Lo más probable que sí!

—Bueno mi vida linda, nos vamos por ahora porque si no, nos va a agarrar un palo de agua.

—Es un placer conocerte Samuel, nos vemos.

Resbalao sacó unos sobres de su maletín y se los dio a Rosalinda. —Hasta mañana, mi princesa —dijo Resbalao mientras salían de la oficina.

Cuando estaban en el pasillo Samuel le preguntó —¿Tú siempre le dices <<mi amor>> y <<mi vida>> a todas las mujeres?

—Bueno no a todas —contestó Resbalao con una risa—, aunque sí se las digo a la gran mayoría. A mí me encantan las damas.

—A mí también —dijo Samuel inmediatamente—. ¿Y ellas no se molestan con lo que dices?

—Bueno, sí lo ha hecho una que otro, pero creo que la verdad es que a la gran mayoría les gusta que las tomen en cuenta. Además siempre procuro que sea de una buena manera. Hay otros que les dicen vulgaridades y su reacción frente estas personas no es tan buena. Inclusive algunas se ponen muy agresivas, así que mosca con lo que dices.

—Creo que para mí sería muy difícil decir las cosas que tú dices —dijo Samuel honestamente—. A veces a mí me cuesta hablar con las muchachas.

—Quédate conmigo chamo y te mostraré cómo es la cosa.

Salieron del ascensor y se despidieron de Javier y de la muchacha de la recepción. Cuando llegaron afuera Resbalao vio primero al cielo y luego se sentó en un muro que estaba bajo techo mientras sacaba la correspondencia que Rosalinda le había dado.

—Como es vacaciones, es posible que algunos días no haya correspondencia, aun así tienes que ir todos los días, ¿entendes?

—Por supuesto Resbalao cuenta conmigo.

—Como no conoces bien a la ciudad te voy a llevar conmigo un par de días para que vayas viendo como es el movimiento. Vas a ir aprendiendo rápido como se mueve por aquí. Cuando me vaya tendrás que ir en el metro o por autobús. No es difícil, lo único que tienes que hacer es armarte con paciencia.

—Tengo mucha paciencia —dijo Samuel con una sonrisa—. Con cuatro hermanos y un baño, es necesario.

Después de haber visto los sobres, caminaron hacia la moto de Resbalao. Él sacó la cadena de seguridad y la acomodó, se montaron en la moto y arrancaron. Mientras que iba manejando la moto, le fue indicando a Samuel diferentes puntos en el camino que podrían servir como referencia.

—¿Qué hago si me pierdo? —quería saber el muchacho.

—Si te pierdes lo único que tienes que hacer es preguntar direcciones a un motorizado o un taxista. Va a pasar una de dos cosas.

—¿Cuáles serán?

—O llegas a donde tienes que ir o, terminas más perdido! que nunca —Resbalao gritó con una carcajada sobre el rugido de la moto.

—¡No creo que esto sea tan chistoso! —dijo Samuel medio asustado.

—Tranqui, chamo, verás que pronto te estarás moviendo por la ciudad como pez en el agua.

Fueron a dos lugares más y Samuel se maravilló que dónde iba, Resbalao siempre conocía a la gente. En el camino siempre hablaba con los otros motorizados cuando llegaban a un semáforo en rojo. Comenzó a lloviznar y Resbalao miró nuevamente al cielo.

—Más vale que busquemos donde parar porque parece que lo que viene es candanga.

—¿Qué es <<candanga>>? —

—De verdad no sé... Lo único que sé es que cuando viene, es burda de fuerte.

—¿<<Burda>>?

—Oye, chamo, yo no inventé todas esas palabras, solamente se hablar y menos mal que no me cuesta. Más bien mi papá siempre me decía <<Si tienes labia, chamo>>.

Aunque todavía no entendía todo lo que decía la gente, Samuel decidió que a menos que fuera muy importante, no iba a ser tan preguntón. Llegaron a un puente y por ahí ya había varios motorizados cubriéndose de la lluvia.

—Si quieres bájate del avión, porque creo que vamos a estar por aquí un rato —dijo Resbalao.

Los dos bajaron y Samuel observaba la interacción entre los motorizados. Parecía que muchos se conocían y casi todos hablaban entre ellos. La lluvia empezó a caer fuertemente.

—¿Viste? Te dije que iba a caer un palo de agua.

Debe haber sido por la experiencia de muchos años que sabía cuando venía la lluvia pensó Samuel. Seguían hablando con los demás motorizados. Después de un buen rato, tan rápido como había comenzado la lluvia paró.

—Escampó —dijo Resbalao feliz—, vamos antes de que esto se tranque por completo.

Efectivamente, las vías estaban muy congestionadas. Lograron hacer un par de paradas más y Resbalao le dijo que le iba a llevar de vuelta al apartamento de Domingo. Todavía tenía un par de cosas que hacer aunque no tenían nada que ver con el trabajo que Samuel iba a hacer. La vía ya se había secado algo con los carros pero aún estaba mojada.

Samuel estaba viendo a donde iban y ya se había acostumbrado bastante a los movimientos de Resbalao en la moto. Se metía entre los carros y en varios lugares donde Samuel juraba que no había paso, Resbalao encontraba un hueco por

donde meterse en cualquier parte. Estaban en un camino donde milagrosamente el tráfico estaba fluyendo y un carro vino con mucha velocidad. El carro les pasó de cerca y mientras cambiaba canal para salir de la vía rozó un motorizado que iba por el hombrillo.

Samuel estaba viendo todo y aguantó su respiración cuando vio que la moto empezó a deslizarse. Chocó con la acera y el motorizado se cayó protegiendo su cara.

El carro siguió a pesar de lo que había pasado. Inmediatamente Resbalao gritó —¡Agárrate duro chamo, le voy a dar chola!

Samuel agarró la cintura de Resbalao sabiendo que este no era un buen momento para preguntar el significado de <<chola>>. Resbalao aceleró y la moto se fue como un cohete. Varias motos estaban en lo mismo y cuando el carro se paró en el tráfico un poco más adelante Resbalao conjunto con otros motorizados pararon sus motos en frente del carro.

—Quédate aquí, chamo —dijo Resbalao con una voz seria a Samuel, mientras bajaba de la moto.

Varios de los motorizados se acercaron al chofer y le abrieron la puerta.

—¡Bájate de allí sinvergüenza! —dijo uno de ellos queriendo venganza por lo que hizo al otro motorizado.

—¿No viste lo que acabas de hacer? —preguntó otro al chofer del auto.

El conductor estaba visiblemente asustado. —¡No le vi, se los juro! —les dijo asustado y con temor en la voz.

Uno de los motorizados se montó en el carro y otros pararon el tráfico atrás. El que se montó retrocedió el carro mien-

tras que le abrieron paso hacia atrás, y llevaron al conductor por los brazos hacia donde el motorizado había caído.

Resbalao después de haber montado de nuevo en la moto fue uno de los que iba apartando el tráfico que se había formado después del accidente. Cuando llegaron al motorizado que se había caído, ya estaba sentado. Sobaba sus brazos y sus brazos cuando llegaron.

—¿Cómo estás pana? —le preguntó Resbalao cuando llegaron.

—¡De casualidad que estoy vivo! —gritó molesto—. ¡Este loco casi me mata!

Samuel observó mientras el motorizado se paraba y caminaba un poco para asegurarse que no tenía ningún hueso roto. Luego fue a ver la moto que estaba dañada por el choque. Entre ellos estimaron cuanto iba a costar para reparar la moto, lo duplicaron y dijeron al conductor del auto que hasta que no le diera el dinero para pagar por la moto, no iba a ir a ningún lugar.

Les mostró todo el dinero que tenía y no llegaba ni a la cuarta parte. —Es todo lo que tengo —les comentó—.

—Entonces más vale que llames a alguien que te traiga lo que falta porque si no, de aquí no sales —le dijo con firmeza uno de los motorizados que había tomado control de la situación.

Resbalao vio que ya no le necesitaban más, así que dijo —Vamos chamo, creo que has visto suficiente por hoy.

Resbalao dejó a Samuel en el apartamento de Domingo y mientras aceleraba la moto, salió con un grito de guerra —¡Ciao pescao, me llaman Resbalao, nos vemos mañana!

VII. Primero lo Primero

Al día siguiente Resbalao llegó por la mañana. Samuel estaba un poco preocupado porque Domingo le había indicado que sus hermanos iban a regresar y que no podía pasar más tiempo en su pequeño apartamento.

Cuando ya se habían montado en la moto Samuel le preguntó —¿Sería posible que me quedara en tu apartamento mientras estés de viaje?

—Te voy a decir como es, chamo. Sabes que en esta ciudad hay que tener mucho cuidado.

—¿Hay que estar mosca? —preguntó Samuel orgulloso que estaba aprendiendo cada día más el lenguaje.

—Así es, pana —contestó Resbalao con una sonrisa—. Aunque pareces gringo y hablas como indio, eres muy avisado.

—Gracias.

—Tú sabes que hay varias personas, incluyendo a Pata Hinchada, que me dicen que estoy loco dándote tanta confianza. Aunque no soy un experto, me inspiras confianza, Samuel. Hay algo que me dice que tú eres un buen muchacho y que no me vas a engañar.

—Por supuesto que no lo haría, Resbalao.

—Yo se que así es, chamo. No sólo te puedes quedar en mi apartamento mientras estoy de viaje, sino que te puedes venir desde ya si quieres.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Resbalao. Sabes que llegué a este país sin nada y son personas como tú las que me hacen pensar que tomé la decisión correcta.

—Tranquilo, pana. Lo que uno da en este mundo también lo recibe. Esto me lo enseñó mi viejo. Sigo dando y sé que algún día lo mío vendrá —dijo con esperanza.

—Seguro que sí, amigo. Cuando veo tu trato con la gente y tú manera de ser, no me cabe duda que irás lejos en la vida.

Los dos estaban juntos durante toda la mañana. Resbalao iba enseñando a Samuel varios puntos de referencia y también indicando las paradas de los transportes que iba a tener que tomar. Samuel a su vez estaba pendiente de todo y constantemente estaba apuntando en su librito para acordarse de los diferentes lugares como también de los nombres de las personas.

Durante los próximos días Samuel coordinó con Pata Hinchada para salir con él a la calle, como también con Julio para ir a unas reuniones a ver cómo era el ritmo de trabajo como asesor de seguros.

Con Pata Hinchada la experiencia fue totalmente diferente de lo que había experimentado con Resbalao. Aunque Resbalao le había advertido que Pata Hinchada tenía un carácter fuerte, Samuel no imaginaba que tan fuerte podía ser.

El día que Pata Hinchada vino a buscarle, a Samuel le tomó unos minutos más para bajar porque el ascensor no estaba funcionando.

Cuando llegó abajo, Pata Hinchada le dijo con molestia — Mira, chamo, esto no va a funcionar si me dejas por ahí guindando.

Samuel se disculpó y se montó en la moto. Aunque Pata Hinchada era tan hábil como Resbalao en cuanto a su forma de manejar, su actitud era totalmente diferente. A Pata Hinchada le molestaba todo. Fue un día de gran aprendizaje para Samuel tal que Pata Hinchada utilizó ese día todas las pala-

bras malas que Samuel había escuchado y aprendió unas cuantas más.

Pata Hinchada peleaba con todos. Desde los conductores de los carros hasta con la gente de seguridad en los edificios. Inclusive los mismos clientes de Pata Hinchada guardaban silencio cuando el llegaba. Era como si tuvieran temor de decirle cualquier cosa por miedo de lo que les fuera a contestar. Inclusive con los otros motorizados era diferente. Mientras que Resbalao hablaba con todos, Pata Hinchada seguía viendo adelante cuando llegaba a los semáforos. Evidentemente los otros motorizados ya sabían sobre su carácter porque tampoco les decía mucho. Los pocos que comentaban algo sobre su moto, el tiempo o cualquier otra cosa recibían una respuesta corta y antipática.

Durante el día Samuel notó que nadie le llamaba <<Pata Hinchada>> sino <<Ángel>>. Cuando estaban esperando en un banco que les llamara el número para ser atendidos, Samuel le preguntó —¿Por qué algunas personas te llaman Pata Hinchada y otros te dicen Ángel?

Pata Hinchada le miró con disgusto y respondió —Algunos dicen que tengo mal carácter. Dicen que me molesta todo, aunque no es así —dijo sacudiendo sus manos en frente de él —, si no fuera porque hay tantos idiotas en el mundo, no me molestara. Ángel es el nombre con lo que me condenaron mis padres. Realmente no me gusta ninguno de los dos nombres. Mi sobrenombre es terrible y Ángel tampoco me gusta. De niño siempre me preguntaban <<¿Realmente eres un ángel, Angelito?>>. Me molestaba mucho y ahora no me queda otra, es lo que me toca en la vida.

Samuel entendió que sería mejor no seguir la conversación así que sacó su bloc de notas y preguntó un par de direcciones para cambiar de tema.

Al día siguiente Julio llegó al apartamento de Domingo para que Samuel le acompañara a algunas reuniones. Cuando vio a Samuel le preguntó mientras veía su forma de vestir — ¿Vas a ir así?

—Bueno sí —contestó Samuel—. No tengo más ropa.

—Disculpa, pana. Así no puedes ir conmigo. Necesitas estar más presentable. Estamos vendiendo imagen y la imagen que queremos proyectar no va con la forma que estás vestido.

—¿Qué hago?

—¡No sé, chamo! De alguna manera tienes que conseguir ropa diferente porque la primera impresión de los clientes es lo que les queda en la mente. Busca algo y te llamo esta noche a ver si podemos cuadrar para mañana. Tengo una reunión con un buen cliente mañana y sería bueno que fueras conmigo.

Samuel se entristeció. <<¿Cómo podía conseguir ropa?>>, se preguntaba. No tenía dinero y ya le daba pena pedirle a Domingo que le prestara su ropa de nuevo.

De repente le vino una idea. Había visto una tienda cerca de uno de los clientes de Resbalao que se llamaba Don Cristo y vendía ropa de caballero. Había visto ropa en la vidriera parecida a la que Julio utilizaba. Como sabía que eventualmente iba a necesitar ropa diferente le había preguntado a Resbalao sobre el lugar. Le comentó que el lugar tenía buena ropa a un buen precio. El Sr. Cristo, había comenzado la tienda hace muchos años en el mismo lugar aunque el espacio era la décima parte de lo que ahora ocupa. La tienda había crecido mucho y tenía varias tiendas en el Distrito Federal como también en el interior.

Como no era tan lejos y Samuel quería ahorrar el costo del pasaje, se fue caminando. Observaba a la gente que caminaba

y también a los que estaban trabajando. Prestaba mucha atención a la ropa de todos. Imaginaba la vida de a la gente de acuerdo a la ropa que tenía puesta. Los que estaban bien vestidos caminaban más rectos, con más intención y confianza en su porte. Los que estaban mal vestidos tenían una actitud muy diferente. Su manera reflejaba una resignación de los que simplemente no podían más con las dificultades de la vida.

Decidió en ese instante que quería ser de los primeros. Bien vestido con confianza y con un aspecto que decía al mundo <<Por ahí va un hombre de éxito>>. Mientras caminaba, formulaba su plan. Ensayaba en su mente todo lo que iba a decir. Observaba todas las tiendas en su camino. Librerías, panaderías, zapaterías y todo tipo de negocio por haber. Reflexionó que cada lugar había comenzado con una idea. Vio a tanta gente yendo a tantas partes y entendió que él simplemente era uno más. Decidió que quería ser algo mucho más que simplemente uno más de las masas.

¿Qué marcaba la diferencia entre un grupo y el otro? Unas personas irradiaban confianza no solo por lo que cargaban puesto sino por lo que salía por dentro mientras que otras mostraban una evidente derrota con su apariencia que indicaba que se habían dado por vencido. Ponderaba la diferencia entre los dos. Tantas personas y tantas actividades. Sabía que este nuevo mundo le iba a traer oportunidades. Aunque no sabía cómo lo iba a lograr, estaba convencido que iba a volar con las águilas en vez de arrastrarse con las masas.

Llegó a la tienda y antes de entrar pensó nuevamente en lo que iba a decir. Respiró profundamente y entró. El primer piso era enorme con mucha ropa. Buscó una persona para atenderle y nada. Todos estaban en lo suyo, así que comenzó a ver la ropa por su propia cuenta. Había notado en el camino la gran variedad de ropa con que se vestían las personas.

Realmente nunca había prestado tanta atención a la ropa. Vio a varias personas en corbatas y otras que tenían un buen pantalón, una camisa de mangas largas y una chaqueta como Julio. Los con corbata parecían muy formales y a él le gustaba más como se vestía su amigo Julio con elegancia aunque sin corbata.

Por los momentos tenía que concentrarse en su objetivo. Cuando había ubicado una chaqueta que le gustó, buscó a alguien que lo atendiera. Encontró tres personas hablando cerca de la caja registradora y uno de ellos levantó la vista y preguntó —¿Le puedo ayudar con algo?

—Si por favor —respondió Samuel—, me gustaría ver unos pantalones y una camisa que puedan combinar con esta chaqueta. La persona que lo atendió detalló primero a Samuel y luego a la chaqueta que cargaba. Comenzó a reír.

—¿Qué pasó? —Samuel preguntó confundido y ya sintiendo mariposas en su estómago. Sabía lo que tenía que hacer aunque todavía exactamente no sabía cómo.

—Vamos a ver si tenemos esta chaqueta en tu talla porque estarás nadando en ésta —dijo mientras se levantó y tomó la chaqueta en sus manos. Fue a donde Samuel la había encontrado y comenzó a buscar. Sacó uno y le dijo —Este es más tu talla —mientras lo colocaba cerca del muchacho—. ¿Puedes comprar esto? —preguntó a Samuel con duda.

—Si tengo una manera de comprarla —dijo Samuel haciendo lo mejor para mantener la calma.

Lo vio con sospecha. El muchacho tenía un acento raro y no parecía tener dinero para comprar la chaqueta que era de las más costosas. Aun así, el muchacho mostraba confianza en su manera y en la forma de ser. Así que le dijo —Bueno, si quieres pruébala.

Samuel abrió sus brazos y el vendedor colocó primero una manga y luego la otra. Luego le guió a un espejo. Samuel dio la vuelta y vio su imagen en el espejo. Le gustaba mucho la chaqueta y era exactamente su talla. Como si fuera magia, su postura fue cambiando con la chaqueta puesta y se paró más recto. Era exactamente lo que él necesitaba.

—Perfecto —dijo Samuel mientras se quitaba la chaqueta—, y ¿qué pantalones podrían ser?

El vendedor caminó a otra parte de la tienda y le mostró unos pantalones. Vio la cintura y las piernas de Samuel y dijo —Estos te van a quedar bien.

Samuel puso la chaqueta al lado de los pantalones. —Me parece bien —dijo mientras le daba la chaqueta al vendedor.

Tomó los pantalones y los colocó en su cintura. El largo parecía bien y lo más probable que la cintura también. Por lo que el vendedor se había percatado en la medición de la chaqueta, imaginaba que tenía mucha experiencia en cuanto a las tallas de las personas.

—¿Y una camisa?

El vendedor tomó los pantalones y caminó a otra parte de la tienda donde había muchos diferentes estilos de camisas. Veía nuevamente el color de la chaqueta y los pantalones y se acercó a un estante. —Puede ser una de estas.

Samuel veía las camisas e inmediatamente le gustaron una más que las otras. —A mí me gusta ésta —dijo Samuel con certeza.

El vendedor tomó la camisa y preguntó —¿Algo más?

—Esto es todo —dijo Samuel preparando en su mente lo que ahora iba a decir.

Caminaron hacia la caja registradora y los otros dos vendedores aun estaban allí.

—¿Cómo va a pagar? —preguntó el vendedor—.

—Con una conversación —contestó Samuel con algo de nervios, dando lo mejor para mostrar confianza.

—¿Cómo que con una conversación? —preguntó incrédulo, dirigiéndose a los otros vendedores—. ¿Oyeron lo que dijo este joven loco?

Los tres se rieron y ahora prestaban más atención al muchacho. Samuel dijo con firmeza —Tengo una idea que quisiera conversar con el Sr. Cristo.

Los tres vieron a este muchacho con un acento raro. Lo detallaron de arriba para abajo —¿Qué te hace pensar que vas a hablar con el dueño? —preguntó la única muchacha de los tres.

—Estoy seguro que le va a gustar lo que le voy a decir —contestó con firmeza.

Los tres se vieron uno al otro y subieron los hombros. —El Sr. Cristo no está ahora —acertó él que le había atendido.

—¿Cuándo viene?

—Él normalmente viene por las tardes aunque no sé si viene hoy y menos creo que te va atender.

—¿El Sr. Cristo tiene un asistente o una secretaria?

—Las oficinas administrativas están en el segundo piso —contestó el otro vendedor, señalando unas escaleras—. Puedes preguntar por allí.

—Por favor aparta lo que escogí y luego vengo —dijo Samuel al mismo vendedor que le había atendido—. Muchas gracias.

Samuel dio la vuelta y caminó hacia las escaleras mientras que la muchacha dijo —Cada loco con su tema.

Se rieron todos del muchacho que pretendía pagar con <<una conversación>>. Cuando llegó a las escaleras, volteó con una amplia sonrisa. Viendo a los tres vendedores, colocó sus dos pulgares para arriba señalándoles su confianza en lograr su objetivo.

Cuando llegó arriba vio a una señora limpiando. Sonrió y le dijo —Buenos días. Por favor, ¿quién es la persona que trabaja con el Sr. Cristo?

—Buenos días joven —contestó la señora luego señalando un pasillo a su derecha—, ella está por allí.

—Muchas gracias —dijo Samuel caminando en la dirección indicada.

Cuando llegó al final del pasillo vio una pequeña recepción, una puerta que abría a una oficina amplia y una señora sentada al lado. Ella levantó su vista cuando lo vio y le preguntó —¿En qué le puedo servir?

Samuel respiró profundamente y caminó hacia su escritorio. Cuando llegó dijo. —Mi nombre es Samuel Bercowski. Tengo una idea que quisiera conversar con el Sr. Cristo.

—¿De qué se trata? —quería saber la señora ahora prestando más atención al muchacho curioso que quería ver a su jefe.

—Se trata de mi futuro —Samuel dijo con valentía.

—¿Y eso? —preguntó la señora confundida.

Samuel contestó —Si tiene un momento, le puedo explicar todo.

La señora asintió con su cabeza, viendo cuidadosamente al muchacho mientras hablaba. Samuel comenzó a contarle lo que le había pasado en el último año. Le explicó brevemente sin entrar en muchos detalles las circunstancias referentes a su país y su decisión de buscar una nueva vida afuera. Luego le comentó lo que había pasado en los últimos días.

Continuó diciendo —Para lograr lo que yo quiero, necesito vestirme bien. Un amigo me contó de la forma que el Sr. Cristo comenzó su negocio y siento que no hay mejor persona que me oriente al respecto. También sé que lo más probable es que él mismo necesitó una mano amiga en algún momento y pueda comprender mi situación.

La señora le estaba escuchando atentamente. —Si quieres, toma asiento Samuel —dijo mostrando una silla a su costado—. ¿Te gustaría un cafecito?

Samuel pensó en lo que el Sr. Blanco el gerente de Seguros le había dicho sobre el café <<De repente cambiarás tú opinión cuando te des cuenta lo rico que es por aquí en nuestro país>>. En los últimos días había visto que en todas partes le habían ofrecido café en sus aventuras con Resbalao y Pata Hinchada.

Claro —se escuchó contestando, a pesar del hecho que nunca le había gustado mucho el sabor.

Mientras que ella buscaba el café, él observaba sus alrededores. En las paredes había afiches grandes de personas modelando la ropa de la tienda. En una pared había una sola placa, con una foto encima. Se levantó para verla más de cerca.

<<En gratitud a su gran apoyo a la comunidad>> decía la placa. Encima había una foto de dos señores. Se estaban dando la mano y uno entregaba la misma placa que estaba en la pared al otro. Se acercó a la foto para ver bien la cara del que recibía. Era un señor de baja estatura, cabello blanco y con una sonrisa grande.

Cuando regresó la señora, Samuel le preguntó —Disculpe, ¿cuál es su nombre?

—Soy la Sra. Salas —dijo con una sonrisa dándole un café en una copa linda de porcelana—. Ya tiene azúcar.

—¿Tiene mucho tiempo trabajando con el Sr. Cristo?

—¡Uff! —dijo la señora, haciendo memoria—. Todos los años del mundo.

—En este caso sería mejor que no entremos en detalles —dijo Samuel con una sonrisa—. Me he dado cuenta que a las damas no les gusta hablar sobre su edad.

—No es que no me gusta, sino que no avanzo en edad. Es increíble —respondió la señora con una sonrisa.

Los dos se rieron. Samuel detalló un poco más a la Sra. Salas procurando no ser tan obvio. Si bien no era joven, aún era muy atractiva. Su piel era suavcita y notaba que cuidaba muy bien su aspecto.

—La verdad es que no se mucho de edades, lo que sí es que usted es una dama extremadamente bella —dijo Samuel, llegando a su mente la manera en que Resbalao hablaba con las chicas.

—Muchas gracias —dijo la señora, bajando levemente su mirada. Se ruborizó un poco y le dijo a Samuel mientras señalaba la placa en la pared, —Vi que estabas viendo esta placa del Sr. Cristo.

—Me imagino que el Sr. Cristo es la persona a la derecha. El que está recibiendo la placa en la foto, ¿correcto?

—Es así. Es uno de los logros sobre el cual tiene más orgullo, y tiene muchos —agregó con una sonrisa.

—¿Por qué le otorgaron la placa? .

—El organizó un evento para distribuir ropa a los sectores más humildes y necesitados del país. Fue después de un deslave hace unos años. Muchas personas quedaron sin casa y sin ropa, ni hablar de las personas que perdieron sus vidas.

—Escuché algo de eso —dijo Samuel, recordando lo que le habían comentado sobre unos deslaves.

—¡Fue terrible! El Sr. Cristo pensó en la cantidad de ropa que muchas personas tienen que nunca utilizan. Contrató a algunas personas para ir a las zonas de la ciudad de más afluencia. Hicieron una recolección de ropa que no se estaba utilizando. Luego organizó la distribución de la ropa a las áreas más necesitadas. Lo hizo de tal forma que muchos se beneficiaron. Por lo que yo sepa, no hubo ninguna trampa por parte de los más vivos, como lamentablemente suele pasar en este tipo de situaciones.

—También he escuchado de los <<vivos>>.

—Ah sí, chico, parece que todos quieren ser más vivos que los demás. Siento que es uno de los desafíos más fuertes que enfrentamos como país.

Samuel se quedó un momento pensando en lo que dijo la Sra. Salas. Quería saber más sobre lo que pensaba sobre los vivos aunque en este instante estaba más enfocado en su objetivo de obtener la ropa que deseaba.

—¿Cuándo viene el Sr. Cristo? —preguntó Samuel.

—Él realmente no tiene horario. A veces viene y a veces no. Cuando viene, normalmente es por la tarde.

—¿Le importa si le espero?

La Sra. Salas contempló al muchacho y todo lo que le había dicho. Sabía que el Sr. Cristo normalmente le gustaba hacer citas previas para atender a la gente. Aun así, sintió que le gustaría conocer a Samuel. —Puedes esperar aunque no se cuánto tiempo será ni siquiera si vendrá hoy.

—¡Excelente! Si no viene hoy, puedo venir mañana —contestó Samuel inmediatamente—. Si hay algo que tengo en este momento es mucho tiempo.

La señora sonrió y dijo —Puedes sentarte allí y ver algunas de las revistas. Te pueden interesar. La mayoría son boletines que publicamos trimestralmente.

—Gracias, Sra. Salas. No quiero molestarla así que me quedaré aquí quietecito como un ratoncito.

La Sra. Salas sonrió con lo que dijo y le contestó —Tranquilo, Samuel. Tengo algo de trabajo por hacer; aun así, podemos conversar un poco.

Samuel le preguntó sobre su familia y la Sra. Salas comenzó a decirle sobre sus hijos y su esposo que había fallecido. A ella se le ocurrió mientras hablaba con Samuel que le estaba diciendo muchas cosas que normalmente no les decía a las personas recién conocidas. Él inspiraba confianza. Tenía algo que ver con su forma de escuchar. Samuel le veía a los ojos y de vez en cuando le preguntaba algunas cosas para asegurar que le estaba entendiendo bien. Ella reflexionó que era una cualidad poco común. La gran mayoría de las personas estaban en un constante juego de <<Yo – Yo>>. Lo único que les importaba era ellos mismos.

Después de hablar un rato ella comenzó a trabajar y Samuel levantó una de las revistas que estaba en la mesa. La abrió y en la primera parte había una página donde aparecía una foto del Sr. Cristo y unas palabras escritas por él. El escrito tenía que ver con la clave de su éxito y la importancia de siempre dar a sus clientes un buen servicio. Comentó que la empresa había crecido cliente por cliente y que cada cliente merecía ser tratado como si fuera rey. Al final escribió <<¡Él que se viste como un rey, se siente como un rey!>>.

El contenido de la revista tenía otros escritos por unos de los vendedores más exitosos como también artículos escritos por otras personas que daban ideas sobre mejorar las ventas y dar un excelente servicio al cliente. Además había varios anuncios referentes a los diferentes productos que incluían los diseños más actualizados que estaban promocionando.

La Sra. Salas se levantó y agarró su bolso por instinto, Samuel también se levantó.

—Es mi hora de almuerzo, Samuel. ¿Vas a salir a comer?

—No lo había pensado —contestó honestamente.

—Bueno nosotros cerramos las oficinas administrativas durante el almuerzo. Si es que viene el Sr. Cristo sería después de las dos de la tarde.

—Yo puedo dar unas vueltas por allí —dijo Samuel—, ¡Soy muy bueno haciendo eso!

—¡No te vayas a marear con tantas vueltas! —ella dijo con una sonrisa.

—Por supuesto que no, tendré mucho cuidado —dijo Samuel ahora con su propia sonrisa.

Salieron y despidieron de la señora de la limpieza.

—Nos vemos ahora, Carmen, buen provecho.

—Gracias, Sra. Salas —le contestó—, igual para usted.

Los dos bajaron las escaleras y caminaron hacia la salida. Cuando pasaron por la caja registradora los mismos tres vendedores estaban parados allí.

—¿Ya logró su objetivo? —le preguntó a Samuel el vendedor que le había atendido.

—En eso voy —contestó Samuel con confianza.

—No sé exactamente qué les dijo —dijo la Sra. Salas a los tres—. Lo que si les puedo decir es que Samuel tiene un cuento bien interesante y veo que es posible que logre lo que quiere.

Los vendedores se vieron uno a otro con una expresión de incredulidad. Sin embargo, él que lo había atendido expresó —Cómo que el muchacho no es tan loco como habíamos pensado.

Cuando llegaron afuera Samuel se despidió de la Sra. Salas y comenzó a caminar. Se acordaba que había una plaza a una cuadra de la tienda y decidió ir para allá. Nuevamente estaba pendiente de todas las personas a su alrededor y su forma de vestir. Estaba convencido que la ropa que había escogido con la ayuda del vendedor era exactamente lo que necesitaba.

Llegó a la plaza y a un lado habían varias personas jugando ajedrez. Al otro lado de la plaza había varias personas vendiendo mercancías que las mostraban sobre telas en el piso. Consiguió un asiento en un banco que estaba debajo de un árbol y se sentó. Observaba a todas las personas que caminaban por allí cuando de repente le dio sueño. Cerró sus ojos y su mente comenzó a volar.

VIII. Momentos Marcan el Destino

En un estado entre dormido y despierto Samuel pensó en su futuro. Contempló lo que venía por el horizonte en este mundo nuevo. Si bien era un extranjero en un mundo extraño, ya después de pocos días de haber llegado, se sentía cómodo. A él le gustaba la gente y su manera. Le encantó el clima y aunque en su país ya el frío de invierno estaba entrando, aquí ni siquiera hacía falta una chaqueta. De repente lo único que necesitaba para combatir lo que aquí llamaban <<el pacheco>> del invierno era un suéter liviano.

Samuel había soñado toda su vida con lograr algo importante. Aunque realmente no sabía que iba a ser, estaba convencido que algo grande iba a pasar. Se acordó de la noche antes de salir de su país. Tuvo un alboroto de emociones que oscilaban entre rabia y aventura. Por una parte tenía rabia que la situación de su país se había deteriorado tanto que esa misma situación le indujera a salir. Rabia que estaba dejando a su familia. Sabía que probablemente eran los únicos seres en el mundo con quienes podía contar incondicionalmente.

La noche antes de salir de su país, Samuel salió a caminar. A pesar de las advertencias de su mamá del peligro que acechaba por allí, sintió la necesidad del aire fresco para aclarar lo que estaba sintiendo. Salió de la ciudad a un lago donde frecuentemente había ido de niño con sus hermanos. Mientras daba la vuelta al lago salieron lágrimas de rabia e impotencia que luego se convirtieron en sollozos. Esa misma noche él juró que su vida iba a tener algún significado. Aún no sabía qué iba a ser ni como lo iba a lograr. Lo que sí tenía bien claro es que iba a lograr algo importante en su vida.

* * * * *

Regresó a la realidad con unos gritos que venían del otro lado de la plaza. Abrió sus ojos y vio a todos los vendedores en la acera recoger su mercancía dentro de las telas donde la mostraba y luego correr. Por una calle más arriba venían unos policías corriendo. Parece ser que no estaban autorizados a vender su mercancía en la plaza. Mientras andaba con Resbalao algo parecido había ocurrido.

Resbalao le había dicho —Los buhoneros por estos lares se reproducen como no tienes idea. Apenas los quitan de una parte y surgen éstos mismos y muchos más en otra parte.

Luego Resbalao le había comentado que estas personas formaban parte de lo que llamaban la economía <<informal>>. Trabajan y hacen su vida vendiendo diferentes tipos de artículos. Aunque muchos no tenían otra opción, Resbalao le explicó que muchos de ellos no solo les gustaba lo que hacían, sino también que hacían mucho dinero haciéndolo. Según tenía entendido, ganaron el doble, el triple o más de lo que puede ganar un motorizado.

Después de unos minutos ya todo regresó a la normalidad y Samuel cerró los ojos nuevamente y siguió reflexionando en las vueltas que su vida había dado en los últimos días.

* * * * *

Él estaba en una aventura. Hacia donde iba no sabía. Pensó en una estación de radio que su mamá solía escuchar por las noches. Tocaba una música suave que a ella le gustaba mucho. Al final de su programa el locutor siempre cerraba diciendo <<La vida no es un destino sino un camino>>.

De niño no había entendido las palabras y le preguntó a su mamá su significado a lo que respondió —Hay muchas personas que pasan toda su vida buscando algo. Quieren un mejor trabajo y lo consiguen. Quieren más dinero y lo consiguen. Quieren tomar unas vacaciones y las toman. Aun así hijo, lo importante en la vida no es a donde lleguemos sino como disfrutemos cada momento que tengamos.

Estas palabras le habían orientado en su vida. Aun con su decisión de conseguir <<algo>> mejor, él sabía que lo importante era disfrutar el proceso. Reflexionó en lo que le había dicho el Sr. Juan José en el avión, <<Cada momento puede ser un momento mágico si prestamos atención a este instante>>. ¿Será que se había puesto de acuerdo con su mamá? Reconoció la similitud de las ideas de su mamá y del señor.

Ahora él estaba más convencido que nunca, que cada instante podría ser un momento mágico. Su momento era ahora y sabía que en este instante él tenía el poder de cambiar el rumbo de su vida; de hacer algo mejor y lograr hacer algo importante como se había prometido a sí mismo mientras se mezclaban tantas emociones durante esa última noche en su tierra natal caminando alrededor del lago.

* * * * *

Abrió sus ojos nuevamente y vio que el movimiento en la plaza había disminuido considerablemente. Muchos se habían ido a sus casas a almorzar. Los que estaban jugando ajedrez hace unos momentos se habían ido y probablemente regresarían después de una buena siesta.

A Samuel le empezó a dar hambre. Sacó su billetera y vio el poco dinero que quedaba. Aunque había logrado estirar el

dinero, desaparecía como si fuera magia. Pensó nuevamente en el Sr. Juan José y su magia con las pelotas en su cuento del rebote. Sacó la pelota que llevaba ahora siempre consigo y la rebotó contra el piso. ¿Cómo podría ser que volara el dinero tan rápidamente? Parecía que tuviera alas. Aun así, él sabía que esta tarde podría ser un momento muy importante para su futuro y era necesario que estuviera listo para cualquier eventualidad. Igual que los Boy Scouts.

Caminó a una panadería que estaba cerca y compró pan, 100 gramos de jamón, 100 gramos de queso y un agua mineral. Regresó a la plaza y se sentó en el mismo banco donde estaba antes. Sacó lo que había comprado e hizo un sándwich.

Saboreó cada uno de los mordiscos. Su mamá siempre le había advertido <<Come lento Samuel, así dura más tiempo>>. Él sabía que ella quería que durara más porque normalmente no tenían mucho. Además él había leído una vez que era más saludable comer de esta manera. Así que tomó su tiempo comiendo mientras veía pasar el mundo en frente de sus ojos.

Cuando se acercaba las dos de la tarde, se levantó y caminó nuevamente a la tienda de Don Cristo. Entró y las mismas tres personas estaban allí sentadas. Se le ocurrió que eran como estatuas que nunca se movían, tal que siempre se quedaron en el mismo lugar inmóviles. Samuel se quedó allí hablando con ellos durante unos diez minutos. La impresión principal que le dio a Samuel de los tres es que realmente no hacían su trabajo por gusto sino por obligación.

Entró la Sra. Salas y él vio su oportunidad de escapar porque la quejadera de ellos era demasiada para seguir aguantando. —Hola, Sra. Salas, ¿cómo estuvo su almuerzo?

—Divino, Samuel, gracias por preguntar.

—Hasta luego muchachos, luego nos vemos —Samuel dijo despidiéndose de los vendedores.

Subieron las escaleras y saludaron a la Sra. Carmen. —Les provoca un cafecito —les preguntó a los dos.

—¡Para mi sí! —contestó la Sra. Salas—. Una tarde sin un cafecito es como un día sin sol.

—Sí, gracias —Samuel se escuchó decir nuevamente—.

La Sra. Salas fue a su puesto de trabajo y Samuel se sentó donde estaba antes. Mientras venía el café, la Sra. Salas le preguntó más sobre su familia. Aunque Samuel le había contado brevemente lo que había pasado con su papá, su hermano y su tío anteriormente, ahora ella se horrorizó al saber los detalles de lo acontecido. Samuel le expresó lo que había sentido a nivel emocional durante el proceso.

—He escuchado de situaciones así, aunque afortunadamente nunca he tenido que pasar por algo parecido. No puedo imaginar cómo debe ser para tu madre. Primero pierde su esposo y su hijo mayor. Ahora te ha perdido a ti también.

—Si bien es cierto lo de mi papá y mi hermano, a mí no me ha perdido —dijo Samuel con convicción—. No cabe duda que algún día de alguna forma u otra les voy a rescatar de esa situación tan desagradable.

—Me encanta tu espíritu, Samuel, ojalá que más personas tuvieran esos sentimientos tan lindos que tienes.

Después de platicar un poco y tomar su café, la Sra. Salas comenzó nuevamente a revisar papeles y enfocarse en su trabajo. Mientras tanto Samuel siguió ojeando las revistas. Aprovechó la oportunidad para aprender más de la compañía y de los intereses de Sr. Cristo.

Un poco después de las tres de la tarde Samuel escuchó una voz resonante —Muy buenas tardes, ¿cómo está usted, Sra. Carmen?

—Muy bien gracias, Don Cristo —contestó la señora.

Automáticamente Samuel se puso más recto en su silla y bajó la revista que estaba leyendo. Se acordó de lo que su papá le había dicho en una oportunidad <<Nunca se da una segunda oportunidad de dar una buena primera impresión>>.

El Señor Cristo caminó hacia el escritorio de la Sra. Salas y preguntó —¿Qué hay de bueno, mi amiga del alma?

—Tú sabes Don Cristo, lo mismo de siempre. Los que quieren ser pagados quieren su dinero para ya y los que tienen que pagar no lo quieren soltar —le comentó la Sra. Salas con una sonrisa.

—Algunas cosas nunca cambian —sonrió Don Cristo—. Afortunadamente tú no cambias. Me has amenazado con salir para quedarte con tus nietos y gracias a Dios que aún no lo has hecho. No sé qué haría sin ti.

—Yo si se —contestó—. Por unos días estarías locamente perdido en la luna. Luego conseguirías una jovencita bonita y linda que utilice una ultra minifalda para reemplazarme.

—No me vayas tentando. Aunque temo que tienes razón no creo que sería una buena idea. Sería imposible trabajar con una criatura así en mi presencia.

—Buenas tardes —dijo Don Cristo a Samuel al verlo —. ¿A quién tenemos aquí? —preguntó, ahora dirigiendo la palabra a la Sra. Salas.

Samuel se paró mientras la Sra. Salas le contestó —Creo que sería mejor que él mismo te explique. Aunque sé que no

te gusta atender a las personas sin una cita previa, decidí que te puede interesar lo te quiere comentar.

Samuel extendió su mano y dijo —Es un gusto conocerle, Don Cristo. Seré breve en lo que le quiero decir.

—Tengo una reunión ahora a las cuatro así que no tengo mucho tiempo. Permítame aterrizar y ahora hablamos —le dijo a Samuel. Dio la vuelta y entró en su oficina.

Samuel respiró nuevamente porque mientras hablaba con Don Cristo era como si no estuviera respirando. La Sra. Salas le miró y le guiñó un ojo dándole también una señal de positivo con su pulgar derecho de la misma manera que Samuel les había hecho a los vendedores por la mañana cuando estaba subiendo por las escaleras.

Ella siguió trabajando y de vez en cuando se escuchaba la voz del Sr. Cristo que le pedía que llamara a diferentes personas.

Después de haber realizado unas llamadas Don Cristo dijo —Samuel, vente para acá. Vamos a escuchar lo que me quieres decir —se escuchó de su oficina con la puerta abierta.

Samuel respiró profundamente y se levantó. Con una mirada suave la Sra. Salas le hizo sentir que todo iba a salir bien.

Entró en la oficina e inmediatamente comenzó a hablar —Agradezco mucho que me haya atendido Don Cristo, lo que pasa es que...

—Ya va muchacho, tranquilízate —interrumpió Don Cristo—, aunque no tengo mucho tiempo tampoco tienes que decirme todo en 10 segundos. Siéntate y dime con calma lo que me quieres decir.

—Gracias Don Cristo —le dijo mientras tomaba asiento en una de las dos sillas que estaba en frente de su escritorio.

—¿Te gustaría un cafecito? —le preguntó a Samuel.

—No gracias —contestó el muchacho ahora prefiriendo mantener su atención en el Sr. Don Cristo.

Con su voz un poco más fuerte dijo —Ana dile a la Señora Carmen que me traiga otro cafecito por favor.

—Por supuesto jefe —vino la respuesta.

Samuel tomó otra respiración profunda y comenzó a contarle a Don Cristo lo mismo que le había explicado a la Sra. Salas. Cuando llegó al asunto del porque quería hablar con él, dijo —Yo tengo confianza que puedo desempeñarme bien como asesor de seguros. El único detalle es que en este instante no tengo mucho dinero y necesito tener una buena presencia cuando vaya a trabajar. Para este fin necesito comprar ropa.

—¿Y exactamente que me propones, Samuel, quieres que te regale la ropa?

—De ninguna manera —contestó el muchacho con firmeza—. Yo sé que usted ha trabajado duro para lo que tiene. En el tiempo que le estaba esperando vi la placa que usted tiene afuera y varios de sus revistas. Sé que usted ha ayudado mucho a su comunidad y aun así, todo esto viene con un precio. Mi papá siempre me decía, <<No se recibe algo por nada, hijo. Si alguien te ofrece la luna, asegúrate que tú no seas el cohete que va a utilizar para llegar>>.

Don Cristo sonrió a lo que dijo el muchacho.

—Lo que yo le propongo es que yo trabaje para usted con el fin de comprar la ropa que necesito. No me importa que trabajo sea. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa porque sé que al final voy a triunfar.

A Don Cristo le pareció simpático el muchacho y a él le gustó que Samuel no estuviera buscando algo gratuito. Ade-

más le recordaba mucho de él mismo cuando era joven. Él también había llegado al país cuando era joven y sin dinero. Se acordó de esos primeros meses cuando también hubo varias personas que le habían dado una mano cuando más lo necesitaba. Nunca se había olvidado de ellos y con el pasar del tiempo él también había tenido la oportunidad de devolver el favor en algunos casos.

—Tengo una idea, Samuel. Como me imagino que sabes, estamos entrando en vacaciones. Para nosotros es una excelente época de ventas. Tengo tres personas que trabajan aquí en esta tienda y aunque normalmente es suficiente, con el aumento de clientes a veces tres no son suficientes. ¿Qué tal si trabajes aquí como vendedor durante la época de vacaciones? Luego podemos ver si quieres seguir o si prefieres enfocarte en tú trabajo con la compañía de seguros. ¿Te parece?

—¡Me parece espectacular! —gritó Samuel un poco más alto de lo que esperaba—. Usted verá que soy un excelente trabajador.

—No tengo duda de que así sea. Me comentaste que vas a estar trabajando como mensajero por las mañanas, ¿correcto?

—Es así, Don Cristo.

—Qué tal si comienzas a trabajar mañana mismo al medio día. Sería bueno que estuvieras mientras que los otros se turnan para su almuerzo.

—¡Excelente!

—Ahora dime que ropa querías comprar.

Samuel le explicó lo que había escogido. Don Cristo conocía muy bien su mercancía y por lo que le explicó tenía una buena idea de lo que había seleccionado.

—Me parece bien. Inclusive esta misma ropa te puede servir para tu trabajo aquí. La única diferencia es que aquí tendrás que utilizar una corbata.

Tomó un bloc de papel y comenzó a escribir. —Lleva este papel abajo y diles que escojan dos camisas más y una corbata que combine con todo. También diles que vas a necesitar tres pares de medias.

Se levantó y vio los zapatos que Samuel tenía puesto. —¿Tienes otros zapatos? —le preguntó.

—No señor, son los únicos que tengo.

—¿Qué talla eres?

—Talla 42 —respondió Samuel.

—Yo soy 40 y hace un par de años uno de los representantes de uno de nuestros proveedores me regaló unos zapatos bien bonitos de tu talla. Los he utilizado en dos o tres ocasiones aunque realmente no me quedan bien. Los voy a enviar con el motorizado para que estén aquí para mañana al mediodía cuando llegues.

—No sé qué decir —dijo Samuel sin saber cómo agradecer al señor.

—No tienes que decir nada. En mi experiencia, Samuel, nosotros hacemos nuestras propias oportunidades. Veo muchas personas que quieren tener éxito, quieren tener dinero y sobre todo quieren tener felicidad. Luego, ¿sabes que hacen?

—No sé —dijo Samuel honestamente.

—No hacen absolutamente nada y esto es el problema. Me hace feliz saber que puedo asistirte en este instante. Por lo que me has dicho y más por la forma como lo has dicho, no tengo duda que vas a lograr todo lo que deseas.

—Ana, ven acá un momento —dijo alzando un poco la voz para que le escuchara.

La Sra. Salas entró con un bloc lista a escribir. —Tenemos un nuevo empleado Ana. Samuel comienza a trabajar con nosotros mañana al mediodía. Le di mi autorización para que los muchachos le den la ropa que escogió junto con algunas cosas más que él va a necesitar.

Ahora dirigiendo la palabra a Samuel dijo —Dile que saquen la cuenta de lo que estás comprando con el descuento del empleado. Luego subes otra vez y se lo das a Ana y ella tomará los datos necesarios para que empieces a trabajar.

—Tengo una pregunta, Don Cristo —dijo Samuel con algo de preocupación en su voz—.

—¿Cuál será, Samuel?

—¿Cuánto tiempo estima que me va a tomar pagar la ropa?

—No te preocupes por eso, Samuel. Nosotros pagamos un sueldo, que reconozco que no es mucho, más un bono por las ventas. El sueldo que ganes será tuyo y la comisión será utilizada para cancelar la deuda de la ropa. Si vendes bien es posible que ya para navidad, hayas pagado todo.

—¡No sabe lo feliz que me ha hecho! —dijo Samuel visiblemente emocionado.

—Aunque no me creas Samuel, tengo una idea —dijo Don Cristo viendo al muchacho que irradiaba felicidad.

La Sra. Salas también estaba muy contenta y le dijo con una sonrisa —Vamos, Samuel, antes de que cambie de opinión. —Luego dirigiéndose a Don Cristo le dijo—, ya llegó la persona para tu reunión a las cuatro, ¿le digo que pase?

—Sí, por favor, Ana.

Samuel salió de la oficina con la Sra. Salas y estaba brincando de alegría.

—Ve abajo y habla con los muchachos y luego regresa para acá Samuel —le dijo la Sra. Salas con ternura en su voz—. Bienvenido a Don Cristo.

Espontáneamente Samuel la acercó y le dio un beso en el cachete. —Muchas gracias, agradezco todo lo que haya hecho por mí Sra. Salas.

—Al contrario, Samuel. Soy yo que quiero agradecerte a ti. Vi una emoción en los ojos del Sr. Don Cristo que no había visto desde que recibió esta placa en la pared que viste hace varios años. Creo que él también está contento.

Samuel bajó las escaleras al área de ventas y explicó a los tres vendedores lo que había pasado. Cada uno reaccionó un poco diferente. Oscilaban entre molestos y dudosos. El único que mostró algo positivo fue el mismo muchacho que le había atendido.

Escogieron un par de camisas más, una corbata y tres pares de medias. Calculó el total de los artículos y aplicó el descuento para los empleados. Samuel tomó la factura y subió nuevamente. La Sra. Salas tomó todos sus datos y se despidieron.

IX. Chambeando por allí

El próximo día, Samuel bajó del apartamento de Domingo y Julio le estaba esperando. Samuel tenía puesta su ropa nueva.

—¿Y esta pinta? —preguntó Julio.

Le contó a Julio lo que había transcurrido el día anterior en el camino.

Bajaron un par de cuadras a la avenida y tomaron una camioneta hacia el mismo edificio donde Samuel había entregado unas encomiendas con Resbalao. —Yo reconozco este edificio —dijo Samuel emocionado cuando bajaron.

—Claro este es una zona privilegiada y una excelente zona para conseguir clientes —dijo Julio mientras señalaba otros edificios también a su alrededor—. Para conseguir a gente que quieren asegurar lo que tienen, hay que ir a donde haya gente que tiene plata.

—Me parece lógico, Julio. Esto es como decir que si uno quiere pan, hay que ir a una panadería.

—Esa es la idea —dijo Julio con una sonrisa. Se dice que uno de los sentidos menos comunes es el sentido común. Este es uno de esos casos. Lo que pasa es que he visto a muchos agentes que pierden tiempo con personas que no tienen la capacidad de invertir en lo que nosotros ofrecemos.

—Perdón dijiste, <<¿invertir en lo que ofrecemos?>> —preguntó Samuel un poco confundido—. Pensé que el seguro que ofrecemos es un costo y no una inversión.

—Hay muchos que piensan así. Verás que dependiendo de la forma como uno lo ve, se puede considerar como una inversión.

—¿Me puedes dar un ejemplo?

—Por supuesto. Tú estás vivo, ¿cierto?

—Por los momentos sí —respondió Samuel confundido.

—Solamente quería ver si estabas prestando atención — Julio le regaló una sonrisa—. ¿Cuánto vale tu vida?

—¿Qué tipo de pregunta es eso? —respondió Samuel indignado—. ¡Mi vida no tiene precio!

—Entonces, ¿cuánto estarías dispuesto a pagar para mantenerte en buena salud para poder disfrutar tu vida?

—¡Lo que fuera necesario! —respondió Samuel inmediatamente.

—Y así somos todos, amigo, aunque todos estaríamos dispuestos a pagar lo que sea para estar bien, no todos tienen plata para hacerlo.

—Ah, ahora creo que estoy entendiendo. Es decir que aunque todos quisiéramos tener la protección, ¿no todos lo podemos costear?

—Exactamente —Julio percató que Samuel le estaba comprendiendo—. Hay muchos agentes de seguro que pasan demasiado tiempo explicando a sus amigos y familiares sobre los beneficios del seguro.

—¿Qué hay de malo en eso?

—En sí no es malo. De hecho es importante que las personas sepan lo importante que es asegurarse. Lo que pasa con demasiada frecuencia se crea el deseo de adquirir el producto y luego se dan cuenta que la persona no tiene los recursos necesarios para invertir en su propio bien.

—¿Y es por eso que dices que es una inversión?

—Eso es correcto, pana. No llegamos a nada explicando un buen servicio si la persona no tiene la posibilidad de adquirirlo.

Samuel rascó su cabeza y preguntó —¿No hay productos que sean buenos, necesarios y accesibles a personas que no tienen tanto dinero?

—Si los hay. Lo que pasa es que pagan muy poco a nosotros y es por eso que prefiero vender lo que a mí me da más ganancia. Luego serás tú el que decida cómo quieres manejar tu negocio.

—Yo siempre he escuchado que es cuando ayudamos a los otros que nosotros nos beneficiamos.

—Podría ser así —respondió Julio—. Aun así, yo estoy aquí para hacer dinero. Hablando de eso, vamos a ver a mi cliente. Te voy a presentar como colega. No tienes que decir nada. Simplemente observas.

Los dos entraron al edificio. Después de haber dado sus datos en la planta baja, subieron a la oficina. Esperaron brevemente y luego entraron a la oficina del señor.

Era el mismo cliente a quien le habían robado el carro hace seis meses. A pesar de tenerlo protegido contra todo riesgo, la compañía de seguros aún no había hecho el pago correspondiente para el vehículo.

—¿Cómo puede ser que aún no me han pagado? Eso fue durante las vacaciones de mis niños y ya viene navidad. ¿Cuándo me van a pagar?

—Usted sabe que estas cosas toman tiempo —dijo Julio buscando comprensión.

—¿Me lo vas a decir a mí? He hecho todo lo que me han pedido. Fui a la policía para hacer el reporte. Firme una de-

claración notariada contando todo lo que había pasado. Entregué todos los documentos que me pidieron. En una oportunidad perdí un día completo de trabajo porque tu compañía <<no tenía línea>> y no podían abrir mi caso. ¡Estoy harto!

—Tiene que entender, hay fuerzas que están más allá de nuestro control.

—Lo único que te puedo decir con seguridad es que si no recibo el pago antes de navidad, ¡alguien va a pagar por eso y temo que vas a ser tú Julio!

Hasta este momento Samuel observaba que Julio había mantenido la calma. Por lo último que dijo el cliente se le salieron los tapones a Julio. —¿Y qué espera? ¿Qué saque el dinero de la nada? Esto tiene un proceso y usted no tiene derecho de amenazarme de esta manera.

—¡Lo único que sé es que quiero esta plata para ya! Vete y no quiero hablar contigo hasta que tengas un cheque a mi nombre en tus manos.

Se fueron de la oficina y Julio estaba visiblemente afectado.

—¿Estás bien? —preguntó Samuel.

—Sí, creo que voy a sobrevivir —dijo tomando control nuevamente sobre sus emociones—. Sólo que me da mucha rabia la ineficiencia de la compañía en este tipo de caso. Y al final, soy yo que tengo que dar la cara al cliente.

Aunque no quería decir nada a Julio en ese instante, en su mente Samuel pensó que era para este tipo de situación que la compañía pagaba por los servicios de sus asesores. Samuel había aprendido en su vida que a veces era mejor no decir nada.

De allí fueron a otro cliente y aunque Julio todavía estaba un poco alterado, fue mucho mejor. Revisaron la cobertura

que la persona tenía en sus dos vehículos, como también una póliza de hospitalización que tenía. Estaba renovando una de las pólizas y le dio un cheque a Julio para pagarla.

Cuando salieron Julio dijo —Lamento que hayas tenido que ver lo que pasó con en el primer cliente. Esa es la parte del trabajo que no me gusta. Lo que si me encanta es que las pólizas de cada cliente siempre se vayan renovando. Aunque ganamos más por el primer año de la póliza, cada vez que se renuevan nos toca una partecita por allí.

—¿Cada vez que renuevan una póliza nos pagan por eso?

—Es así amigo. A veces es hasta más fácil que quitar dulces a un niño —dijo Julio con una sonrisa.

—En mi experiencia quitar dulces a un niño no es tan fácil —dijo Samuel echando broma—. Los agarran con toda su fuerza.

—Los clientes hacen lo mismo con su plata —respondió Julio con una sonrisa.

Después de la reunión, Samuel fue a Don Cristo para comenzar su trabajo y se despidió de Julio que iba a un almuerzo con otro cliente.

En el camino Samuel reflexionó sobre las reuniones que había asistido. Si bien no le gustó mucho lo que había pasado en la primera, si le gustó la idea de que le pagaran cada vez que un cliente renovara su póliza. Julio le había explicado que para un agente lo más difícil siempre eran los primeros años. Después de eso era, según él era como <<pan comido>>.

Llegó a la tienda y entró. Allí como costumbre estaban los tres vendedores alrededor de la registradora.

—¿No tienen más nada que hacer? —preguntó Samuel con una sonrisa.

Samuel ya había ganado el respeto de los tres vendedores el día anterior con lo que había hecho. No obstante, estaban un poco nerviosos sobre lo que implicaba la presencia del muchacho y lo que eso podría significar para su estabilidad laboral en la tienda. Vieron que Samuel tenía mucha fuerza de voluntad y no querían ser reemplazados.

—Nunca nos presentamos ayer —dijo el mismo muchacho que le había atendido el día anterior. Extendió su mano y dijo —Yo soy Giovanni.

—Y yo soy Alejandra —dijo la muchacha también dándole la mano.

—Pepe —dijo el tercero haciendo lo mismo.

—Es un placer conocerles —dijo Samuel sonriendo—. Ahora les puedo decir que ayer cuando entré en la tienda estaba muy nervioso y la verdad es que ustedes me asustaron aun más.

Todos se rieron y Giovanni dijo —Si es que estabas asustado, yo no me di cuenta. Cuando me dijiste que ibas a comprar la ropa <<con una conversación>> pensé que donde tenías que estar era en un manicomio.

—Puede ser, siempre he considerado que tengo un poco de loco aunque también siento que esto podría ser bueno en algunos casos.

—Ojalá que yo tuviera un poco más de esta locura —agregó Pepe.

—Yo creo que solamente fue suerte —comentó Alejandra con amargura—. Cualquiera hubiese podido hacerlo.

—Si bien es cierto, Alejandra —contestó Samuel—, yo lo hice.

Samuel notó que de los tres, que Alejandra era la que se sentía más amenazada con su presencia. Decidió que sería mejor que dejara que se calmaran un poco las cosas para no entrar en un conflicto con ella y agregó —De todas maneras tienes razón Alejandra cualquiera podría hacerlo.

La tensión de la situación disminuyó y Giovanni le dijo —Te queda espectacular la ropa, Samuel. Solo que hay que hacer algo con estos zapatos. Pareces chicha con limonada.

Ya Samuel no preguntaba por cada palabra que no entendía. Aunque no sabía exactamente qué significaba la frase <<chicha con limonada>>, solamente tenía que ver sus zapatos viejos al lado de sus pantalones nuevos para imaginar lo que quería decir.

—Menos mal que me recordaste. Ya vengo —dijo Samuel dirigiéndose a las escaleras para subir al segundo piso.

Subió y saludó a la Sra. Carmen quien le ofreció un café. Estaba ansioso para comenzar su trabajo así que declinó. Luego fue a donde la Sra. Salas y la saludó. —Buenos días, Sra. Salas, ¿cómo está usted?

—Muy bien, gracias, Samuel. Oye, estás muy guapo en tu nueva pinta, Samuel.

Bajó la cabeza levemente viéndose y contestó —Gracias, Sra. Salas. ¿Sabe algo increíble?

—¿Qué es, hijo? —preguntó con ternura.

—Desde que me puse la ropa nueva me siento mejor. Siento que camino más recto y tengo más confianza.

—Tengo algo para ti —dijo la Sra. Salas mientras sacaba una caja debajo de su escritorio—. El Sr. Cristo mandó estos zapatos y me pidió que te los diera.

Samuel tomó la caja y la abrió. Adentro había unos zapatos que parecían ser nuevos. Eran negros y de un estilo clásico. Se quitó los zapatos que tenía puestos y colocó los nuevos. Se paró y como si estuviera en un desfile caminó hacia la pared, dio una vuelta y regresó.

—¿Qué tal?

—¡Mucho mejor! —contestó la Sra. Salas, satisfecha con el cambio—. Lo haces como si fueras un modelo y luces espectacular. Sólo falta una cosa, ¿trajiste tu corbata?

—Si la tengo aquí en la misma caja que me dieron ayer. No quería que se arrugara.

—¿Sabes hacerle el nudo, Samuel?

—Aunque vi a mi papá hacerlo un par de veces, no sé cómo hacerlo.

La Sra. Salas se levantó, tomó la cajita con la corbata y mientras la sacaba dijo —Quítate la chaqueta.

Samuel se la quitó y la puso en el escritorio de ella. Ella se le acercó y le subió el cuello de la camisa. Abrochó los botones de arriba y le colocó la corbata. Mientras ataba la corbata con experticia dijo —Esto me hace recordar a mi hijo cuando iba a sus fiestas. Siempre quería que yo le hiciera el nudo.

Samuel sintió la presencia de la Sra. Ana. Realmente era una mujer muy atractiva. Sintió el olor de su perfume y se acordó de su mamá. Cada vez que su mamá salía de bañarse, a él le encantaba estar cerca de ella para sentir su olor espectacular.

Ella terminó, tomó un paso atrás y admirando lo que había hecho dijo —Mejor no puede ser, casi se me había olvidado — Ella fue a su escritorio, abrió una de las gavetas y sacó una caja pequeña—. Mandamos a hacer esto esta mañana.

Abrió la caja en envuelto en papel estaba una plaquita. La parte superior era negra con letras de oro que decían <<Don Cristo>>. La parte de abajo era color de bronce y en letras negras decía <<Samuel>>. Ella agarró la chaqueta y ayudó a Samuel mientras la colocaba. Ella se le acercó nuevamente y colocó la placa con su nombre en la solapa de la chaqueta.

—Ahora sí estás listo.

—Ya que estoy vestido para la fiesta —dijo Samuel y luego preguntó—, ¿dónde está la fiesta y qué hago?

—La fiesta está abajo —ella dijo con una sonrisa—, y te sugiero que pidas a Giovanni que te de una mano. De los tres, él sabe más y aunque su actitud no siempre es tan buena, por lo menos conoce muy bien su trabajo. También tiene excelente gusto en cuanto a la ropa y lo que va bien con cada persona.

—Él me atendió ayer y realmente me quedé impresionado. Acertó mi talla solamente al verme.

—¿Ves? Allí está la prueba. Es un don que él tiene. Aprende de él y estoy segura que pronto estarás vendiendo mucho.

Samuel bajó y tal como le sugirió la Sra. Salas, comenzó a aprender de Giovanni. Vio que de los tres él era el más dedicado a su trabajo. Alejandra se quejaba por todo y Pepe estaba más interesado en recibir y mandar mensajitos de texto por su celular que cualquier otra cosa. Lo hacía hasta cuando estaba atendiendo a los clientes.

Samuel aprendió rápidamente. Vio que efectivamente Giovanni sabía mucho sobre la ropa en la tienda como también del gusto de los clientes. Samuel pidió acompañarle mientras hablaba con los clientes y ya por la tardecita estaba listo para atender a algunos clientes sólo. Aunque los prime-

ros encuentros no fueron fructíferos, logró hacer un par de ventas pequeñas en su primer día de trabajo.

Al día siguiente, Samuel colocó todas sus pertenencias en un bolso pequeño y se despidió de Domingo y su familia. Resbalao estaba abajo y lo llevó a su casa que estaba en un barrio subiendo por las colinas de la ciudad. Era una casa donde varias personas vivían alquiladas. Resbalao ya había comentado a la dueña de la casa que Samuel iba a venir.

La señora era muy amable y había puesto una colchoneta en el piso porque aún faltaba un par de días para que se fuera Resbalao de vacación. Cuando habían dejado sus pertenencias, Resbalao le indicó cuales eran los carritos por puesto que tenía que tomar. Pasaban cerca de donde vivía y llegaban a unas cuadras de donde vivía Domingo.

Durante las próximas semanas Samuel estaba muy ocupado. Hacía las entregas para Resbalao y Pata Hinchada por las mañanas. Llegaba siempre un poco antes del mediodía a Don Cristo para cambiar su ropa y trabajar por la tarde. Estaba conociendo bien el ritmo de la ciudad y el hecho de que era la época de las fiestas navideñas facilitó mucho su movimiento.

Cuando le fue posible, también cuadraba con Julio para acompañarle en sus visitas. Por la época, no hubo mucho movimiento. Julio le había explicado que muchas de las personas que tenían dinero se iban de la ciudad durante navidad y el año nuevo. Samuel detallaba todo lo que hacía Julio en sus reuniones. Una de las cosas que resaltó es que a Julio le encantaba el dinero y por lo que decía estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para lograr que la gente <<invirtiera>> en sus productos.

A Samuel no le agradó esa actitud de Julio. Aun así, no sentía que estaba en una posición para reclamarle o decirle nada. ¿Qué sabía Samuel de eso? Apenas estaba comenzando

en este negocio. Reflexionó que de repente ésta era la forma de actuar. Se acordaba de lo que Resbalao había dicho sobre estar siempre <<mosca>> y más <<vivo>> que los demás. Decidió no preocuparse más del asunto y seguir haciendo lo mejor que pudiera.

X. Las Fiestas

Domingo invitó a Samuel para pasar el 24 de diciembre en su apartamento. No le había dicho a qué hora llegar así que Samuel decidió ir a las 7:00 PM que era la hora acostumbrada para comenzar una fiesta en su país. Cuando llegó, nadie estaba listo.

—¿Qué haces por aquí tan temprano? —preguntó Domingo.

—De verdad no sabía a qué hora empezaba la fiesta —respondió Samuel, sintiendo algo de pena por haber llegado tan temprano.

—No importa, chamo, ya que estás aquí, creo que debemos comenzar la fiesta tú y yo.

Domingo sacó una botella de una caja. —¡18 años, pana! Para un día especial, algo especial.

Samuel se había dado cuenta en su poco tiempo en esta tierra nueva que la gente tomaba en serio sus fiestas. Normalmente bebían cerveza con los amigos en el día a día, aunque cuando se trataba de un día especial les gustaba tomar whiskey. Él nunca había tomado whiskey antes porque en su país era demasiado costoso y casi nadie lo tomaba.

Hacia una semana Don Cristo tuvo una fiesta para todos los empleados. Cuando entró en la fiesta un mesonero le preguntó si quería tomar algo. Cuando Samuel le preguntó que había para tomar, el mesonero frunció el ceño y dijo —Whiskey por supuesto.

Podía escoger entre whisky y whiskey, así que decidió tomar whisky. Al principio no le gustaba mucho. Mientras avanzaba la noche y el mismo whiskey iba tomando efecto, se dio cuenta que no era tan malo. Cuando tomó la decisión de

mudarse de país sabía que iba a tener que aprender una nueva cultura y hacer varios sacrificios. Decidió que este podría ser un sacrificio que valiera la pena.

Después de haber sacado la botella, Domingo quitó el sello que cubría el pico de la botella. Sacó la tapa y fue para la ventana. —Para los muertos —decía mientras invertía la botella dejando salir unas gotas.

—¿Qué haces? Creo que esta botella de whiskey vale más de lo que he ganado en todo el tiempo que tengo acá, ¿cómo vas a botarla así?

—Es una tradición que tenemos. Cuando abrimos una botella por primera vez siempre le damos un trago para <<los muertos>>. Ojalá que cuando yo me muera que alguien me dé un traguito por allí —dijo con una sonrisa—. Aun así, cuando se trata de whiskey 18 años no soy tan regalado y solamente les doy unas gotitas para tener más para nosotros.

Los dos se rieron. Domingo sacó un par de vasos cortos y tomó un pedazo de hielo grande en una mano. Luego con una cuchara rompió el hielo colocando los pedacitos en los vasos.

—¿Ahora qué haces? —preguntó Samuel—. Veo que esto es todo un proceso.

—No hay nada como hielo <<picaito>> para un buen whiskey.

Después de haber llenado los vasos con hielo picado en trozos pequeños, llenaba los vasos casi hasta el final con whiskey. Luego agregó unas gotitas de agua.

—¿Y eso? ¿Por qué pones así de poquito de agua? Creo que va a ser demasiado fuerte para mí.

—Todos tienen su manera preferida de tomar whiskey. Unos dicen que un poco de agua resalta el sabor del whiskey y

otros dicen, un buen whiskey se debe tomar puro. Conozco algunas personas que le colocan Coca Cola aunque en mi casa no se permite cometer tal pecado con un buen whiskey.

Domingo le dio uno de los vasos a Samuel y luego mientras los dos subían los vasos con sus manos izquierdas, dijo —Para mi gran amigo, Samuel. Has emprendido una aventura increíble, te deseo todo lo mejor en todo lo que hagas.

Chocaron los vasos y tomaron un trago. A Samuel le sorprendió que aunque el trago era casi puro whiskey, era bastante suave. —Muchas gracias, Domingo. No sabes cuánto agradezco todo lo que has hecho por mí. Si no fuera por ti creo que aún estaría en el aeropuerto sentado con mi bolso bien agarrado.

Los dos se rieron nuevamente del chiste de Samuel. La puerta del baño se abrió y salió uno de sus hermanos. Domingo dijo —¡Veo mi oportunidad. Me voy a bañar y no hay nada más sabroso que bañarse con agua caliente y un buen trago de whiskey.

Esta noche fue increíble para Samuel. El ambiente de alegría impregnaba el apartamento. Las personas comenzaban a llegar a las 9:00 y muchos no llegaban sino hasta las 11:00 PM. Casi todos los familiares de Domingo estaban. Tomaban, bailaban y echaban chistes. Cuando llegaba la medianoche mandaron a todos los niños abajo para esperar el <<Niño Jesús>>. Cuando regresaron los niños y como si fuera magia, ya el Niño Jesús había llegado y colocado todos sus regalos por debajo del árbol.

Mientras iban abriendo todos los regalos uno de los muchachos más pequeños levantó un sobre y preguntó —¿Quién es Samuel?

Todos vieron a Samuel y él se acercó al niño. —Soy yo —dijo Samuel tomando el sobre con una sonrisa. Vio a Susana y preguntó—, ¿Esto es para mí?

—Eres muy listo, Samuel. ¿Cuándo llegaste a ser tan inteligente? ¡Ábrelo!

Samuel abrió el sobre y sacó una tarjeta telefónica. —Esto es para que llames a tu familia Samuel. Si queda algo después de que hables con tu familia podemos llamar a Sara.

—¡No sabes lo feliz que estoy! —gritó Samuel con lágrimas en sus ojos. Ya se había acostumbrado a los besos y los abrazos que se regalaban en su nuevo país. Esta vez cuando se acercó a Susana para darle las gracias, el abrazo fue extra fuerte y Samuel sintió la vibra de esta familia especial que le había abierto y ofrecido su corazón además de su apoyo incondicional.

Después de que todos los niños abrieron sus regalos, llamaron a la familia de Samuel. Aunque era de madrugada en su país natal, contestaron y Samuel les contó en forma resumida todo lo que le había pasado. Compartió lágrimas y risas con ellos mientras que Domingo y Susana lo veían con emoción. Cuando colgó, aun quedaba saldo en la tarjeta y llamaron a Sara. Ella ya estaba acostumbrada a estas llamadas para el 24 de diciembre, aunque realmente ya era el 25 donde estaba ella, y estaba medio despierta esperando. Habló con su hermana, con sus nietos y con Samuel. Seguía hablando con los muchachos hasta que se acabó el saldo de la tarjeta.

Esta primera navidad en su nuevo país se quedó grabada en la mente de Samuel. La energía y la felicidad de la gente fue algo que le tocó el alma. Estaba más convencido que nunca que había tomado una buena decisión al venir a este país para comenzar su nueva vida. Ahora su compromiso estaba aún más fuerte que iba a hacer algo importante con su vida.

Ahora lo deseaba con todo su corazón para traer a toda su familia a su nuevo paraíso.

Los próximos días se unieron uno con el otro mientras que Samuel pasaba la gran mayoría de su tiempo con Domingo y sus amigos. Regresaba a su cuarto solamente para dormir y a veces se quedaba donde estaban celebrando. Cuando vino el 31 de diciembre tuvieron una fiesta parecida a la Nochebuena en el apartamento de uno de los tíos de Domingo. Samuel sentía que ya tenía una familia adoptada en su nuevo país y pasaron una noche espectacular llena de risas, bailes y nuevas costumbres.

XI. Candela Pura

El Sr. Blanco pidió que Samuel estuviera en la oficina el 15 de enero para comenzar su entrenamiento. Samuel llegó a las 7:30 AM aunque le había dicho que iban a comenzar a las 8:00 AM. Aún no habían abierto la oficina, así que se quedó en el pasillo esperando.

Contempló esta nueva fase de su aventura. Lo único que realmente sabía sobre seguros era lo que había aprendido mientras estaba con Julio en sus visitas. Se percató que muchas personas veían el seguro como un <<mal necesario>>. Julio le había dicho que si bien la gran mayoría de los clientes renuevan sus pólizas cada año, muchas veces hay que vender al cliente nuevamente sobre la importancia de su inversión.

Mientras estaba en sus propios pensamientos, la misma muchacha que le había atendido el primer día que vino a la oficina llegó.

—Buenos días. Eres Samuel, ¿verdad? Me acuerdo de ti cuando viniste el mes pasado.

—Así es. También me acuerdo de ti. ¿Cuál es tu nombre?

—Yo soy María Esperanza —dijo mientras extendía la mano—. El Sr. Blanco me dijo que ibas a estar en el entrenamiento que está comenzando hoy.

—¿Hay otras personas que van a estar conmigo?

—Debe haber cuatro personas incluyéndote a ti, a menos que alguien se haya arrepentido.

—¿Arrepentirse? ¿Por qué crees que alguien se pueda arrepentir?

—Bueno, aunque no quiero asustarte —dijo María Esperanza mientras abría la puerta—, yo tengo cinco años traba-

jando aquí y he visto a muchas personas entrar por esta puerta y muchos que han salido casi tan rápido como entraron. El negocio no es fácil. Por mi parte no entiendo como alguien puede trabajar solamente a base de comisión. Yo no podría hacerlo. A mí me gusta mi quince y último.

—No sé mucho ni de este tipo de trabajo, ni del sistema de pago —contestó Samuel. La verdad es que no le había dado tanta importancia—. Lo único que se con toda seguridad es que tengo muchas ganas de lograr éxito y hacer algo importante con mi vida. Estoy feliz con la oportunidad de estar aquí con ustedes.

Entraron a la oficina y María Esperanza prendió las luces.

—Algo que sí te puedo decir Samuel, es que las personas que logran establecerse como agentes de seguros pueden ganar mucho dinero. Son pocos que realmente lo logran aunque los que lo hacen crean una linda carrera por lo que he visto. Me siento muy afortunada de trabajar aquí —dijo mientras colocaba su cartera en su escritorio—.

—De las personas que logran éxito aquí, ¿cuáles son sus características? —preguntó Samuel, deseando saber más sobre ellos.

—Sígueme y te digo mientras preparo el café. La señora del café debe llegar en cualquier momento. De hecho normalmente llega antes que yo, espero que no le haya pasado nada malo.

Caminó hacia el área de café y Samuel la siguió. Se acordó de la primera vez que la había conocido. Era muy bonita y tenía un cuerpo de modelo. —¿Me ibas a decir sobre las personas que tienen éxito? —preguntó haciendo lo mejor para no distraerse con su belleza.

—Ah sí, es verdad. Bueno, lo que te puedo decir es que la mayoría de los que tienen éxito son muy amigables y tienen un buen trato con la gente.

—¿En qué sentido?

—Francamente nunca lo había pensado mucho. Ahora que me preguntas, son personas agradables. Son personas que alumbran el cuarto cuando entran. Son fáciles de conocer y de buena escucha.

Tomó el café, lo colocó en la cafetera, agregó agua y pulsó el botón para prenderla. Dio la vuelta y le preguntó —¿Dime algo de ti, Samuel?

Samuel le contó brevemente las circunstancias que le instigaron salir de su país. Le comentó sobre la gentileza de Domingo y Resbalao para poder integrarse en el país. Luego le dijo que Julio también había sido muy amable y que había ido a algunas reuniones con él.

—Ah sí, Julio. ¡Él siempre me está echando los perros!

—¿Qué quiere decir eso?

—Siempre me está diciendo cosas bonitas y pidiendo que salga con él. No le presto mucha atención porque mi política ha sido no salir con las personas de la oficina.

—¿Te puedo confesar algo, María Esperanza? —preguntó Samuel.

—Aunque me parece un poco temprano para <<una confesión>> —ella dijo con picardía—, por supuesto, ¿cuál es Samuel?

—Te he estado observando hoy y me acuerdo muy bien de ti desde la primera vez que vine y creo que a mí también me gustaría echarte los perros.

Los dos se rieron. —No me molesta que lo hagas Samuel, sólo que no te doy mucha esperanza. Mi mamá siempre me decía que la mejor manera de complicarme la vida es involucrándome con alguien de la oficina.

—Eso puede ser cierto, aunque podría ser una complicación muy divertida.

—Veo que estás aprendiendo muy bien cómo expresarte en nuestro idioma, Samuel. Vente conmigo y te enseño donde van a estar.

Samuel la siguió y ella abrió la puerta a un salón de conferencia. Samuel entró y le dijo —¿Qué tal si te sigo echando los perros después? —preguntó con una sonrisa.

—Si es tu deseo, Samuel, no voy a patalear contra la corriente —dijo mientras su cara dibujaba una sonrisa espectacular, enrojeciéndose antes de dar la vuelta y salir.

Samuel vio que había un total de cinco carpetas en una mesa rectangular. Una de las carpetas estaba colocada en la cabecera de la mesa y es puesto tenía una silla más grande que las demás. Las otras carpetas estaban colocadas dos a cada lado. Samuel había leído una vez que la persona de más confianza de un rey o un jefe siempre se sentaba a la derecha, así que decidió tomar esa silla. Se sentó y vio la portada de la carpeta que decía: <<Manual de Entrenamiento: Seguros Nacionales>>. Tenía el logo de la compañía que era una foto de un apretón de manos y la frase <<Juntos iremos lejos>>.

María Esperanza llegó a la puerta y anunció —Samuel, te presento a dos de tus compañeros, David y Pedro.

Samuel se levantó, extendió su mano primero a David y luego a Pedro diciendo —Es un placer conocerles, yo soy Samuel.

Aparentemente ellos se conocían desde antes y se sentaron al otro lado de la mesa. Hablaron entre ellos mientras esperaban al Sr. Blanco. Parecido a lo que fue el caso de Samuel con Julio, ellos venían por recomendación de otro agente en la oficina. Le comentaron a Samuel que las personas que referían a un agente que se quedara con la compañía por lo menos seis meses recibían un bono especial. Aunque Julio nunca le había dicho nada a Samuel referente ese pago, no le molestaba para nada. Era obvio que Julio tenía algún interés en el éxito de Samuel y eso le parecía bien.

Entró el Sr. Blanco a las ocho con otro muchacho que también era joven, parecía tener unos años más que Samuel. — ¡Buenos días, muchachos! ¿Están listos para trabajar? — preguntó con ánimo.

Los tres asintieron que sí estaban listos. Aunque hubiese querido una respuesta más energética, el Sr. Blanco decidió que como era el primer día, iba a dejarlo así por esta vez. — Veo que tenemos un soldado desaparecido —dijo viendo la silla vacía al lado de Samuel—. Comenzaremos y ahora pido a María Esperanza que lo ubique a ver si nos va a acompañar. Quiero que conozcan a Iván —dijo indicando al muchacho que entró con él.

Iván se acercó a cada uno de ellos y les dio la mano. El único de los tres que se levantó para tomarle la mano fue Samuel. David y Pedro se quedaron sentados mientras le daban la mano —Iván comenzó con nosotros hace tres años y ha tenido mucho éxito —explicó el Sr. Blanco—, de hecho asistió recientemente a nuestra convención anual donde invitamos a los agentes que tienen mayor producción. ¿Qué tal el viaje, Iván, te gustó?

—¡Fue espectacular! —contestó con mucho ánimo—. Aunque me habían comentado anteriormente sobre los viajes para

los asesores, hay que ir personalmente para saber de qué se trata. Además de un lugar bello con una playa espectacular, había un conferencista que nos inyectó con una buena dosis de energía.

—¿Y había unas muchachas bonitas en la playa? —preguntó Samuel con una sonrisa.

—Más de lo que puedes imaginar —respondió enérgicamente.

—Entonces creo que tendré que ir al próximo — Samuel dijo, queriendo también asistir a un evento así.

—Qué así sea Samuel —dijo el Sr. Blanco con una sonrisa y asintiendo su cabeza—. He escogido a Iván para acompañarles en esta aventura de aprendizaje. Como ustedes, Iván llegó con poco conocimiento del negocio. Lo que más me impresionó de él fue su entusiasmo. Justamente a raíz de ese entusiasmo, ha logrado hacer lo que pocos han hecho y lo que muchos quisieran hacer.

Los tres muchachos vieron a Iván. Era joven, de buen aspecto y bien vestido. Su porte, manera de hablar y actuar mostraba mucha confianza en sí mismo. —Aunque estaré acompañándoles durante varias etapas de su entrenamiento, será Iván quien se encargará de ustedes. Aquí no hay agendas ocultas y pueden hacer todas las preguntas que deseen. Si Iván no puede contestar la pregunta, encontrará a quien lo pueda hacer.

A Samuel le caía bien el Sr. Blanco. Si bien era muy conciso y concreto con sus comentarios, también irradiaba un deseo de que ellos tuvieran éxito. —Les dejo entonces con Iván —dijo mientras indicaba a Iván que comenzara y salió del salón cerrando la puerta.

Las próximas dos semanas fueron una odisea para Samuel. La cuarta persona nunca vino, así que fue Samuel, David y Pedro quienes llegaban cada mañana para aprender de Iván. Se reunían de 8:00 AM hasta las 10:00 AM con Iván, aunque con el pasar del tiempo la hora del comienzo se fue ajustando a más o menos 8:30 AM. Sin embargo, Samuel llegaba todos los días a las 7:30 AM porque le daba una oportunidad de prepararse bien para el día como también compartir con María Esperanza y la señora del café. Tal cual como el Sr. Blanco le había comentado anteriormente, ahora había desarrollado un gusto por el café y anticipaba ese primer cafecito para comenzar el día.

Después de un breve descanso, Samuel, David y Pedro seguían hasta mediodía realizando diferentes tipos de ejercicios y lecturas.

Iván no los acompañaba durante este periodo de tiempo aunque siempre estaba disponible para cualquier inquietud que tuvieran.

Ya que aún no estaba percibiendo ningún ingreso en Seguros Nacional, Samuel siguió trabajando en Don Cristo por las tardes. Durante navidad Samuel había vendido mucho. Tal que tenía el otro ingreso de Resbalao y Pata Hinchada en esa época, Samuel destinó su sueldo, como también sus comisiones de Don Cristo, para pagar su ropa. Justo antes de Navidad canceló la última parte que debía a Don Cristo por su ropa. Ahora estaba ahorrando algo de su sueldo porque sabía que tendría más gastos adelante.

En Don Cristo, Pepe había conseguido otro trabajo y seguramente seguía enviando sus mensajitos de texto desde allí, así que Samuel, Giovanni y Alejandra se encargaban de las ventas en la tienda. Samuel ajustó su horario para entrar a la una y así tener tiempo de comer algo y llegar con tranquilidad

a la tienda. Trabajaba hasta las ocho y luego tomaba un transporte hasta donde vivía Resbalao. Una de las personas que vivía alquilada en la misma casa de Resbalao nunca regresó después de Navidad. Había ido a su país a visitar a su familia y más nunca regresó. Así que la señora le alquiló su cuarto a Samuel.

Estas semanas fueron muy movidas para Samuel. Estaba aprendiendo en qué consistía el trabajo de seguros y había conocido a otros agentes dentro de la compañía. Había conseguido de todo un poco. Algunos que eran simpáticos y dispuestos a ayudar como también otros que eran antipáticos y angustiados.

A las personas que más conoció fueron a David, Pedro e Iván. Ellos venían de <<la alta sociedad>> y su forma de ser era muy distinta de los otros amigos que Samuel había hecho. Usaban buena ropa, relojes de marca y cargaban los celulares más novedosos. Ellos aseguraron a Samuel que la apariencia era un factor muy importante para lograr éxito. Aunque Samuel realmente no estaba totalmente convencido, no tenía muchas opciones por su situación económica actual. Lo único que había comprado además de la ropa inicial de Don Cristo fue otro par de pantalones y dos camisas más. Por los momentos, ni relojes ni celulares entraban en sus prioridades.

Al comienzo de febrero el ritmo de su entrenamiento cambió. Ellos tenían que presentar un examen que era un requerimiento para ser agente de seguros. El enfoque de su entrenamiento fue prepararse para el examen. Tenían que estudiar las leyes que regían el sector, como también la historia de los seguros. Mientras que para David y Pedro era un fastidio, a Samuel le encantaba. Le fascinaba la historia de los seguros y estaba aún más decidido en la dirección que estaba tomando su destino. Samuel estaba dispuesto a hacer lo que fuera ne-

cesario para lograr el éxito. Además y a diferencia de sus colegas, no tenía otra opción.

Durante estas últimas dos semanas de preparación, uno de los ejercicios que tenían que hacer era un listado de posibles clientes. Tanto David como Pedro tenían listas largas. El listado de Samuel era mínimo. El anotó todas las personas que había conocido desde que había llegado. Su lista contenía los siguientes nombres:

1. Sr. Juan José Sánchez
2. Lucila – Oficial de inmigración
3. Susana – Mamá de Domingo
4. Resbalao
5. Pata Hinchada (Ángel)
6. Javier – Amigo de Resbalao del ascensor
7. Rosalinda –Recepcionista de la oficina 8-8
8. Sr. Cristo –Dueño de Don Cristo
9. Sra. “Ana” Salas –Asistente de Sr. Cristo
10. Carmen – Señora de limpieza en Don Cristo
11. Giovanni – Vendedor en Don Cristo
12. Alejandra – Vendedora en Don Cristo
13. Pepe – Vendedor en Don Cristo

Las únicas personas que no había incluido en su listado eran las personas que había conocido que trabajaban en Segu-

ros Nacionales. Imaginó que ya debían estar cubiertas aunque pensó que sería bueno preguntarles de todas maneras. Sobre todo a María Esperanza, por si acaso.

Cuando examinó su listado pensó que probablemente no todos tendrían la capacidad para invertir en lo que estaba ofreciendo. En algunos casos ni siquiera tenía el número de teléfono de las personas como era el caso del Sr. Juan José Sánchez. Sin embargo Samuel hizo lo que le había instruido Iván, quien dijo <<coloca TODOS los nombres de TODAS las personas que conoces>>. Dijo que lo importante al principio es establecer contactos y hacerles saber lo que están haciendo.

Samuel vio a los listados de David y Pedro con un poco de envidia. Ellos habían tenido que discutir inclusive sobre varios de los contactos y quien iba a llamar a quien. Tenían varios nombres en común de personas que habían estudiado juntos con ellos e iban al mismo club. A Samuel le pareció interesante que estaban peleando por los nombres cuando ni siquiera tenían la licencia necesaria para contactarles.

Samuel reflexionó sobre las palabras que el Sr. Blanco le había dicho cuando lo contrató. <<Tú tienes una gran ventaja y una gran desventaja en este negocio. La ventaja es que no conoces a nadie aquí, así que no vas a limitar tus horizontes por lo que puedes saber o no de un cliente en particular. Tú desventaja es que no conoces a nadie y este negocio se trata mucho de conocer a gente. Así que tienes un obstáculo fuerte a superar>>.

Samuel sintió que estaba listo para conquistar el mundo. A pesar del hecho que conocía a pocas personas en su nuevo país, tenía mucha determinación para lograr su objetivo. El sabía que podría ser uno de los agentes exitosos de la compañía. Sabía que uno de los puestos en el avión para el próximo viaje anual de la compañía podría ser reservado para él.

XII. Lucila

Cuando Samuel entró por inmigraciones le habían otorgado 90 días en calidad de “turista” para entrar al país. Ahora que el tiempo estaba por vencerse tenía dos opciones. Una opción era hacerse el loco y no hacer nada. La otra opción era arreglar su permiso para quedarse en el país legalmente.

Samuel habló con varias personas y la mayoría le habían dicho que no hacer nada era no solo lo más fácil sino también lo más conveniente. Le habían comentado sobre la burocracia involucrada con los trámites para quedarse legalmente en el país. La persona que le había dicho que era mejor ir por el canal legal fue Susana. Inclusive una noche Samuel y Susana llamaron a Sara que estaba al tanto con estos tipos de trámites. Ella les dijo que por lo que estaba ocurriendo en el país de origen de Samuel y por lo que había ocurrido específicamente a su familia, no debería tener ningún problema en legalizar su estatus.

Cuando Sara les preguntó si conocían a alguien que trabajara en inmigraciones, Samuel pensó inmediatamente en Lucila, la muchacha que había conocido cuando entró al país. Aunque no sabía si ella se iba a acordar de él, no cabía duda que él si se acordaba de ella. De hecho, había soñado mucho con ella desde que había llegado.

Pidió un día libre en Seguros Nacionales y en Don Cristo para realizar un viajecito al aeropuerto. Tomó un autobús temprano por la mañana que le llevó directamente al aeropuerto. Bajó en el terminal internacional y entró. Se le vino a la mente todo lo que había transcurrido hace un par de meses. Se acordó de su conversación con el Sr. Sánchez, de la cola en inmigraciones. Reflexionó sobre el momento que vio a Lucila por primera vez. Fue en ese instante que estaba seguro que había tomado una buena decisión en venir a este país. Luego

recordó cuando paso por el semáforo que lo obligó a pasar a la mesas de revisión con su morral. Sonrió cuando pensó en la voz dulce de Lucila diciendo <<Yo me encargo de éste>>.

Vio por las ventanas donde salían las personas de inmigraciones y con la excepción de un par de personas que estaban revisando unos papeles, no había nadie. Un señor de portaequipaje estaba tomando un café y Samuel le preguntó — ¿Disculpe señor, estoy buscando una de las oficiales de inmigración, me puede orientar?

El señor vio al muchacho y le pareció un poco extraña su petición. Vio su reloj le contestó —Comienzan a trabajar cuando llega el próximo vuelo internacional, en unos 45 minutos.

—¿Y la oficina de ellos? —preguntó.

—Pasa por allí —respondió indicando una puerta al costado del terminal.

Samuel le dio las gracias, caminó a la puerta y entró. Dentro había un señor con el mismo uniforme que tenía Lucila cuando la conoció.

—Buenos días, señor. Mi nombre es Samuel Bercowski y estoy buscando a Lucila. ¿Ella se encuentra por favor?

El oficial le vio desde abajo hasta arriba y le preguntó — ¿De qué se trata?

—Es un asunto personal y es importante que hable con ella.

El oficial vio un reloj en la pared y dijo —Debe estar llegando pronto, si quieres puedes tomar asiento allí —indicando unas sillas cerca de la puerta.

Samuel se sentó y esperó. No había ninguna revista y lo único que había en esta área era la bandera del país, una foto

del presidente actual de la república y un slogan pintado en la pared que decía <<¡Justicia para Todos!>>.

A los 10 minutos entró Lucila con dos oficiales más. Parece que uno de ellos había hecho un chiste porque todos estaban riendo cuando entraron. El oficial que había recibido a Samuel le dijo a Lucila mientras señalaba a Samuel —El joven te está esperando.

Ella dio la vuelta, vio a Samuel y le dijo —Hola, buenos días. ¿Quieres hablar conmigo?

Ella tomó unos pasos hacia Samuel y sonrió, sus ojos brillaban como estrellas.

—Sí, me gustaría hablar contigo un momento, ¿tienes tiempo? —respondió Samuel.

—Siempre llego temprano al trabajo porque mi papá me decía <<Hija, si no llegas temprano, estás tarde>> así que sí, tengo tiempo.

—¿Hay un lugar donde podamos hablar? Te invito a un cafecito.

Ella dio la vuelta y les dijo a sus compañeros —Ahora vengo—. Abrió la puerta y dirigiéndose a Samuel le dijo —Vamos para acá.

Mientras caminaban, y aunque sentía que sabía la respuesta, Samuel le preguntó —¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto que sí me acuerdo. Había algo de ti que me llamaba mucha la atención. Además, no son tantas personas que llegan a este país que llegan sin maletas.

—Me alegro mucho que te acuerdes de mí —contestó Samuel, dando un suspiro de alivio—. Sentí algo especial cuan-

do te conocí y luego pensé que simplemente era mi imaginación jugando conmigo.

—Te puedo asegurar que no fue tu imaginación, Samuel. Yo también sentí algo dentro de mí que se despertó cuando te conocí.

—¡Qué chévere! Te acordaste de mi nombre.

—Veo que ya estás hablando criollito. Cuando llegaste estabas hablando nuestro idioma como un indio. Aunque todavía tienes acento, estás hablando mucho mejor. Claro que me acuerdo de tu nombre. Te dije que para mí fue algo interesante y especial lo que pasó. Aunque me da un poco de pena decirte, cuando te conocí sentí que mis piernas me iban a fallar y qué me iba a caer. Mi compañero de trabajo luego me estaba echando broma todo el día de la forma como había reaccionado contigo. A él le pareció chistoso que yo te haya seguido para atenderte después de que te salió la luz roja.

Entraron en un cafetín y pidieron café. Después de reír un poco recordando su primer encuentro, Lucila le preguntó —¿Viniste a echarme los perros o para otra cosa?

Samuel contestó con las esquinas de su boca curvando hacia arriba en una gran sonrisa —¡Realmente para las dos cosas! —Ella bajó un poco la cabeza para esconder el color que ella sintió subir a sus mejillas y el siguió—. Primero déjame decirte que me encanta que te hayas acordado de mí, Lucila. He soñado contigo muchas veces. Pensé que solo fue mi mente haciendo malabarismo con un cuento de hadas que tenía que ver con la primera muchacha que conocí en este nuevo mundo.

—Gracias, Samuel, tus palabras me hacen muy feliz —le dijo subiendo su cabeza viéndolo a los ojos.

—Quiero que sepas, Lucila, que independientemente de que si puedes o no ayudarme con la otra razón del porque vine, quiero mantenerme en contacto contigo.

—Por supuesto Samuel, dime, ¿cuál es la otra razón?

Samuel sabía que no tenía mucho tiempo así que de la manera más concisa y concreta que podía resumió lo que había acontecido en su país, la razón del porque había salido. Después de una breve pausa dijo —Ahora se me va a vencer mi visa de turista y quiero quedarme aquí. Aún no puedo regresar a mi país. Sé que algún día voy a regresar porque quiero ayudar a mi familia. Espero poder hacer una diferencia positiva en la situación social que ahora está afectando a tantas personas. ¿Conoces a alguien que pueda asistirme para cambiar mi condición aquí en el país de visitante a lo que creo que se llama <<transeúnte>>?

Lucila estaba totalmente absorbida en el cuento de Samuel. Se acordó de su trabajo y vio a su reloj diciendo —Sí Samuel, ese es el término correcto y creo que sí te puedo ayudar. Por ahora tengo que ir trabajar. ¿Tienes que salir ahora o puedes quedarte hasta la hora del almuerzo?

—Soy todo tuyo hoy Lucila. Tengo el día libre así que puedo esperar —contestó Samuel sus ojos brillando con la esperanza de que ella le pueda ayudar.

—Qué bueno —dijo Lucila con felicidad evidente en su cara—. Tengo una idea. Creo que me dijiste que habías venido para acá porque viste unas bellas playas y bonitas muchachas en una revista, ¿no es así?

—Que memoria tienes, Lucila —ahora fue Samuel que bajó la cabeza levemente con un poco de vergüenza del comentario de ella.

—Viste, te dije que me impactaste, Samuel, ¿Has ido a la playa desde que viniste?

—Aún no he ido. He estado trabajando y no he tenido tiempo.

—Mejor que no me digas eso Samuel. Como <<turista>>, no debes estar trabajando. Tal vez tendré que detenerte y torturarte lentamente...—agregó con una sonrisa.

Samuel se sorprendió con lo que dijo y levantó su cabeza medio asustado.

—Tranquilo Samuel, no voy a delatarte. Solamente te estaba echando broma —le guiñaba el ojo—, ¿por qué no vas a la playa mientras me esperas?

—Muy buen idea —contestó Samuel emocionado con su sugerencia.

Se levantaron y mientras regresaban a la oficina, Lucila le explicó cómo llegar a una playa, que estaba bastante cerca. Cuando llegaron a la oficina, Lucila abrió la puerta dio una vuelta y le dio un beso en el cachete. —Salgo para almorzar a la una, nos vemos entonces.

Aunque Samuel había estado con otras muchachas y había tenido otros besos mucho más duraderos y eróticos, ningún beso se podía comparar con este besito pequeño en el cachete que le dio Lucila.

Samuel salió del terminal, cruzó por el estacionamiento y llegó a la parada del autobús que le había indicado Lucila. Esperó un autobús que tenía <<Mare Mare>> en el vidrio y subió. En menos de diez minutos llegó a un restaurante llamado <<La Casa de los Mariscos>> y bajó.

A un lado del restaurante y directamente en frente de él estaba la playa. Había pensado mucho en este momento y por

fin había llegado. Caminó a donde comenzaba la arena y se sacó los zapatos. Aún era temprano y aunque había mucha humedad, todavía no hacía tanto calor. Caminó hacia el mar sintiendo la arena pasar por los dedos de sus pies. La brisa que entraba desde el mar era espectacular y sintió que acariciara su cara con el movimiento. Respiró profundamente sintiendo el aire puro entrar por su nariz. Sintió como si estuviera respirando por primera vez. Aunque había ido a algunos lagos en su país, esta era la primera vez que estaba en una playa del mar.

Sacó su camisa y la colocó en la arena sentándose arriba de ella. Se quedó durante un rato largo observando el mar. Como era un día de semana y temprano, no había nadie en la playa. Lo tenía todo para él. Cerró sus ojos escuchando el sonido del oleaje que rompía contra la arena.

Contempló todo lo que le había pasado en los últimos meses. Salir de su país y llegar a un lugar desconocido. Conocer a otras personas que en su gran mayoría habían sido muy gentiles. Trabajar como mensajero y vendedor de ropa. Aprender a ser agente de seguros y ahora encontrarse de nuevo con una muchacha que le había sacado el aliento desde la primera vez que la vio. El viento estaba a su favor y nada ni nadie lo iba a detener.

Aunque no tenía traje de baño, decidió entrar en el agua. Su hermano mayor le había enseñado a nadar una vez en uno de los lagos y el agua le invitaba a probar su encanto. Se quitó los pantalones y entró en el agua con sus interiores. No estaba acostumbrado a olas y al principio le daba algo de miedo. Después de ir más allá de donde se rompían las olas, el agua le abrazaba y las olas suaves le fueron llevando para allá y para acá. Después de unos minutos se sentía literalmente <<como pez en el agua>>.

Regresó al aeropuerto al mediodía y almorzó con Lucila. Resulta que ella vivía en el Distrito Capital y bastante cerca de donde él estaba viviendo. Ella le escribió el nombre y teléfono de un amigo que trabajaba en Extranjería. Le dijo que lo llamara de su parte para averiguar sobre los pasos necesarios para cambiar su condición en el país a ser un transeúnte. Se reían mucho mientras hablaban y una vibra increíble fluía entre ellos como una corriente eléctrica mientras estaban juntos.

Cuando le tocó regresar al trabajo Lucila le dijo —Arregla tu condición aquí lo más pronto posible, Samuel. No quiero estar rompiendo la ley viendo a un <<ilegal>> —agregó dibujando de nuevo una sonrisa espectacular en el rostro.

—Tenlo por seguro, Lucila. Voy a llamar a tu amigo esta misma tarde cuando regrese.

Lucila sacó un papel de su bolso y escribió el teléfono de su casa, del celular y su dirección en un papel —Me caes súper bien, Samuel, espero que me llames. Me encantaría verte pronto.

—Así será, mi amiguita linda —dijo Samuel asintiendo la cabeza y viendo los ojos mientras tomaba sus manos en las de él. Sintió su calor. En ese instante el silencio decía mucho más que cualquier palabra podría expresar.

Se levantaron y Lucila se acercó. Se abrazaron y por un momento Samuel perdió conocimiento de todo y se perdió en sus brazos. Cuando se apartaron, Lucila le dio un beso en el cachete de nuevo —Espero verte pronto mi amor.

XIII. Pateando la Calle

El día después de regresar de su visita con Lucila, llegaron los resultados del examen de seguros de Samuel, Pedro y David. El Sr. Blanco llamó a los tres como también a Iván para dar los resultados. Tenía la cara sobria y en su expresión se notaba un aire de tristeza.

—En todos los años que tengo como gerente— comenzó con un tono de angustia—, nunca hemos visto algo parecido. Entendemos que el examen para ser agente de seguros no es nada fácil y damos nuestro mejor empeño para asegurarnos de que nuestros candidatos logren su objetivo. La gran mayoría de las personas pasan con una calificación aceptable. Para nuestros <<criollitos>> les debe dar vergüenza porque en este examen tenemos un extranjero, quien todavía está aprendiendo el idioma que ha sacado la mejor nota de cualquier otra persona en la historia de la empresa —dijo cambiando su expresión a una de orgullo y placer con una sonrisa amplia invadiendo su cara.

El Sr. Blanco se levantó y se acercó a Samuel con su calificación en la mano. Samuel también se levantó, tomando el papel del Sr. Blanco.

—No podría estar más orgulloso de ti si fueras mi propio hijo —dijo el Sr. Blanco con emoción, abrazando a Samuel con fuerza—. Tengo confianza que juntos iremos lejos —agregó con sentimiento.

A su vez, David y Pedro vieron sus notas y si bien habían pasado el examen no fue con una calificación tan buena. Felicitaron a Samuel aunque no con el mismo entusiasmo como lo había hecho el jefe.

—Bueno, señores —dijo el Sr. Blanco, ahora mucho más serio—, la hora de trabajar ha llegado. Hasta ahora Iván y yo

hemos servido como niños, ahora les toca a ustedes patear la calle.

El Sr. Blanco los llevó a un área que tenía una mesa común y tres teléfonos. —Por los momentos este será su nuevo lugar de trabajo. Saquen sus listas de prospectos y a vender.

Los tres vieron que la fiesta por haber pasado su examen se había culminado y ahora era el momento de la verdad. Ahora tenían que poner en práctica todo lo que habían aprendido en las últimas semanas.

Pedro y David vieron sus listas largas y no sabían por dónde empezar. Mientras tanto, Samuel sacó su lista y comenzó a llamar a cada una de las personas que conocía en su nuevo país. En 20 minutos había llamado a todos los que tenía su teléfono. Varios no contestaban y al final logró hablar solamente con dos. La primera con quien logró comunicarse fue con Susana. Ella le dijo que sería un placer reunirse con él. Hicieron una cita para hablar esa misma noche después de que Samuel saliera de su trabajo en Don Cristo. La otra persona con quien habló fue el Sr. Cristo. Él dijo que ya tenía una relación establecida con un agente de seguros desde hace muchos años. Aun así, el Sr. Cristo aceptó una reunión y la pautaron para el día siguiente antes de que Samuel comenzara su trabajo en la tienda.

Mientras que Pedro y David seguían ponderando sus listados, Samuel recogió sus cosas.

—Pa' dónde vas con tus macundales —preguntó Pedro.

—¿Mis qué? —preguntó Samuel confundido.

—Pedro, acuérdate que Samuel no es de aquí —David dijo a Pedro. Luego dirigiéndose a Samuel explicó—. Tus <<macundales>> son tus pertenencias.

—Ah, ahora si entiendo —contestó ahora entendiendo el significado de la palabra—. Ya llamé a todas las personas que pude, así que ahora voy a visitar a las personas quienes no tengo su teléfono.

—Cada quien con su tema —comentó David encogiendo sus hombros. Por una parte sintieron lástima por Samuel y por otra temieron que lograra su objetivo antes que ellos por su entusiasmo y empeño.

Samuel salió de Seguros Nacionales y fue a hablar directamente con las otras personas de quienes no tenía su teléfono. Aunque tenía un buen conocimiento de los productos de seguro que estaba ofreciendo por lo que había estudiado, cuando habló por primera vez sobre sus servicios, se dio cuenta rápidamente que realmente no tenía las palabras para expresar con precisión los beneficios de su oferta.

Si bien las personas a quienes se les acercaba para ofrecer su propuesta eran amables, la respuesta general fue <<Aunque veo que lo que estás vendiendo es importante Samuel, no tengo dinero para gastar en seguros>>.

En estos primeros encuentros Samuel hizo su mejor esfuerzo para explicarles que no era un <<gasto>> sino una <<inversión>> como le había explicado Julio, el Sr. Blanco e Iván durante su entrenamiento. Sin embargo, no logró mucho con estas primeras visitas. Afortunadamente recordó lo que le había dicho Iván en uno de sus entrenamientos <<Siempre pide referencias. Aunque es posible que no todos pueden invertir en lo que ofrecemos, todos conocen a alguien que sí lo puede hacer>>, Samuel tomó en cuenta lo que había aprendido, y aunque no lo hizo con mucha elegancia, siendo un poco incómodo pedir referencias al principio, logró que sus contactos le dieran varios nombres con sus respectivos teléfonos para agregar a su listado.

Cuando llegó a su trabajo en Don Cristo, la emoción de haber sacado la mejor nota en el examen de seguros en la historia de la compañía se había opacado con la falta de interés por parte de las personas con quienes había hablado.

Cuando Giovanni vio que Samuel estaba cabizbajo, le animó diciéndole que solamente tenía un día pateando la calle y que seguro iban a mejorar sus resultados. Mientras tanto el comentario de Alejandra, como era de esperar por su mala actitud en general, no fue tan alentador. Ella dijo con tono de disgusto —Yo sabía que no iba a ser tan fácil. Sería mejor que te olvides de esos sueños grandes que tienes que incluyen viajes por todo el mundo y que sigas aquí donde por lo menos tienes un quince y último.

Samuel ya había tomado la decisión que quería concentrar sus esfuerzos en Seguros Nacionales. Parte de su conversación con el Sr. Cristo al día siguiente justamente tenía que ver con esto. Samuel pensó que sería mejor renunciar en Don Cristo para poder enfocarse en sus ventas de seguros. Sus compañeros mostraron asombro cuando Samuel les comentó sobre sus intenciones. Alejandra le dijo que se había vuelto loco.

Cuando salió de la tienda Samuel fue directamente a la casa de Susana. Ella lo recibió con su sonrisa habitual, un beso en el cachete y un abrazo fuerte. Susana se había encariñado con Samuel y estaba dispuesta hacer lo que pudiera para asistirle. Le ofreció algo de tomar y Samuel le dijo que por los momentos solamente quería un vaso de agua. A pesar de que su ánimo no era óptimo, Samuel logró llenarse de energía para presentarle a Susana lo que tenía que ofrecer. Aunque Susana expresó que no tenía mucho dinero, le pareció interesante asegurar sus pertenencias en una póliza que cubriera su apartamento y su contenido.

Cuando Susana dijo que sí quería comprar la póliza, Samuel se quedó boquiabierto. Se dio cuenta que estaba por realizar su primera venta como agente de seguros. Sacó la planilla para tomar los datos de Susana y aunque no estaba totalmente familiarizado con el formato, logró llenarlo. Luego pidió que <<aprobara>> la planilla con su firma y sacó una tabla de su maletín que indicaba el monto que ella tenía que pagar.

Susana confesó que no tenía dinero en su cuenta en este instante aunque podía darle un cheque con fecha para el próximo viernes cuando recibía su quincena. Samuel no estaba totalmente seguro si se podía hacer eso. Aun así, decidió seguir con el proceso indicando que no esperara inconveniente.

Durante el proceso de llenar la planilla Susana notó que Samuel estaba un poco nervioso y ella hizo todo lo posible para calmarlo y hacerle sentir bien. Cuando habían culminado todo Susana dijo en un tono alegre —Creo que es hora de celebrar.

Justo cuando Susana sacó una botella del gabinete, Domingo regresó a la casa. —¿Estabas afuera esperando el brindis? —Samuel preguntó con una sonrisa.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

Susana le explicó que acababa de invertir en una póliza de seguros y que iban a celebrar.

—Qué bueno, así que llegué en un buen momento —dijo Domingo feliz que había llegado en un buen momento.

Samuel les comentó sobre la calificación que había recibido en el examen y Domingo dijo —Ya va, para esta ocasión tenemos que sacar de la buena —tomó la botella que había sacado su mamá y la devolvió a su gabinete. Luego se paró sobre una silla y agarró una botella que estaba escondida detrás de unos

libros—. Tenía esta botella de 18 años encaletada por allí justamente para este tipo de situación.

Sacó hielo de la nevera y llenó los tres vasos con hielo picadito. Luego agregó el licor y un toquecito de agua. — Propongo un brindis —dijo Susana cuando ya todos tenían sus tragos—. A Samuel, desde que te conocí sabía que eras especial y hoy has confirmado que eres una persona espectacular y tengo confianza que vas a llegar lejos.

Levantaron sus vasos con la mano izquierda y chocaron sus vasos antes de tomar un trago del líquido celestial que bajaba suavemente por sus gargantas.

—Espero que este <<lejos>> que mencionas incluye un viaje con la compañía por ser uno de los mejores agentes —dijo Samuel con una sonrisa amplia.

—Me da mucho orgullo ser tu primer cliente, Samuel. Creo en ti y sé que vas a lograr mucho —respondió Susana.

Domingo se paró de su silla e indicó a Samuel que hiciera lo mismo —Quiero darte un abrazo.

Le dio un abrazo fuerte y cuando se apartó, vio los ojos de Samuel y le dijo, —Tú eres como un hermano. Aunque te conozco hace poco tiempo, se que eres un gran hombre. El simple hecho de que hayas venido a este país con solamente un sueño habla mucho de ti. Ahora con lo que has hecho como agente de seguros, en lo que es apenas tú primer día, te has convertido en mi héroe. ¡Te deseo todo lo mejor para siempre, Samuel!

Aunque el ambiente era para celebrar toda la noche, Samuel sabía que tenía que trabajar al día siguiente así que después del trago les prometió que iba a pasar por allí durante el fin de semana para seguir con la celebración. Domingo tomó la botella y la devolvió a su escondite. —Allí está pa' seguir la

rumba después —dijo cuando ya estaba en su puesto. Se despidieron y Samuel fue a su casa.

Mientras tomaba el transporte, Samuel tomó la pelotica que el Sr. Juan José le había dado. Pensó en su explicación sobre los altos y bajos en la vida mientras reflexionaba sobre su día. Había sido un vaivén de emociones. Primero la alegría de haber pasado su examen con un excelente resultado. Luego la angustia de no poder hablar con todos los contactos en su listado por teléfono seguido por la satisfacción de haber concretado dos reuniones. Después el bajón que experimentó cuando unas de las pocas personas que tenía en su lista le habían dicho que de verdad no les interesaba su propuesta. El apoyo que le dio Giovanni en Don Cristo conjunto con la pisada de Alejandra diciéndole que estaba loco. La culminación del día con Susana y Domingo era justo lo que necesitaba para terminar el día en alto. Lo que no esperaba es lo que le acechaba en el camino, porque aún no se había terminado el día.

Bajó del transporte y comenzó a caminar hacia la casa. Le habían advertido sobre el peligro en la calle y aunque todavía no le había pasado nada, Samuel sabía que los <<malandros>> salían a toda hora y más de noche como si fueran serpientes saliendo de los edificios de la ciudad. Samuel sintió unos pasos detrás de él y cuando dio la vuelta a una esquina encontró a una persona allí esperándole con una navaja. — ¡Dame todo lo que tienes chamo o te voy a quebrar! —gritó el delincuente mostrándole el acero afilado de la navaja. El dueño de los pasos que iban atrás de él le sostuvo las manos.

Tomaron el maletín que tenía y botaron todos los papeles en la calle. Lo único que salía de valor era una calculadora pequeña que Samuel había comprado para calcular las primas de los diferentes productos. El maletín era usado, un regalo de Susana quien lo encontró un día entre cosas que ya no utilizaba.

Después de tomar la calculadora del suelo, le sacaron un reloj y un celular que había comprado recientemente en anticipación de su primer día como asesor de seguros. Le quitaron la cartera y sacaron todos los papeles dejándolos caer en el piso. Sacaron el poco dinero que tenía y el cheque que Susana le había dado a Samuel para la póliza. El malandro vio el cheque y aunque fue por un monto interesante, notó la fecha postergada y la frase <<No Endosable>>. Le dijo a Samuel mientras tiraba el cheque en el suelo. —No hay nada que puedo hacer con esto, estás pelando chamo ¿Qué más tienes de valor?

Samuel pensó momentáneamente mostrarles la pelota que el Sr. Juan José le había dado y que aún tenía en la mano. Imaginó al malandro metiendo la pelota en su ojo por ser cómico, así que prefirió decirles —No tengo más nada.

—Ese reloj y ese celular son de los baratos. ¿Qué crees que vamos a hacer con esto?

Samuel le vio sin decir nada.

—¡Baja tu mirada chamo! ¡No me mires o te voy a quebrar aquí mismo!

Samuel bajó su mirada. Desde que había llegado, escuchó muchos cuentos de atracos. De lo que se había percatado, las personas que salían muertas o lastimadas fueron las que se habían resistido de alguna forma. Aunque le daba rabia lo que estaba pasando, en su mente repetía <<No hay nada que me pueden quitar que no pueda reemplazar. Lo único que no puedo reemplazar es mi vida>>.

Uno de ellos tiró la calculadora en el piso y mientras la destruía con una bota dijo —¡Ésta tampoco sirve para nada!

Luego así tan rápido como había comenzado, los malandros dieron la vuelta y se fueron corriendo. Samuel se agachó

y tiró todos los papeles que estaban en la calle, incluyendo los de su cartera en el viejo maletín que tampoco tenía valor para los delincuentes, así que lo habían dejado por ahí. Vio la calculadora destrozada en el pavimento y dijo a sí mismo con sentimiento —¡Aunque pueden robar lo que tengo y destruir lo que he comprado, no pueden destruir mi espíritu!

Caminó a su casa y cuando entró, encontró a Resbalao y le comentó lo que había pasado.

XIV. Un Balde de Agua Fría

Al día siguiente Samuel fue a trabajar y decidió que sería mejor enfocarse en lo bueno que había acontecido y no en lo malo. Con su pelotica en la mano, pensó nuevamente en lo que el Sr. Juan José le había comentado en el avión, <<A veces en la vida estamos arriba y a veces estamos abajo. Lo más importante no es donde estemos en un momento determinado sino nuestra capacidad de rebotar por lo menos una vez más>>.

Nuevamente pensó en su día anterior y sonrió levemente pensando que su propia pelota de la vida había pasado por todos los ciclos varias veces el día anterior. Primero, éxtasis por haber pasado su examen con la mejor nota en la historia de la compañía. Luego un bajón con la reacción de varias personas hacia su propuesta de seguros. Una subida con el cierre de su primera póliza y un bajón nuevamente con el atraco de los malandros y justo cuando pensaba que todo iba a terminar en alto.

Samuel había pasado por mucho en su vida y estaba convencido que podía rebotar <<por lo menos una vez más>> como indicaba el Sr. Juan José. Cuando llegó a la oficina temprano la única persona que estaba allí era María Esperanza.

—¡Felicitaciones, Samuel! Tengo entendido que pasaste tu examen con una excelente nota.

—Muchas gracias, María Esperanza, estudié mucho y me alegro haber logrado ese resultado.

—¿Cómo te fue en tu primer día como asesor? —ella quería saber.

—Para no entrar en detalles, aunque fue un día con muchos altos y bajos, me fue bien. Hice mi primera venta.

—Oye, qué bueno, Samuel, en mi experiencia aquí hay algunos que van mucho tiempo sin hacer su primera venta. Vas bien encaminado.

Samuel fue a su puesto de trabajo y mientras tomaba el cafecito que le trajo María Esperanza borró el día anterior de su mente y comenzó a planificar su día. Lo más importante era la reunión que tenía con Don Cristo al mediodía. Samuel sabía que de todos sus contactos, él se encontraba en la mejor situación económica. Revisó sus notas sobre todas las opciones que podía ofrecerle y planificó cuidadosamente lo que le iba a decir.

Cuando Pedro y David llegaron, Samuel les comentó sobre su primera venta y aunque lo felicitaron con sus palabras, su lenguaje corporal no coincidió. Samuel sintió que estaban un poco celosos. Ellos también habían experimentado el mismo rechazo que Samuel tuvo el día anterior. Ellos habían escogido cuidadosamente sus primeras llamadas y las habían realizado a sus mejores amigos. La gran mayoría les habían sacudidos como si fueran moscas molestosas. Aun así, David logró concretar una reunión y Pedro tenía pautadas dos.

El Sr. Blanco llegó unos minutos después y preguntó cuando entró —Entonces niños, ¿cómo les fue durante su primer día?

Samuel dejó que David y Pedro hablaran primero. Explicaron a quienes habían llamado y el rechazo que habían recibido. Las dos palabras que más habían escuchado durante el día anterior fueron <<déjame pensarlo>>.

El Sr. Blanco explicó —Éstas dos palabras son los enemigos más grandes de nuestro negocio. Tenemos que hacer todo lo posible para primero generar interés en lo que estamos ofreciendo y luego incitar al cliente a tomar una decisión. Incluso, después de haber hecho lo mejor para ofrecer nuestros

servicios, un <<no>> contundente es mil veces mejor que un <<tal vez>> vacilante. —Y a ti, ¿cómo te fue Samuel?

—Inicialmente me fue difícil hablar con todas las personas en mi listado. Muchos no estaban y tuve que dejar mensajes. Luego concreté una cita que fue anoche y otra que tengo hoy.

—¿Cómo te fue en la reunión anoche?

—¡Me fue muy bien! —dijo Samuel con mucho orgullo y entusiasmo mientras sacaba la planilla y el cheque. Los dos estaban sucios y arrugados por su encuentro con los malandros.

El Sr. Blanco tomó los papeles y dijo —Parece que las hubieras sacado de la basura, ¿Qué pasó?

—Tuve un inconveniente —contestó Samuel sin entrar en detalles.

El Sr. Blanco examinó la planilla —Solamente una póliza sobre una vivienda. ¡Esto no sirve para nada! Si quieres tener éxito en este negocio vas a tener que vender pólizas que den más utilidad a ti y a la compañía. Además, lo que colocaste aquí —dijo señalando una parte en la solicitud—, está mal hecho. Tiene una tachadura y esto no se permite. Tendrás que hacerlo de nuevo.

Samuel esperaba que su jefe estuviera contento con lo que hizo en su primer día porque ya que había cerrado una venta. Si bien era pequeña, era algo. Lo que menos pensó es que iba a echar de menos lo que había hecho.

El Sr. Blanco tiró la planilla y el cheque en la dirección general de Samuel y dijo con firmeza —Ya se acabó la guachafita. Es momento de salir al mundo y vender. Esto no es una guardería y no somos niños. Tienen que defenderse por sí mismo así que, a trabajar muchachos.

Se levantó y salió dejando a los tres boquiabiertos con lo que había dicho. Si no fuera por el tiempo y la energía que Samuel había dedicado para convertirse en asesor, hubiese querido tirar la toalla. Nuevamente vino la idea del rebote de Sr. Juan José y sacó la pelotita. Mágicamente Samuel se calmó un poco mientras la manoseaba. Decidió que no importaba lo que el Sr. Blanco hubiera dicho, él estaba bien encaminado e iba a dar lo mejor de sí para lograr su objetivo. Su familia también dependía de él y de alguna manera tenía que seguir adelante para poderles ayudar.

Samuel pasó la mañana preparándose para su encuentro con el Sr. Cristo. Habló con Iván para pedirle sus ideas y también solicitó el apoyo de otros asesores en la oficina. Sabía que esta reunión podría marcar un momento importante en su carrera. Hizo una nueva carpeta de presentación tal que los malandros le habían destrozado la otra. Aunque estaba un poco nervioso, sintió que estaba preparado.

Salió de la oficina con mucha antelación y comió algo rápido en el camino para no desmayarse mientras hablara con Don Cristo. Aunque iba todos los días a la tienda para trabajar, hoy era un día especial. Tomó mucho cuidado en su apariencia y sintió que estaba listo para el encuentro. Llegó veinte minutos antes de la hora pautada y subió al área administrativa.

—Hola, Samuel que gusto verte. Ya casi nunca subes para saludarnos. Entre las ventas que haces abajo y tu trabajo como asesor de seguros, estás como desaparecido —le dijo Ana cuando lo vio.

—Tiene razón Sra. Salas, he estado a millón. Lo bueno es que ya pasé mi examen y estoy listo para trabajar.

—Me alegro mucho por ti, Samuel, me acuerdo mucho de este primer día que viniste a solicitar trabajo. Con esta tenacidad que tienes, estoy seguro que vas a lograr mucho.

—Muchas gracias, agradezco mucho tu comentario —dijo Samuel enrojándose un poco.

—Quieres un cafecito?

—Me parece bien, gracias.

Ana se levantó y abrió la puerta a la oficina de Don Cristo indicando a Samuel que lo esperara adentro. Samuel respiró profundamente, entró y se sentó. Le vino a la mente el primer encuentro que tuvo con Don Cristo en esta misma oficina. Samuel confiaba que tenía buenos productos y sabía que Don Cristo tenía la capacidad de invertir en ellos. Ana le trajo el café y se sentó para conversar mientras llegase Don Cristo.

Cuando llegó el jefe, Ana salió y Samuel se levantó dándole la mano —Agradezco mucho su tiempo, Don Cristo.

—Es un placer, Samuel. Cuéntame, ¿qué tienes por allí? —preguntó señalando a la carpeta que Samuel ya había sacado y que estaba sobre la mesa.

—Bueno, Don Cristo, tengo varias cosas que quiero hablar con usted. Lo primero es que creo, que sea mejor que renunciara a mi trabajo aquí.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó, tomado por sorpresa.

—Quiero dedicar mis esfuerzos a mi trabajo como asesor de seguros y siento que debo estar metido 100% para lograr mis objetivos.

—¿Cuáles son tus objetivos, Samuel?

—Yo quiero lograr independencia financiera. No tanto para mí sino para mi familia. Pienso en ellos todos los días y

quisiera tener la capacidad de traerles a vivir conmigo acá. Para lograr esto, necesito mucho dinero.

—Me parece muy noble tu objetivo, Samuel. ¿Te puedo preguntar algo?

—Por supuesto, Don Cristo.

—¿Cómo vas a vivir mientras te establezcas como asesor? ¿Cómo vas a pagar tus gastos? Tengo entendido que como asesor estarás ganando una comisión sobre lo que vendes, ¿verdad?

—Así es, Don Cristo. Tengo confianza que podré vender lo suficiente para pagar todo. Es más creo que al tener esta presión de producir, voy a trabajar con más intensidad.

—Admiro mucho tu espíritu, Samuel. Fue por esto que te contraté desde un principio. Lo que sí te puedo sugerir es que sigas trabajando aquí mientras te levantas en tu negocio aunque sea con un horario reducido. Siempre tendrás las puertas abiertas aquí, Samuel.

—Agradezco mucho sus palabras, Don Cristo y agradezco mucho lo que ha hecho para apoyarme. No sabía que sería posible trabajar menos horas. Tal vez tiene razón. ¿Qué horario piensa que sería conveniente Don Cristo?

—Bueno yo tengo un buen amigo que es asesor de seguros y en mi experiencia el casi nunca trabaja los fines de semana aunque por supuesto hay excepciones. Lo que te sugiero es que trabajes los fines de semana con nosotros y te dedicas a tu otro trabajo como asesor durante la semana. Además, como tu bien sabes, aquí la gran mayoría de las ventas se hacen durante los fines de semana y es durante estos días cuando puedes ganar más. ¿Te parece?

Samuel lo consideró rápidamente y respondió —Me parece excelente, no pensé que podía hacer eso.

—No haría esta oferta a cualquiera de mis empleados. Tú eres especial y siento que podría ser beneficioso para los dos.

—Muchas gracias —respondió Samuel con entusiasmo.

—Ahora bien, cuéntame lo que me puedes ofrecer aunque como te dije por teléfono, creo que estoy bien atendido por mi amigo en cuanto a seguros.

Samuel comenzó su presentación y siguió las sugerencias a la letra que le habían dado en su entrenamiento. Primero investigó las necesidades de Don Cristo. De una manera sutil pidió que le dijera sobre su situación financiera y anotó las coberturas que ya tenía con su asesor actual. Después de haber recaudado la información explicó los beneficios de trabajar con Seguros Nacionales. Sintió que el área donde podría ser de más utilidad para Don Cristo era con un plan de ahorros.

La gran mayoría de los activos que tenía Don Cristo tenían que ver con su negocio y estaban en bienes e inmuebles. Estos activos habían sido asegurados por el asesor que mencionó anteriormente desde hace muchos años. Samuel decidió ir por otro lado. Pensó en un plan de ahorro específico que Seguros Nacional ofrecía a través de un convenio con una compañía en el exterior. Los resultados históricos habían sido impresionantes. Era la estrella en el portafolio de Seguros Nacionales. Samuel se percató inmediatamente que la relación que tenía Don Cristo con su otro asesor era no solo de cliente y asesor, sino también de amigos. Vio que la posibilidad de reemplazarlo hubiese sido cuesta arriba por lo menos a corto plazo.

—Don Cristo, veo que ya su amigo le está atendiendo muy bien. Aunque uno de nuestros servicios es analizar su cobertura actual, siento que puedo ser de más utilidad en otra área.

El señor suspiró con alivio tal que Samuel no iba a intentar reemplazar su corredor actual —¿Cuál será esta otra área Samuel?

—Tenemos un convenio con una compañía en Europa que permite que nuestros clientes establezcan un plan de ahorro en divisas extranjeras. Usted ha logrado mucho y ha tenido mucho éxito a nivel económico. Aun así, usted está corriendo con un riesgo muy grande.

—¿Riesgo, de qué riesgo me hablas?

—Por lo que usted me dice todos sus activos están aquí en este país, ¿correcto?

—Así es Samuel. Creo en mi país y aunque no todo es perfecto, aquí me quedo.

—Ojalá que más personas se sintieran como usted Don Cristo. La verdad es que la diversificación siempre es una buena idea. Para no tener todos <<los huevos en una sola cesta>>, es importante tener diferentes tipos de inversiones. A través de nosotros usted puede comenzar un plan de ahorro que le permite ahorrar dinero y más importante proveer un ingreso garantizado de por vida cuando usted decida jubilarse. Este beneficio también puede cubrir a su esposa en el caso de que usted fallezca antes que ella. ¿Le suena interesante?

—Bueno, nunca he pensado en jubilarme y creo que voy a trabajar hasta el día que me muera. Aun así, me preocupa un poco lo que haría mi esposa en caso de que yo me muera antes. Aunque mi negocio vale dinero, no sería tan fácil para ella manejarlo si yo no estuviera.

—Precisamente este es uno de los beneficios, Don Cristo. Con esta inversión usted puede asegurar que ella va a estar cubierta en el caso de que usted no esté aquí para cuidarla.

—Me parece interesante lo que me has planteado, Samuel. Déjame pensarlo y luego te aviso, ¿de acuerdo? —le dijo mientras se levantaba indicando que la entrevista se había culminado.

Samuel se quedó allí en silencio y no tuvo otra opción que levantarse también. Aunque le habían enseñado otros argumentos para cerrar la venta y convencer al cliente, lo único que logró balbucear fue —De acuerdo.

Don Cristo extendió la mano y dijo —Gracias Samuel, estaremos en contacto. Habla con Ana referente a tu nuevo horario. Creo en ti y estoy seguro que lograrás tus objetivos.

Después de conversar con Ana sobre su nuevo horario bajó y explicó los cambios del horario a sus compañeros en la tienda y salió a la calle. En la multitud que andaba por todos lados cada quien en su propio mundo, Samuel comenzó a cuestionarse. <<¿Por qué no compró lo que le estaba ofreciendo? ¿Por qué no me vinieron las palabras que me permitieran cerrar el negocio en ese instante? Si Don Cristo es un amigo, ¿cómo será cuando tenga que hablar con personas totalmente desconocidas?>> Estas preguntas y muchas más daban vueltas en su mente mientras regresaba a la oficina de Seguros Nacionales. Su confianza y su energía habían disminuido significativamente.

XV. Piedras en el Camino

Pasaron dos semanas y aunque Samuel había tenido unas reuniones interesantes, no había concretado otra venta. Lo único que había vendido era la primera póliza pequeña de Susana. Estaba desesperado porque iba pasando el tiempo y aún no estaba logrando los resultados que deseaba. Además el pago de comisiones sobre las ventas tomaba un mes desde el día que se entregaban todos los documentos y el cheque para el pago de la póliza.

Samuel había visto a Lucila un par de veces y la misma química seguía tan intensa como cuando se conocieron. La llamó para cenar y cuando estaban sentados en la mesa Lucila le preguntó —¿Qué pasa, Samuel? Te veo achicopalado.

—Aunque no sé significado de eso, por mi ánimo me imagino que quieres saber si me siento mal, ¿verdad?

—Así es, Samuel. Siempre tienes una sonrisa y hoy estás como muy pensativo. No veo la misma energía que siempre he visto como parte de tu ser.

—La verdad, Lucy, es que me estoy cuestionando mucho. Creo que sé lo que tengo que hacer en mi trabajo y siento que estoy haciendo todo lo posible para lograrlo aunque no logro cerrar las ventas. Estoy cansado que la gente me diga <<Déjame pensarlo>>. ¿Por qué hay que pensar tanto? Lo que estoy ofreciendo es excelente y ayuda mucho a las personas>

—Claro que sí, Samuel. De repente hay alguien que te puede ayudar.

—¿Cómo quién Lucy? Pedro y David ya han vendido varias pólizas a sus amigos, inclusive ya tienen unos cheques interesantes que vienen en camino. Aunque nosotros hablamos un poco, siento que tienen una ventaja muy grande en este nego-

cio. Conocen a muchas personas y forman parte de la <<alta sociedad>>. Tú sabes, gente que tiene mucha plata.

—¿Qué tal los otros asesores en la oficina?

—Todos están enfrascados en su propio trabajo. He preguntado a varias personas incluyendo al Sr. Blanco e Iván, la persona responsable de mi entrenamiento.

—¿Qué te dicen?

—Bueno, el Sr. Blanco me dice que desde un principio me dijo que tenía una gran desventaja porque no conocía a nadie. También me dijo que esto podría ser una ventaja aunque por los momentos no veo cómo. Iván y los otros agentes me dicen que no es fácil y que simplemente es cuestión de tiempo y perseverancia.

—¿Y no hay más nadie a quién puedes acudir?

Los ojos de Samuel subieron, como si estuviera pidiendo una solución del cielo y se quedó pensando por un momento. De repente la expresión en su rostro cambió y dijo emocionado —Creo que sí hay otra persona.

—¿Quién, Samuel?

—¿Te acuerdas que te comenté del Sr. Juan José? —le dijo mientras sacaba su pelotica del bolsillo.

—Claro, este fue el señor que conociste en el avión cuando viniste. Él te dio esta pelotica de rebote, ¿verdad?

—Es así, mi amiguita linda. Él me dijo que si lo necesitaba en algún momento, estaba dispuesto a ayudarme.

—Bueno, entonces llámalo.

—No tengo su teléfono.

—Entonces, ¿cómo pretendes que te ayude si ni siquiera tienes su teléfono?

—Me dio su información en un papelito —contestó Samuel.

Dio la pelotica a Lucila y sacó el papel de su cartera. El papelito estaba sucio y arrugado por el paseo por piso que había tomado durante el encuentro con los malandros.

—¿A ver qué dice? —preguntó Lucila devolviendo la pelota a Samuel mientras tomaba el papelito.

Lucila abrió el papel y leyó lo que estaba escrito. —No entiendo. Solamente tiene su nombre y la ciudad donde vive, ni siquiera tiene su dirección.

—Él me dijo que si realmente lo necesitara, podría preguntar por él en Aguascalientes, ¿sabes dónde queda?

—Aunque no estoy segura, creo que es una ciudad pequeña en el interior. ¿Crees que vale la pena ir para allá?

Samuel volteó el papel y leyó nuevamente lo que había escrito el Sr. Juan José en la parte posterior.

<<No es lo que acontece sino nuestra reacción a lo que acontece lo más importante>>

—Creo que si —contestó Samuel cambiando su expresión a una de admiración—. Hay algo muy especial del señor —dijo mientras daba vueltas con la pelotica en su mano—. Tiene una paz y tranquilidad en su forma de ser que jamás he visto en otra persona. Parece que sabía lo que estaba pensando en todo momento, ya hasta me parecía que experimentaba mis

mismas emociones cuando hablaba con él. Es difícil de explicar.

—¿Te puedo hacer una sugerencia, Samuel?

—Por supuesto, Lucy, valoro mucho tu opinión. Me siento muy bien contigo y créeme, si no fuera por ti, no sé qué haría.

—Gracias, Samuel. Yo también me siento muy bien contigo y me encanta que tomes en cuenta lo que te digo. Aun así, me es difícil creer que no podrías seguir sin mí —agregó con una risa—. Viniste a un nuevo país sin nada y mira todo lo que has hecho.

—Tal vez tienes razón, mi vida. Sólo quería que supieras lo importante que eres para mí. ¿Sabes qué? Me estoy enamorando de ti —dijo Samuel sin esperar una respuesta mientras la veía con sentimiento y tomaba sus manos en las suyas.

—Bueno, entonces somos dos —dijo Lucila su boca curvando levemente hacia arriba en una sonrisa sutilmente sensacional—. Yo también me siento muy bien contigo, aunque me da un poco de miedo que aún no has arreglado definitivamente tu estatus aquí.

—Estoy en eso, amiga. Ya me otorgaron la extensión en mi visa original y casi tengo todo listo para pedir la visa de transeúnte con tu amigo.

—Qué bueno, porque no puedo estar con un ilegal —dijo con una risa pícaro—, y menos con el trabajo que tengo.

Samuel vía bien a la bella persona que estaba en frente de él. Quien hubiese creído que ver una revista con muchachas bonitas en un nuevo país le hubiese dirigido a estar sentado en este momento con el encanto de esta dama preciosa, con quien estaba compartiendo este momento. Pensó sobre lo que

el Sr. Juan José había dicho sobre momentos mágicos. Sabía que éste era uno de ellos.

—Entonces, quiero saber por favor, ¿cuál es tu sugerencia?

—Ve a visitar al Sr. Juan José. Viene semana santa y aunque yo tengo que trabajar, vas a ver que la ciudad se vacía y no creo que sea un buen momento para conseguir clientes. Más bien creo que vas a sufrir más buscando negocios durante esta época.

—Como suele ser, creo que tienes razón.

—¿Vas a dudar de mí? —ella preguntó nuevamente con picardía en su tono y su manera.

—Por supuesto que no, mi vida linda.

—¿Puedes hablar con Don Cristo para que tengas unos días libres?

—Creo que sí. Afortunadamente tomé su consejo y como sabes solamente estoy trabajando los fines de semana. Menos mal que lo estoy haciendo porque si no fuera por esos ingresos, tendría que comer las mismas piedras que me están obstaculizando el paso.

—No dejaría que eso pasara, Samuel, te tiraría un pedazo de pan de vez en cuando, para acompañar a las piedras y así mueras del hambre!

—Gracias, Lucila —le dijo Samuel apretando las manos de ella con las suyas suavemente, sintiendo su calor—. Sólo espero que no me obligues a rogar.

—Todo depende, Samuel.

—¿Depende de qué?

Riendo, Lucila respondió —Depende de si te portas bien; si te portas mal; o si te portas bien mal.

Los dos se rieron y el ambiente cambió completamente. Tuvieron una linda velada. Con el apoyo de Lucila, Samuel tomó la decisión de tomar un autobús a Aguascalientes. Lo haría al terminar su trabajo el próximo domingo, y así darle la oportunidad para hablar con el Sr. Juan José.

XVI. Aguascalientes

Samuel bajó del autobús y vio sus alrededores. Lo primero que notó fue la diferencia entre el Distrito Capital y este lugar. Había salido hace cinco horas de un terminal lleno de gente, bulla y movimiento. Ahora en Aguascalientes salvo algunas personas que estaban esperando pasajeros, había mucha paz, tranquilidad y calma.

Don Cristo le había sugerido que saliera antes de que terminara su turno al mediodía para que no llegase tan tarde. Aunque el sol ya estaba bajando en el horizonte, aún quedaba un poco de luz en el día. Samuel cruzó la calle y entró en la panadería. Pidió un café. Mientras el joven detrás del mostrador lo preparaba preguntó —¿Me puede indicar dónde vive el Sr. Juan José Sánchez?

—Claro que sí —contestó el muchacho inmediatamente—. En esta zona todos conocemos a Don Juan José.

—Él me dio este papel y me dijo que preguntara por él aquí en Aguascalientes.

El muchacho tomó el papel arrugado y dirigiendo la palabra a otro muchacho que trabajaba con él dijo —Ven acá, Carlos, viene otro en busca de Don Juan José.

—¿Por qué dices <<viene otro>>? —preguntó Samuel. El otro muchacho se acercó.

—Porque vienen a cada rato —dijo el que se llamaba Carlos, con una risa—. Don Juan José es famoso por aquí.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Samuel.

Los dos muchachos se vieron y se rieron. —¿A que no te dijo quién era? —preguntó el primer muchacho.

—La verdad es que no. Nunca me dijo lo que él hacía.

—Esto es típico —contestó el primer muchacho—. Él es un autor muy famoso. Tiene varios libros y cuando no está aquí, lo pasa viajando a diferentes lugares del mundo para compartir sus conocimientos.

Cuando está por aquí en Aguascalientes también da unas charlas que siempre son muy interesantes. Por mi parte, nunca me las pierdo.

—Nunca lo imaginaba —dijo Samuel sorprendido.

—Durante los años que tengo trabajando aquí han venido varias personas buscándolo de esta misma manera.

Mientras tomaba su café los muchachos le explicaron más sobre la vida de Don Juan José y le indicaron a Samuel como llegar a su casa. Samuel pagó por el café y se fue en busca del señor Juan José. Salió de la panadería convencido que había tomado una buena decisión y estaba feliz de haber tomado la sugerencia de Lucila. Caminó hasta el final del pueblo y tal como los muchachos le habían indicado, había una vereda que subía a mano izquierda.

Lo primero que le impresionó a Samuel fue la belleza del lugar. Todo era verde y a la derecha vio una quebrada y escuchó el sonido del agua que pasaba por allí. Unos pájaros volaban por encima de él y parecía que le estuvieran acompañando en su aventura. Después de unos diez minutos, caminando hacia arriba un ritmo constante, llegó a una entrada hecha de piedras. Una cerca hecha de las mismas piedras encerraba una casa que estaba pintada de azul, rojo y amarillo.

Vio un timbre y lo pulsó. Escuchó el sonido del timbre que venía dentro de la casa. Una voz femenina gritó —¡Un momento por favor, ya voy para allá!

En unos instantes se abrió la puerta y una señora con una sonrisa bella y cabello entre negro y gris, color sal y pimienta, le saludó —Hola buenas tardes, ¿en qué le puedo servir?

—Mi nombre es Samuel y estoy buscando al Sr. Juan José —dijo mientras extendía la mano con el papel arrugado que le había dado.

Ella tomó el papel del joven, lo vio y sonrió. —Qué pena. Le he dicho a mi esposo mil veces que debería imprimir unas tarjetas de presentación y él sigue con sus papelitos. Yo soy María Antonieta. ¿Dónde conoció a mi esposo, Samuel?

—Lo conocí en un avión hace varios meses mientras viajaba a este país por primera vez.

—Ah claro, me acuerdo. Juancho me comentó de ti. Me dijo que en cualquier momento podría ser que vinieras.

Samuel frunció el ceño un poco confundido —¿Perdóname pero cómo puede ser que él sabía que le iba a visitar señora?

—Bueno mi esposo es medio loco, para no decir loco y medio —Los dos se rieron del chiste de la señora. Ella siguió— Además de esta locura sabrosa también dice que tiene <<poderes mágicos>>.

—El hizo un poco de magia cuando lo conocí —dijo Samuel, recordando el señor.

—No lo dudo hijo, con sus <<poderes mágicos>> dice que puede prever el futuro, aunque no estoy 100% convencida. Sin embargo, de vez en cuando pega uno. Cuando me comentó que te había conocido, me dijo <<Verás, mi amor, algún día vendrá Samuel buscándome.>> —La señora se rio recordando de lo que le había dicho su esposo—. De repente sí tiene poderes mágicos, que se yo. Vente Samuel y seguimos conversando —dijo indicando que entrara y luego cerrando la

puerta—. Yo estaba atrás en el jardín. Vamos para allá, esta es una parte especial del día para nosotros y la podemos disfrutar más allá.

Ella llegó a la casa y se fue a la derecha por debajo de un techo que sobresalía y donde guindaban varias hamacas y muchas plantas. Cuando llegaron al jardín indicó una silla y le dijo —Siéntate, hijo, mientras miramos la apuesta del sol. Mi esposo está de viaje y regresa mañana por la mañana.

—Si usted quiere puedo regresar mañana —dijo Samuel, un poco incómodo y sin saber qué hacer.

—Tranquilo, Samuel, puedes quedarte aquí. Ya estoy acostumbrada a las visitas de mi marido loco que siempre está invitando a la gente a nuestra casa. De hecho hicimos un cuarto especial para huéspedes aunque muchos prefieren dormir en las hamacas al aire libre.

Ellos hablaron mientras bajaba el sol en el horizonte. Samuel se maravilló de la belleza del jardín. El sol cambiaba de color mientras más bajaba en el horizonte. La vegetación en el jardín era densa y verde. Plantas y flores abundaban por todas partes.

Después de que bajó el sol, llegó Joselito, uno de los sobrinos del señor Juan José y la señora María Antonieta. Ella preparó algo de comer y la sobremesa duró varias horas mientras que le preguntaron a Samuel sobre su aventura. Cuando llegó la hora de dormir Samuel decidió dormir en una de las hamacas al aire libre, en vez de dormir en el cuarto de huéspedes.

Mientras se meneaba en la hamaca conciliando el sueño rebobinaba en su mente el trato que había recibido desde su llegada a Aguascalientes. Primero los muchachos con quienes había hablado en la panadería. Luego con la señora María

Antonieta y su sobrino. Le habían tratado como si fuera especial, como si fuera parte de su familia. Nuevamente pensó en los <<momentos mágicos>> a los que se refería el Sr. Juan José cuando lo conoció. Samuel sintió que nuevamente estaba experimentando uno de ellos.

XVII. Un Nuevo Amanecer

Al día siguiente Samuel se despertó con el canto de los pajaritos. Era aún de madrugada y el sol apenas estaba haciendo su aparición cuando intentó salir de la hamaca. En el primer intento no tuvo éxito y lo único que logró fue menear la hamaca de un lado al otro. En el segundo intento logró salir aunque con el movimiento de la hamaca, perdió el balance y se cayó en el suelo.

María Antonieta estaba despierta tomando café y lo estaba observando. No pudo aguantar su risa cuando vio a Samuel postrado en el piso.

—Buenos días, Samuel, disculpe que me ría, desde chiquita no puedo aguantar la risa cuando veo a alguien caer. ¿Estás bien?

—Sí estoy bien, gracias. No se preocupe, Doña María Antonieta —dijo Samuel levantándose del piso y sacudiéndose—. Esta es la primera vez que duermo en una hamaca y no es tan fácil como parece. Menos mal que su sobrino me dijo que durmiera diagonal en la hamaca porque si no, creo que me hubiese convertido en camarón.

—Es así, hijo, ¿cómo dormiste?

—Divinamente bien. No me acuerdo la última vez que había dormido tan rico.

—Qué bueno me alegro mucho, es una de las ventajas de vivir en el campo. Si quieres, puedes usar el baño entrando a la derecha —dijo mientras señalaba una entrada de la casa—. ¿Tomas café?

—Ahora sí lo tomo aunque cuando vine por primera vez no me gustaba. Ahora cuando me despierto y siento el olor de

café es como si las telarañas en mi mente se fueran desvaneciendo.

—Bueno, cuando salgas del baño tendré un cafecito bien calentito para ti.

Samuel fue al baño, se lavó la cara y cepilló los dientes. Cuando salió, acompañó a Doña María Antonieta a la parte delantera de la casa donde se podía disfrutar el amanecer.

—Se ve que estamos comenzando otro día espectacular —ella le dijo a Samuel cuando se sentó.

—Así es, Doña. Estoy ansioso de ver a su esposo, ¿sabe a qué hora llega?

—Llegó anoche del exterior y debe estar saliendo en este instante de un aeropuerto cerca del Distrito Capital. Es maniático y generalmente hace un poco de ejercicio justo cuando se está levantando el sol. Después de hacer sus ejercicios, a él le encanta montarse en su avioneta para volar con los primeros rayos del día.

—Qué divino suena eso —dijo Samuel, imaginando como debe ser hacer eso.

—Para decirte la verdad, mi esposo parece un muchacho grande. Se le ocurren muchas cosas así de locas.

Joselito se levantó y les acompañó en la mesa. Después de tomar su café la señora María Antonieta fue a la cocina para prepararles algo de comer.

—Tengo una pregunta —Samuel dijo a Joselito.

—Dígamelo cantando —respondió con música en su voz.

Samuel rio porque se acordó que Don Juan José había hecho lo mismo cuando se conocieron en el avión.

—¿Su tío es piloto? Escuché a su tía decir que venía en <<su avioneta>>.

—No es piloto, pero sí es su avioneta. Mi tío tiene un piloto que es de mucha confianza. Lo busca y lo lleva cada vez que va de viaje. Hace unos años decidió salir de la ciudad para disfrutar la paz y la tranquilidad del campo. Ahora acepta compromisos solamente durante una semana al mes y las otras tres semanas se queda aquí.

—¿Y a dónde viaja?

—A todas partes —Joselito seguía hablando mientras se levantaba, —vente conmigo quiero enseñarte algo.

Entraron a la casa, pasaron por un pasillo amplio, llegando a dos puertas grandes al final. Joselito abrió las puertas y entraron.

—Esta es la oficina de mi tío.

Samuel vio que había una ventana panorámica enorme que daba hacia el jardín donde había visto el atardecer la noche anterior. Las otras paredes tenían estantes que empezaban desde el piso y llegaban hasta el techo, que estaba más alto en ese cuarto que en otras partes de la casa. Los estantes estaban repletos con libros. Inclusive había una escalera que rodaba por el piso para llegar a los libros en los niveles más altos.

—Parece una biblioteca.

—¿Qué te puedo decir, Samuel? A mi tío le encantan los libros. Comenzó a coleccionarlos desde hace muchos años. Inclusive él dice que no le importa perder cualquier cosa que tenga en el mundo, incluyendo su avioneta, con tal de no perder sus libros preciosos.

Joselito caminó hacia una parte en los estantes donde había un espacio para un mapa grande del mundo. Había unas tachuelas de diferentes colores por todas partes.

—Mi tío ha puesto estas tachuelas a todos los lugares que ha visitado.

—¿Qué significan los colores?

—La verdad es que no sé. Mi tío tiene una razón para cada color aunque no se cual es.

—¿Él ha ido a todos estos lugares?

—Sí lo ha hecho, por lo que ves, ha viajado bastante.

Solo había unas cuantas áreas vacías en el mapa donde no había ninguno.

—¿Qué hace en sus viajes?

—A veces es solamente para visitar y conocer, otras veces le invitan a dar conferencias o a presentar su último libro. Afortunadamente le ha ido muy bien en lo que hace.

Ya veo —dijo Samuel sorprendido con el número de lugares que había visitado.

María Antonieta llegó a la puerta de la oficina y anunció que la comida estaba lista. Salieron de nuevo a la mesa que estaba bajo el techo en el porche delantero de la casa. Había colocado arepas, queso, jamón y salchichón.

—Buen provecho, Samuel.

—Igualmente —contestó Samuel, como era costumbre.

Todos comieron y Samuel se enteró que Joselito era hijo de una hermana de Don Juan José. A él le gustaba mucho el campo y le encantaba vivir en Aguascalientes. Tomó la deci-

sión hace muchos años que quería seguir viviendo en el campo. Aunque Joselito tenía su propia casa solía quedarse con su tía cuando Don Juan José iba de viaje para que no se quedara sola.

Después de comer, Joselito se levantó y dijo —Mis chamos me están esperando y seguro que tienen mucha hambre.

Se despidió de Samuel y de su tía, se puso su sombrero y se fue.

—¿Joselito tiene niños? —preguntó Samuel—. ¿Los deja solos en la noche para venir y quedarse con usted?

Doña María Antonieta rio y dijo —Él siempre dice que sus vacas son sus <<chamos>>. —Tuvo una sola hija y ella se murió hace varios años en un accidente de tránsito. Después, él decidió dedicar su vida a su finca y sus <<chamos>>.

—Qué lástima lo de su hija —dijo Samuel con sentimiento.

—Sí, Samuel, fue trágico. Le tomó un tiempo para recuperarse del golpe, aunque ya <<rebotó>> como le encanta decir a mi esposo.

—Ya sé del rebote —dijo Samuel mientras sacaba su pelotica.

—Ah sí, mi esposito loco. Ojalá hubiéramos comprado la fábrica que hace estas peloticas. Con todas las pelotas que regala mi esposo, seríamos multimillonarios.

Samuel la ayudó a llevar los platos a la cocina. Cuando terminaron de limpiar todo, ella le pidió que se sentara afuera en el jardín de la parte trasera de la casa donde habían estado la noche anterior. Se volteó y se fue a buscar algo. Samuel ya estaba sentado cuando ella regresó con un libro pequeño en sus manos y mientras se lo daba dijo —Sería bueno que leyeras esto mientras esperas a mí esposo.

Samuel tomó el librito que estaba cubierto en cuero y decía simplemente:

REFLEXIONES

Por: Juan José Sánchez

Samuel notó que el libro estaba bien usado y preguntó – ¿Este librito fue escrito por su esposo?

—No —ella contestó—. Fue escrito por su tatarabuelo hace muchos años y el abuelo de mi esposo se lo dio cuando tenía apenas catorce años. Seguramente te va a contar la historia cuando venga. Conozco a mi marido como si lo hubiera parido —dijo con una risa mientras caminaba de nuevo a la casa dejando a Samuel con el pequeño libro.

Samuel se sentó y comenzó a leer el libro cuyo contenido consistía de una serie de siete reflexiones en base a la palabra actitud. El índice leía así:

- Acción (lunes / azul)
- Confianza (martes / verde)
- Tenacidad (miércoles / naranja)
- Iniciativa (jueves / amarillo)
- Tolerancia (viernes / morado)
- Utilidad (sábado / turquesa)
- Deseo (domingo / rojo)

Era pequeño y en cuestión de veinte minutos lo había leído todo.

XVIII. Las Palabras Crean Realidades

—Épale, chamo —vino una voz detrás de Samuel. Dio la vuelta y vio a Don Juan José acercándose. —Te he estado esperando, Samuel.

Samuel se levantó y extendió la mano.

—Prefiero un abrazo —dijo el señor y le dio un abrazo fuerte. Cuando se apartó Don Juan José mantuvo los hombros de Samuel en sus manos, viendo los ojos.

—Creo que te ha ido bien hasta ahora, Samuel —dijo el señor observando cuidadosamente al joven.

—¿Cómo sabe usted eso, Don Juan José?

—Ahora te digo. Primero quiero que me trates con cariño, Samuel.

—Disculpe, no entiendo lo que quiere decir.

—Yo soy <<tú>> no <<usted>> —dijo el señor con una risa—. Por favor tutéame. Llámame Juancho.

—Ah perfecto, ahora entiendo

—Yo sé que te ha ido bien, hijo, porque tengo poderes mágicos. Además te tomó más tiempo para llegar a mi casa de lo que esperaba. Si te hubiese ido mal, hubieras llegado hace tiempo. Además, lo veo en tus ojos y en tu cara a través de mis capacidades especiales.

—¿Me está echando broma? Perdón —se corrigió Samuel ahora dirigiéndose con más familiaridad al Sr. Juan José—, ¿me estás echando broma? ¿Cómo sabías que iba a venir?

—Sé mucho más de lo que puedes imaginar, hijo —contestó el señor mostrando mucha seguridad en sí mismo, su cara con una leve sonrisa—. A través de los años he desarrollado un

sexto sentido que me permite acertar ciertas cosas. Yo lo llamo mis <<Poderes Mágicos>>. Aunque no los entiendo del cien por cien, sigo la corriente. Veo que mi esposa ya te dio Reflexiones para leer. Después de tantos años juntos, ella me conoce como si me hubiese parido —agregó con una sonrisa—.

—Ella me dijo exactamente lo mismo.

—¿Viste? Entonces de repente es verdad y es ella la que tiene los poderes mágicos y no yo. Ya vengo —dijo indicando al muchacho que se sentara de nuevo. Mientras entraba en la casa dijo en voz alta —Épale, chama, ¿por dónde andas?

Samuel se sentó de nuevo viendo el jardín y escuchaba las voces de Don Juan José y Doña María Antonieta dentro de la casa. El sol brillaba contra los diferentes colores del jardín. Una alfombra verde de grama se extendía a las plantas y árboles que definían los bordes del jardín. Colores intensos de flores irradiaban de plantas que guindaban del techo. El muchacho se levantó y se acercó a una planta colgante que tenía unas flores de color blanco y rosado. Notó que el rocío en los pétalos reflejaba la luz que bailaba en colores como si fuera un prisma.

En ese instante una mariposa de amarillo y negro llegó. Daba vueltas irregulares bailando en el aire antes de colocarse sobre una de las flores. Samuel se acercó y la mariposa movió lentamente las alas observándolo. El muchacho se movió un poco más cerca y extendió un dedo hacia ella. La mariposa lanzó en vuelo y luego regresó aterrizando en el dedo del muchacho.

—Veo que le caes bien —dijo Don Juan José, regresando de la casa.

—De verdad que sí —dijo el muchacho emocionado con la sensación de la mariposa en sus dedos. Sentía cosquillas mientras caminaba.

La mariposa tomó vuelo de nuevo y los dos se le quedaron viendo. —¿Te has dado cuenta que el vuelo de la mariposa es perfecto en su imperfección? —dijo Don Juan José en una voz sonora y reflexiva.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Con la irregularidad del vuelo de la mariposa pareciera que nunca llegara a ninguna parte. Aun así, llega muy lejos. De hecho tiene uno de los trayectos migratorios más largos que cualquier animal o insecto.

—¿Y eso es importante?

—Para mí sí lo es.

—¿Por qué?

—Porque muchos de nosotros, los seres humanos, pensamos que lo ideal es la <<perfección>>. En la naturaleza vemos muchos casos donde la <<imperfección>> es la ley y no la excepción. Y esto es el caso de la mariposa.

>>Primero tiene que luchar una batalla impresionante solo para entrar en el mundo. Los obstáculos son grandes y sus enemigos numerosos. Luego cuando finalmente logra salir de su capullo y eventualmente volar, su vuelo es errático e inconsistente porque su cuerpo pesa mucho en comparación con sus alas. A pesar de sus desafíos y las imperfecciones que abundan en su vida, la mariposa es <<perfecta en su imperfección>>. Ella prospera y ahora en este instante, esta mariposa bella nos está encantando con su baile aéreo.

—A mí me gusta ese pensamiento, Juancho —dijo el muchacho, ya sintiéndose más cómodo tratando al señor con confianza.

—Qué bueno, hijo, me alegro. Encuentro maravillas a cada paso de cada día y entre las más impresionantes son las de la naturaleza. Nos llenan de momentos mágicos en cada instante.

Don Juan José hizo un silbido muy leve y gritó — ¡Vénganse niños!

Por detrás de unos arbustos que estaban al final del jardín y daban hacia la quebrada entraron cuatro perros. —Son tranquilos, Samuel, no te preocupes —dijo Don Juan José agachándose. Los perros estaban emocionados de ver a su dueño. Después de saludarlos, Don Juan José se echó en la grama jugando con ellos—. ¿Me extrañaron, mis niños?

A Samuel le causó mucha gracia ver al señor en la grama dando vueltas con sus perros. Después de un buen rato jugando con ellos, se levantó y dijo riéndose —Aunque me mojé completamente valió la pena. A mí me encantan mis chamos.

—Ya veo que sí. Por lo que tengo entendido, Joselito tiene sus <<chamos>> en forma de vacas y tú en forma de perros.

—Es así, Samuel. Vamos para acá —dijo Don Juan José caminando hacia el mismo lugar donde se sentó la noche anterior con Doña María Antonieta. Había dos sillas con una mesa pequeña en el medio. Indicó que Samuel se sentara en una y le dijo —Disfruta la vista y <<mis chamos>>, ya vengo porque tengo que cambiar la ropa.

En pocos minutos regresó en ropa más cómoda y seca. En sus manos traía un recipiente que pareciera una tapara que tenía algo plateado como un pitillo que salía de adentro. En la

otra mano cargaba un termo. Colocó las dos cosas en la mesa y se sentó.

—¿Qué es esto? —preguntó Samuel.

—Este es mate. Se utiliza para tomar hierba mate que es muy parecido al té. Aprendí a tomarlo con mis amigos del Sur hace muchos años y el hábito de tomarlo se me ha quedado desde hace muchos años. Hasta cuando viajo siempre llevo << mi matecito >> cuando sea posible.

Don Juan José colocó agua dentro del recipiente y dijo —Vamos a dejar que se cebe un poco. La primera cebada es la más importante.

Samuel subió sus hombros ligeramente y frunció su ceño mostrando claramente que no entendía lo que estaba diciendo el señor. —Tranquilo, chamo. Verás que hablo conmigo mismo muchísimo. Es más, me he dado cuenta que cuando hablo conmigo mismo nunca estoy solo.

Los dos rieron al chiste del señor. —Entonces, cuéntame, Samuel, —¿Cómo ha sido tu estadía en nuestro país de las maravillas?

Samuel comenzó a contar a Don Juan José todo lo que había pasado desde que se despidieron en el aeropuerto. Nuevamente, Samuel se maravilló de la paciencia del señor. Escuchaba cada palabra y pedía detalles cuando quería saber más. Sintió que el señor se envolvía con sus mismas emociones y sentimientos mientras hablaba.

Don Juan José echó agua un par de veces al mate y después de unos minutos comenzó a tomarlo. —¿Qué es esto? —quería saber el muchacho indicando el <<pitillo plateado >> que salía del mate.

—Esta es la bombilla, aunque la forma correcta de decirlo es <<bombiya>> —dijo dando énfasis en la última <<ya> de la palabra. Así es que la llaman los Che's del Sur.

Agregó más agua y con su mano extendió el mate a Samuel —¿Quieres probarlo?

—Bueno, ¿por qué no? —contestó el muchacho mientras consideraba la bombilla—. ¿De aquí mismo? —preguntó mientras tomaba el mate con una mano y señaló la bombilla con la otra.

—Sí, hijo, de ahí mismo. Sé que parece extraño compartirlo de esta manera, aunque así es que se hace. Todos comparten del mismo mate y de la misma bombilla. Cada persona toma toda el agua de cada cebada antes de llenarlo y pasarlo a la próxima persona.

—La única regla es no mover la bombilla mientras la tomas —dijo el señor mientras observaba que el joven ya había comenzado a moverla.

—¡Ah, disculpe! —dijo Samuel inmediatamente.

—Tranquilo, hijo, todos quieren hacer lo mismo al principio. Sigue contándome de lo que te ha pasado después de que comenzaste a trabajar en Don Cristo.

Samuel siguió su cuento y dio más detalle en varias ocasiones cuando Don Juan José le solicitaba más información. Cuando había culminado su historia, Don Juan José dijo —Has hecho muy bien, hijo —acercó al muchacho y colocó una mano sobre el hombro de Samuel.

—¿Por qué no parece que fuera así? —preguntó el muchacho sintiendo la mano fuerte del señor en su hombro. Percibió una energía que radiaba de la mano del señor y que se transmitió por su brazo hasta llegar a su pecho.

Viendo los ojos con sinceridad y con emoción Don Juan José dijo —Porque en este momento estás angustiado por lo que estás enfrentando en este instante. Ahora bien, vamos a ver lo que has hecho y ponerlo en perspectiva. Viniste a un país nuevo sin nada. Lograste formar unas amistades bellas. Conociste a una bella muchacha y has sobrevivido un periodo importante en tu vida. Estoy seguro que lo que ha acontecido en los últimos meses estará dentro tus más bellos recuerdos cuando avanzas en edad.

Don Juan José quitó su mano del hombro del muchacho y llenó nuevamente el mate con agua del termo.

—Es verdad lo que dices, aun así, estoy sumamente preocupado por lo que está por venir.

—Esto es natural, hijo. La vida no es ni buena ni mala, simplemente es. Lo más difícil en la vida es reconocer que los obstáculos nos fortalecen. Aunque frecuentemente quisiéramos que nuestras experiencias fueran diferentes en el momento. Con el pasar del tiempo nos damos cuenta que la base de nuestro ser se crea por situaciones de desafío.

—Siento que mi base se está tambaleando en vez de fortaleciendo, Juancho, ¿qué hago?

—Sólo tú tienes la respuesta Samuel. Sin embargo, te puedo dar algunas ideas que pueden ser útiles para orientarte. Primero quiero hacerte la prueba de PoQueQue QuiDoCo CuaCua.

—¿Una prueba de qué? —preguntó el muchacho, confundido.

Don Juan José se rio nuevamente y dijo —Es una prueba que hago para orientar a las personas.

—¿Cómo se hace?

—¿Por qué viniste a este país? —respondió Don Juan José con su propia pregunta.

—Vine porque sabía que tenía que haber una vida mejor y hacer algo importante.

—¿Qué crees que te hubiese pasado de no haber emprendido tu aventura?

—Probablemente tendría el mismo fin que mi papá, mi hermano y mi tío —contestó el muchacho solemnemente.

—¿Quién es la persona responsable por tu felicidad?

—Soy yo, por supuesto —dijo el muchacho colocando sus manos en su pecho y alzándose un poco.

—¿Dónde crees que puedes encontrar tu felicidad?

A esta pregunta el muchacho no sabía inmediatamente la respuesta. Don Juan José colocó nuevamente su mano sobre el hombro del muchacho como para darle fuerza en su pensamiento. En el silencio Samuel sintió como si la respuesta se transmitiera de la mano del señor.

—¿Mi felicidad viene de adentro? —contestó dudándose de su propia respuesta.

—Por supuesto, Samuel, así es. ¿Cómo crees que puedes fortalecer tu interior?

El muchacho se quedó pensando nuevamente y luego respondió —¿Tal vez teniendo más confianza en mí mismo? —preguntó nuevamente sin estar totalmente seguro de su respuesta.

—¡Eso es! Felicidades, veo que estabas prestando atención a las palabras mientras leías Reflexiones.

—Creo que la lectura dice que la confianza es una función de experiencia, preparación, perseverancia y ¿cuál era el otro?

—Actitud es el otro elemento, Samuel. Viste, yo sabía que eras muy inteligente desde el momento en que te conocí en el avión —dijo el señor con cariño mientras quitando la mano del hombro del muchacho. —Mi última pregunta por ahora es, Samuel, ¿cuál es el camino que debes que tomar?

Ahora sin la mano del señor en su hombro, Samuel sintió que la energía se había ido que sentía durante las últimas dos respuestas. Reflexionó sobre la pregunta de Don Juan José y repitió la pregunta más para él mismo que para el señor — ¿Cuál es el camino que debo que tomar?

Samuel levantó la mano a la barbilla, subió la vista y consideraba la pregunta. —La verdad es que no se, Juancho. Es por eso que vine a visitarte. ¿Cuál es mi camino? —le preguntó al señor, ahora con picardía en su tono.

El Sr. Juan José se echó para atrás sonriendo —Yo no tengo la respuesta, Samuel, sólo tú lo sabes, aunque tengo confianza que puedo ser útil para que lo consigas.

—Te lo agradecería porque en este instante, siento que mi mente está volando sin dirección como la mariposa que vimos hace rato. ¡Siento que hay demasiada confusión para aterrizar y tomar mi camino.

Los dos se rieron al comentario del muchacho. Don Juan José se levantó y dijo —Espérame, hijo, voy a buscar algo y ya vuelvo.

Samuel se quedó viendo de nuevo el jardín espectacular. Parecía que lo envolviera en su encanto. Notó que el rocío de la mañana ya se había desaparecido y ahora todas las flores estaban buscando el sol. El sintió como si él mismo fuera una

de éstas flores y que Don Juan José fuera el sol que le estaba dando dirección.

Don Juan José regresó en unos instantes y tenía un librito pequeño y un papel enrollado. Los colocó en la mesa diciendo —¿Me imagino que Mari te dijo que fue mi tatarabuelo él quien escribió Reflexiones?

—Así es.

—Luego te cuento más sobre cómo obtuve el librito. Por ahora te digo que a raíz de un viaje muy parecido al tuyo comencé a pensar de una forma distinta.

—¿Distinta? ¿En qué manera?

—Nuestras palabras crean realidades y por eso es importante tener palabras que nos inspiren y motiven para darnos impulso para lograr lo que más deseamos.

—¿Darnos impulso a lo que más deseamos? —repitió el muchacho.

—Cuando nosotros nos conocimos, te di una analogía de una pelota, ¿te acuerdas cuál fue?

—Algo así, como que a veces estamos arriba y a veces abajo. Lo único que tenemos que hacer es rebotar una vez más, ¿algo así fue? —preguntó Samuel. —De hecho aún tengo la pelotica que me diste Juancho —dijo Samuel mientras la sacaba de su bolsillo—. La llevo conmigo siempre.

Don Juan José se echó a reír, todo su cuerpo moviéndose—. Me alegro que conserves aún la pelotica. Entre más te conozco, más me impresionas, Samuel. Permíteme un momento la pelotica por favor —dijo el señor extendiendo la mano. Samuel se la dio y el señor continuó —Lo que dijiste es exactamente correcto. Cuando estamos abajo —dijo moviendo su mano con la pelota hacia abajo—, es importante tener algo o

alguien que nos pueda ayudar a rebotar y seguir adelante – rebotó la pelota en la dirección de Samuel quien la agarró en el aire.

—¿Y ese empuje viene a través de las palabras?

—Puede venir a través de palabras, a través de otras personas o a través de nosotros mismos.

—¿Cómo puede venir de nosotros mismos? —preguntó Samuel con el ceño fruncido.

—Nosotros pasamos más tiempo con nosotros mismos y con nuestros propios pensamientos que con cualquier otra persona. Es más, nuestra mente está siempre pensando y reflexionando. Ese parloteo interno crea nuestras propias realidades.

—¿Cómo es eso? —quería saber el muchacho, un poco confundido.

—¿Nuestros resultados en la vida vienen a través de nuestra reacción de lo que nos acontece y no de lo que acontece.

—Eso es lo que escribiste en el papelito que me diste, Juancho.

—Exactamente, Samuel. No es lo que pasa sino lo que hacemos con lo que pasa lo más importante. Las acciones que tomamos suelen ser el resultado de ese constante parloteo interno.

—¿Me puedes dar un ejemplo?

—Por supuesto, hijo, para esto estoy —respondió con una amplia sonrisa—. Tomemos el ejemplo de dos personas que pierden su trabajo. Es un algo terrible para cualquier persona. Provoca muchas dudas, incertidumbres y miedos. Una de éstas personas dice <<¡Este podría ser el comienzo de algo

grande!>>, mientras que la otra dice <<Pobre de mí, imás nunca encontraré algo tan bueno como el trabajo que tuve!>>. Es nuestra actitud hacia la vida lo que hace la diferencia tanto en lo bueno como también en lo malo.

—Cómo dice en Reflexiones —exclamó Samuel con entusiasmo, orgulloso de demostrar que había entendido lo que leyó.

—Eso es, chamo.

—¿Y nuestra actitud tiene que ver con nuestro parloteo interno?

—Absolutamente, Samuel. Nuestros pensamientos dan dirección al cauce de nuestro camino.

—¿Y mis pensamientos me pueden guiar al camino que debo tomar?

—Sí, Samuel, tus pensamientos son el inicio de todo lo que fue, todo lo que es y todo lo que será en tu vida. Creamos caminos con nuestros pensamientos.

—¿Y cómo hago para controlar mis pensamientos.

—Aunque algunos dicen que sea posible, no creo que lo sea en todo momento. Nuestros pensamientos frecuentemente son rebeldes y es como si ellos tuvieran sus propias mentes. En vez de controlar completamente nuestros pensamientos, sugiero más bien, dirigirlos.

—Si no es posible controlar completamente nuestros propios pensamientos, ¿cómo podemos dirigirlos?

Don Juan José vio los ojos del muchacho y se vio a él mismo, como si fuera un espejo. Hace muchos años él había emprendido una aventura parecida. Las circunstancias se quedaron grabadas en su mente y su ser. Primero había perdido

su trabajo. Luego entró en un bajón. Con la sugerencia de un sabio señor, comenzó un viaje para conocer a su abuelo. Este viaje le dio dirección a su propio camino de vida. Se acordó de cómo habían sido las experiencias difíciles que le habían enseñado tanto.

En los ojos de Samuel, Don Juan José imaginó lo que su mismo abuelo, El Patrón, había visto en sus ojos hace tantos años. Debería haber sido muy parecido a lo que veía ahora en Samuel. Se acordó de su propio deseo de encontrar su don especial. Imaginaba que su entusiasmo en aquel momento era parecido a lo que ahora percataba de Samuel.

Respiró profundamente y le dijo al muchacho. —Déjame contarte un cuento...

XIX. Don Juan José

—Vamos a jugar con los perros mientras hablamos —dijo Don Juan José. Se levantó tomando el librito y el papel enrollado que había dejado en la mesa con una mano y con la otra mano agarró una pelota de tenis que estaba debajo de la mesa.

Los perros inmediatamente siguieron al señor a la grama. Extendió su mano con la pelota a Samuel y le dijo —tírala.

Samuel tiró la pelota a unos metros de distancia y los cuatro corrieron para alcanzar la pelota. El más rápido la agarró en su boca y los otros tres lo seguían intentando quitársela. Don Juan José silbó y vinieron los cuatro. El que tenía la pelota en su boca la dejó caer a los pies de Don Juan José. Se agachó, agarró la pelota y gritó preguntando —¿Ahora, quién de ustedes es el más rápido e inteligente?

Tiró la pelota con toda su fuerza y fue volando mucho más allá de los arbustos y árboles que marcaban el límite del jardín. —Esta vez les va a tomar un rato para encontrarla —dijo a Samuel con una risa al ver los cuatro perros desaparecer en los arbustos al final del jardín.

—Cuando tenía catorce años —dijo Don Juan José volteándose hacia Samuel—, un poco menor que tú, yo también emprendí un viaje. Mi viaje se inició porque perdí mi trabajo y estaba en un bajón terrible. Emocionalmente estaba destrozado. En la profundidad de mi propia pesadilla conocí un señor que se llamaba Abuelito. Me habló sobre un don especial. Me dijo que encontrar nuestro propio don especial en la vida era lo más maravilloso que podríamos hacer.

—¿Y qué hiciste?

—La búsqueda de mi propio don especial me dirigió a mi abuelo, quien vivía en esta misma casa en aquél entonces. Aquí mismo donde estamos ahora, él compartió su sabiduría

conmigo. Para complementar sus palabras, me dio el libro de Reflexiones que leíste esta mañana.

—¿Cómo sabía Doña María Antonieta que tu querías que yo leyera el librito de Reflexiones?

—Ella ya sabe que estas reflexiones forman una parte integral de mi vida. Las comparto con todos y en cada momento que pueda. Mi abuelo me dio el libro con una condición y una responsabilidad.

¿Cuáles fueron? —preguntó Samuel, imaginando a Don Juan José como un niño de catorce años, hablando en este mismo lugar con su abuelo muchos años atrás.

—La condición fue que leyera una de las reflexiones cada noche antes de dormir. Me prometió que este hábito me iba a dirigir a vivir una vida más plena y productiva.

—¿Y has leído una de las Reflexiones todos los días? —quería saber Samuel.

—A través de los años he encontrado varios escritos que sirven el mismo fin. A veces cambio y leo algo diferente por un rato aunque siempre regreso a las Reflexiones. Establecí el hábito de leer palabras a diario que me motiven y me inspiren. Las palabras me alimentan, generando un impulso positivo que necesito de vez en cuando.

—Me parece lógico. ¿Y cuál fue la responsabilidad?

—La responsabilidad fue la de asimilar los principios en mi vida y compartirlos con otras personas.

—¿Y lo has hecho, Juancho?

Los perros regresaron, tres de ellos persiguiendo al que tenía la pelota en su boca. Al fin la encontraron, hijos —dijo Don Juan José, satisfecho con su logro. Tres de los perros ha-

cían todo lo posible por quitarle al otro la pelota. Juan José silbó y los cuatro vinieron nuevamente. Él que tenía la pelota acercó a al señor y soltó la pelota cerca de los pies. —Ahora lánzala tú Samuel.

Samuel tomó la pelota y esta vez la tiró lo más duro que pudo.

—Creo que esto va a llegar al río —dijo Don Juan José siguiendo la pelota con los ojos mientras fue volando hacia el barranco. —Qué bueno, a mí me gusta siempre darles un poco de ejercicio a mis chamos. Vente conmigo, hijo —dijo dirigiéndose hacia donde los perros bajaron hacia a la quebrada. Llegaron a un espacio entre los arbustos, salieron del jardín y siguieron una vereda lo bordeaba por detrás. Bajaron un poco hasta llegar a un claro entre los árboles donde había un tronco que tenía la forma de dos sillas con respaldares. Se veía el valle completo desde este mirador. Abajo a la derecha Samuel vio Aguascalientes.

—Si te paras arriba del tronco puedes ver la vereda por donde entraste a la montaña —decía el señor indicando el tronco.

Samuel subió y efectivamente, logró ver en la distancia la vereda que salía de la calle principal que pasaba por el pueblo.

—Abajo está el Río Chamo. Por eso mando mis <<chamos>> para allá —dijo el señor con un guiño del ojo al muchacho. Más allá de los árboles Samuel vio la pendiente que daba hacia abajo. A su izquierda las montañas subían en la distancia. El valle tenía montañas altas que marcaban sus límites.

—Dicen que éste valle es de los más fértiles del país. El agua de las montañas viene de manantiales y riega todo el valle —señaló varios picos en la distancia, mostrándole los más

altos—. Provee un flujo constante que alimenta la vida durante todo el año.

Se sentaron en las sillas formadas en el tronco y Don Juan José siguió —Me preguntaste si he cumplido con la responsabilidad de mi abuelo.

—Sí, Juancho, quisiera saber más de tu abuelo.

—El día que conocí a mi abuelo fue el día más maravilloso de mi vida. Luego cuando me dio Reflexiones, me hizo sentar aquí mismo para leerlo. Cuando comencé a leer cada una de las reflexiones era como si las palabras bailaran en el aire. Yo estaba totalmente inmerso con cada sílaba y palabra que leía. Después de leer las siete reflexiones, me quedé por mucho tiempo pensando en todos los acontecimientos que se juntaron para que estuviera sentado aquí en este mismo lugar leyendo las palabras de mi tatarabuelo. Contemplé esta misma vista que estamos viendo. Las palabras tenían una importancia particular para mí porque venían de las manos de mi abuelo.

>>Después de haberlas leído, subí a la casa y comencé un proceso donde hablábamos todos los días sobre una de las reflexiones. Me quedé aquí con mi abuelo durante una semana, siete días. Tuvimos una rutina que sigue siendo una parte importante de mi vida y cada día comenzaba de la misma manera.

—¿Cómo comenzaba?

—Nos levantábamos con el canto de los pájaros y con la primera luz del día. Luego salíamos al jardín y hacíamos una serie de estiramientos y ejercicios. Luego comíamos y nos sentamos durante horas hablando de una de las reflexiones. Terminábamos el día haciendo otros ejercicios despidiendo al sol mientras bajaba en el horizonte. Cerrábamos el día ha-

blando sobre la misma reflexión y diferentes maneras de implementar su aprendizaje en la rutina del día a día. Fueron momentos mágicos y los recuerdo con la misma claridad, de como si fuera ayer.

>>Regresé al Distrito Capital después de esa semana con mi abuelo y estaba emocionado. Casi no podía contener la energía que sentía por dentro. Todos vieron la energía que tuve y aunque muchos se alegraron de verme así, no todos estaban tan contentos. Había varios que me dijeron que estaba loco. Al principio me daba mucha rabia que no estuvieran contentos y en línea con mis objetivos. Más adelante aprendí que un poco de locura en la vida siempre es bueno y no hace falta que todos estén de acuerdo con nosotros.

>>Aprendí a tener una actitud positiva hacia la vida a través de mi encuentro con mi abuelo y esto me ha ayudado en todo lo que he hecho. Mi actitud hacia mis estudios cambió completamente. Mientras que algunos de mis amigos dejaron el colegio, yo seguía con <<tenacidad>> como me había enseñado mi abuelo. Cuando me gradué de bachillerato quería seguir estudiando aunque no tenía dinero para ir a la universidad. Un día me enteré de una beca que estaban ofreciendo para la persona que pudiera escribir un cuento interesante sobre el país y su historia. Dedicué mucho tiempo y energía a escribir el mejor cuento que podía. Luego, gané el concurso y la beca.

>>Cuando culminé mis estudios en la universidad, era supuestamente muy inteligente, porque tenía un papel bonito que me lo decía, pero lo cierto es que por más inteligente que fuera, estaba definitivamente sin dinero y sin trabajo.

Samuel se rio de la forma y manera que el señor con ánimo contaba su historia.

—Desde el momento que salí de la casa de mi abuelo por primera vez —continuaba Juan José—, había mantenido contacto con María Antonieta. La conocí en ese mismo viaje que me trajo hasta acá. Cuando estaba en la universidad estudiando, ella se mudó al Distrito Capital y consiguió un trabajo para estar conmigo. Cuando me gradué nos casamos. Como es el caso de la gran mayoría de las personas, teníamos muchas necesidades, las más inmediatas eran económicas.

—¿Qué hiciste, Juancho? —preguntó Samuel con curiosidad.

—Mi primer trabajo después de graduarme fue como cocinero en un restaurante. No fue lo que aspiraba aunque me daba un ingreso fijo. Mientras tanto estaba haciendo todo lo posible para encontrar un trabajo. Un día vi un anuncio en los clasificados buscando vendedores. Me pareció interesante y fui para la entrevista. Esperé varios días después de la entrevista para la respuesta. Estaba muy angustiado en esos días porque quería el puesto de trabajo con todo mi ser. Me pareció un buen producto y la perspectiva que dieron fue excelente. Lo único que no me gustó fue que no tuvo sueldo fijo y la remuneración fue totalmente en base a las comisiones. No obstante, cuando me aceptaron estaba muy emocionado.

—Puedo identificarme con esto —dijo Samuel, sabiendo muy bien esa misma sensación.

El señor asintió la cabeza, al tanto también que Samuel debió haber sentido algo parecido cuando lo contrataron en Seguros Nacional. Don Juan José siguió el cuento. —Después de haber comenzado, me di cuenta que en la compañía contrataban a todos los que entraban por la puerta. El único requisito era que tuvieran un pulso y que estuvieran dispuestos a estudiar y tomar un curso de preparación. Sobre todo te-

níamos que estar dispuestos a hacer el trabajo sin percibir ninguna remuneración.

—Eso ha sido mi caso —dijo sorprendido el muchacho—. ¿Cómo fue el trabajo?

—Al principio fue terrible. Fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer en mi vida. Afortunadamente, tenía empuje. Junto con las palabras que leía todos los días en Reflexiones, como también el apoyo de otras personas en el camino, logré establecerme en mi puesto de trabajo. Seguí mi rumbo trabajando por varios años con tres diferentes compañías en el mismo ramo. A cada paso aprendí algo nuevo. Aunque el trabajo siempre tuvo sus altos y bajos, fue una experiencia muy linda.

—¿Por qué dices que <<fue>> una experiencia bella, luego hiciste algo diferente?

—Eres muy perceptivo, Samuel. Después de dedicarme a la venta directa de servicios por toda mi vida, llegué a un cruce en el camino de mi vida y tuve que tomar una decisión importante.

—¿Cuál fue la decisión, Juancho?—

—Vi que mi puesto de trabajo se iba a eliminar. Tenía que decidir si iba a seguir en el mismo ramo o hacer un cambio radical. Afortunadamente, me había ido muy bien en mi trabajo como vendedor y tenía estabilidad económica. Había tenido la oportunidad de aprender y viajar mucho. En mi último puesto de trabajo conocí todo el continente, ofreciendo nuestros servicios. Aun así, sentí un vacío. No sentí que estaba logrando todo lo que quería en mi vida. Fue entonces que me acordé de las palabras exactas de mi abuelo. Fue en aquel cruce de mi vida que me vino nuevamente a la mente la responsabilidad que me pedido mi abuelo.

<<Tienes que hacer todo lo posible para asimilar estas palabras en tu vida y de esta forma compartir la sabiduría de las palabras con otras personas>>.

—¿Y no lo habías hecho, Juancho?

—Sí lo había hecho de cierta forma, Samuel. Había leído las palabras todos los días y siempre cuando podía yo repartía los conocimientos. Siento que mantenía una excelente actitud que me había servido bien tanto a mí como también a mis clientes.

—¿Y entonces? —preguntó el joven, con una mirada de confundido.

—No sentí que había compartido las palabras con tantas personas como pudiera. Pensé que tenía que haber otra forma de compartir mis conocimientos a los demás. Decidí tomar el camino menos transitado y renuncié a mi cargo en el trabajo. Comencé a dar charlas sobre las Reflexiones que mi abuelo me había dado.

—¿Cómo fue esta experiencia?

—Aunque tuve mis propios desafíos en el trayecto, ha sido y sigue siendo muy gratificante —contestó Don Juan José con una sonrisa amplia. El camino que emprendí en aquél instante tenía que ver con el rebote de una pelota.

—¿Cómo me explicaste en el avión cuando te conocí?

—Así es, Samuel. Me di cuenta que en mi propia vida había enfrentado muchos desafíos. Situaciones que me obligaron a tomar decisiones difíciles. Inclusive decisiones que me han llevado a vivir en otros países y con otras culturas. Muy parecida a tú decisión de venir para acá, Samuel.

—Por lo menos sé que no soy el único —Samuel dijo con una risa. El señor también se ríó.

—A pesar de todos los obstáculos, todos los altos y bajos, me di cuenta que de alguna forma había logrado <<rebotar>> después de cada momento difícil en mi vida. Me di cuenta que lo más importante no era donde estábamos en el ciclo de la vida en un momento determinado sino nuestra capacidad de rebotar, por lo menos una vez más. Esta idea conjunto con Reflexiones ha formado la base de lo que hago. Sin embargo, con el pasar del tiempo me he dado cuenta que no es mi historia de rebote el más importante, sino la historia de rebote que cada uno de nosotros tenemos.

—¿Qué quieres decir con esto, Juancho?

—Tú historia de <<rebote>> es un excelente ejemplo Samuel. Has emprendido un camino que no es fácil. Dejar tú país y tu familia para llegar a otra tierra desconocida es difícil. Cada obstáculo que has enfrentado hasta este momento forma parte de tú propia historia de rebote. En este instante estás nuevamente en lo que te podría parecer ser el borde de un abismo. Lo más interesante es que puede ser el borde de un abismo del cual caes y nunca regresas.

—Esto no me suena nada bien —dijo Samuel asustado.

—No todo es lindo y bello en la vida Samuel. La respuesta depende de ti. Hay personas que enfrentan dificultades y nunca logran superarlas, como hay otros que las enfrentan y utilizan estas mismas circunstancias para aprender y crecer más grande que antes.

—Creo que estoy entendiendo.

—Cuando una persona logra conectarse con su propia capacidad de rebote, es cuando se da cuenta que podemos superar cualquier obstáculo.

—¿Entonces ahora compartes la sabiduría de las Reflexiones y del rebote a través de charlas?

—Correcto, hijo. En el proceso también me he dado cuenta que me encanta escribir. Lo que inicialmente me ayudó a ganar una beca en la universidad, se ha convertido en una parte importante de lo que hago y de lo que soy. Debe ser algo que corre en mis venas —agregó una amplia sonrisa formando en su boca—. Además de Reflexiones, luego conseguí otros escritos de mi tatarabuelo que nunca habían sido publicados. Ahora dedico una semana al mes dando conferencias y talleres. Las otras tres semanas escribo y pienso sobre diferentes maneras de compartir lo que hago.

—Tanto tiempo pensando, ¿no te duele la cabeza de tanto pensar? —preguntó Samuel con picardía.

—¡Me encanta tú espíritu, Samuel, me haces recordar a alguien que conozco demasiado bien.

Don Juan José le dio el librito y el papel enrollado que aún tenía en sus manos a Samuel. —Estos son para ti, hijo. El librito es una copia de Reflexiones que ya leíste. El papel lo escribí yo. Sus palabras pintan un cuadro que nos permite ver cómo vivir a cada instante como un momento mágico.

Samuel los tomó en sus manos y Don Juan José continuó —Quiero que sepas que leer estas palabras no eliminará obstáculos e inconvenientes en tu vida. Vendrán situaciones que prueban tu fe. Inclusive habrá personas que intenten descarrilarte de tu camino. He aprendido a través de los años que aunque sea muy importante, una actitud positiva no siempre es la solución a las dificultades en la vida.

—¿Cómo puede ser esto? Pensé que me habías dicho que una actitud positiva es lo más importante que podemos tener en la vida. Por lo menos esto es lo que entendí en Reflexiones.

—Así es, hijo. Una actitud positiva es sumamente importante. Es más, considero que sea un factor exponencial en la vida tanto en lo positivo como también en lo negativo.

—¿Entonces? Ya me estás confundiendo, Juancho.

—También a mí me confundió al principio —contestó Don Juan José con empatía—. La mejor forma de explicártelo es con un ejemplo. El Dr. Viktor Frankl fue un psicólogo que estuvo preso en los campos de concentración en Alemania durante la segunda guerra mundial. Durante su encarcelamiento estudió el comportamiento de los presos, y sobre todo, su habilidad de superar la adversidad. Dedicó su vida al tema y luego escribió sobre sus descubrimientos. Se dio cuenta que no siempre fueron las personas que tuvieron una actitud positiva las que sobrevivieron.

—¿Y eso por qué?

—Las personas que tenían una actitud siempre positiva pensaban <<Seguramente saldré para navidad>>. Navidad venía y se iba y aún estaban allí. Luego pensaban <<Para mis cumpleaños saldré>>. Venían sus cumpleaños y seguían allí. Llegaba un momento cuando su actitud positiva simplemente no daba más y se rendían bajo la presión.

—¿Y cuál fue la diferencia con las que sobrevivieron a esa terrible situación?

—Ellos veían la realidad de la situación con todo lo que implicaba. Aunque a veces sus actitudes eran lo que otros podrían calificar como <<negativas>>, nunca perdieron de la vista la gravedad de lo que estaban viviendo. Esto les permitió perdurar más que las personas que simplemente tenían una actitud positiva sin tomar en cuenta la seriedad de su situación.

—Ah, ahora creo que estoy entendiendo.

—Sonreír y decir que el día es bello cien veces no elimina las nubes o un diluvio constante. Es importante tener una actitud positiva como también ver lo que está aconteciendo por lo que realmente es, y no por lo que imaginemos que sea.

>>Adicionalmente, una persona que tiene una actitud sumamente positiva todo el tiempo tiene la tendencia de restar el positivismo de otras personas en su alrededor, hasta cuando normalmente tienen actitudes positivas.

—¿Y eso, por qué?

—Una persona que siempre es positiva puede irritar a los demás. Podrían decir <<¿Cómo puede ser que siempre sea tan positivo cuando la situación es tan fea?>> Una persona que siempre es positiva puede crear un vacío a su alrededor. En nuestro mundo, los vacíos se llenan con algo. En el caso de una persona eternamente positiva, este vacío se llena con el negativismo de los demás.

—¿Entonces qué debo hacer, tener una actitud positiva o negativa?

—Si hay que escoger entre las dos, sugiero que escojas tener una actitud positiva. Aun así, es importante dejar que las otras personas tengan su propia visión del mundo. No debemos sentir la necesidad de cambiar a todos a nuestra forma de pensar. Cada persona es como una isla que ha sido formada con el pasar del tiempo. La marea de nuestros pensamientos puede influir sus límites y sus bordes o simplemente marearlos. —Los dos se rieron al chiste del señor.

Después de unos instantes, el señor dijo levantándose —Quédate aquí leyendo Samuel. —Los perros que estaban sentados a su lado inmediatamente se pusieron de pie—. Primero quiero que leas la hoja individual que se llama Momentos. Luego lee nuevamente Reflexiones. En particular quiero que

contemples las palabras en la reflexión <<Utilidad>>. Para los próximos pasos en tu camino esta reflexión es fundamental. Siendo útil a los demás es la manera más segura de llegar a ser <<grande>> en todos los sentidos de la palabra.

>>Cuando termines de leer todo, sube a la casa, a mí ya me está pegando el hambre.

—De acuerdo, Juancho

Don Juan José dio la vuelta y se fue caminando con los perros a su lado. Samuel observó el librito de Reflexiones y luego sacó una cinta que mantenía el papel enrollado. Cuando lo abrió observó un papel fino con unas letras elegantes en la parte superior que decían simplemente:

<<Momentos>>.

La letra era muy bonita e imaginaba una persona haciéndola poco a poco como vio una vez hacer alguien haciendo invitaciones.

—Casi se me olvidó —dijo Don Juan José volteándose a ver a Samuel—. Levantó los dos brazos en el aire y apareció una pelota bien bonita en una mano. —¡Agarra la pelota, Samuel y que no se te vaya a caer porque los perros te la quitarán en un instante. —Espero hasta que Samuel bajara lo que tenía en sus manos y le tiró la pelota. Los perros que estaban pendientes de cada movimiento del señor, corrieron hacia Samuel al ver la pelota en el aire. Al ver que el muchacho agarró la pelota en el aire, se voltearon y corrieron nuevamente hacia el señor.

—¿Y esto para qué es, Juancho?

—Sé que ya tienes una pelota, pero me parece mejor tener dos, y además, —agregó con un guiño de ojo—, si pierdes una, tendrás la otra para que el rebote siempre esté contigo, hijo...

XX. Momentos

- i. Momentos mágicos
- ii. Momentos cotidianos

- iii. Momentos increíbles
- iv. Momentos de desafío

- v. Momentos de éxtasis
- vi. Momentos de angustia

- vii. Momentos maravillosos
- viii. Momentos ordinarios

- ix. Momentos de inspiración
- x. Momentos de torpeza

- xi. Momentos de alegría
- xii. Momentos de tristeza

- xiii. Momentos para arriesgarnos
- xiv. Momentos para perseverar

xv. Momentos de energía

xvi. Momentos de descanso

xvii. Momentos para dialogar

xviii. Momentos para escuchar

xix. Momentos para imaginar

xx. Momentos para cristalizar

xxi. Momentos para pensar

La vida está hecha de momentos...

i. Momentos mágicos que nos hacen estremecer con placer y que forman una parte integral de la existencia.

Momentos que se convierten en las películas de la mente y pueden ser accedidas las 24 horas del día para anclarnos en aquellos instantes que confirman lo maravilloso que es estar en este trayecto increíble que llamamos vida.

ii. Momentos cotidianos que constituyen el día a día y conforman una gran cantidad de nuestros minutos, horas y días.

Momentos que pueden pasarse por desapercibidos si no estamos prestando atención; el vuelo de un pájaro, el color intenso de una flor o la respiración que nos da vida.

iii. Momentos increíbles que nos quitan el aliento con su maravilla y la sorpresa de lo perfecto que es la vida en su misma imperfección.

Momentos cuando una tormenta arrasa con todo lo que está en su camino y la sorpresa de la subsecuente regeneración de vida y abundancia en el mismo lugar donde antes no quedaba absolutamente nada.

iv. Momentos de desafío que pareciera que nunca van a terminar y la agonía que vivimos mientras que estamos buscando una solución.

Momentos que en el instante parecen ser el fin del mundo que conocemos y que luego resultan ser solo sueños distantes cuando logramos superarlos, dejando lecciones importantes.

v. Momentos de éxtasis cuando se detiene el mundo y entramos en un estado donde nada nos puede tocar o tumbar.

Momentos que vienen cuando menos los esperamos y que luego quedan como un remanente de un sueño sensacional que anhelamos repetir con todo el cuerpo y ser.

vi. Momentos de angustia que forman parte de nuestra vida y que nos impiden hacer lo que en otras circunstancias hacemos naturalmente.

Momentos que de una forma peculiar e inesperada forman la base de nuestro ser y que luego dan pautas que nos desvían dándonos la dirección que marca nuestro destino.

vii. Momentos maravillosos que nos hacen sonreír ampliamente y reír tan fuerte que nos duele el estómago.

Momentos que dejan su huella en nuestra experiencia, fortaleciendo lazos con las personas con quienes tenemos el gusto de compartirlos creando relaciones que pueden perdurar toda la vida.

viii. Momentos ordinarios que forman una gran parte de nuestra existencia y que a su vez siempre dejan un espacio para reflexionar.

Momentos que de otra manera simplemente vienen y se van sin que les demos mayor importancia, aunque cuando los analizamos tienen el poder de afirmar lo extraordinario que es cada instante.

ix. Momentos de inspiración que nos permiten volar con las águilas y durante los cuales pareciera que todo lo que hacemos sale bien.

Momentos cuando estamos conectados con el universo y fluimos naturalmente con todos los cambios normales e imprevistos que constituyen la naturaleza de la vida.

x. Momentos de torpeza que vienen inesperadamente y que nos causan vergüenza porque nada funciona como quisiéramos.

Momentos que reafirman el hecho de que no somos perfectos y que a su vez crean incomodidad que frecuentemente es imprescindible para aprender y continuar.

xi. Momentos de alegría que alimentan el alma y que confirman que la felicidad debe ser la regla en vez de la excepción.

Momentos que nos transportan emocionalmente a otro lugar y que nos abren las puertas para ser felices con lo que tenemos y donde nos encontramos en cada instante, aún sabiendo que siempre podemos mejorar.

xii. Momentos de tristeza que forman una parte natural del ciclo de la vida y que por más que quisiéramos que no se presentaran, se presentarán.

Momentos para reflexionar sobre cómo hemos vivido hasta este momento para luego seguir adelante modificando nuestro comportamiento por errores cometidos y creando nuestra propia realidad.

xiii. Momentos para arriesgarnos con valentía con el fin de lograr lo que más deseamos y pintar un cuadro grandioso representando lo que somos.

Momentos para dar un brinco al vacío con energía sabiendo que en el camino podemos realizar ajustes para obtener exactamente lo que queremos.

xiv. Momentos para perseverar, manteniéndonos firmes con nuestras propias decisiones sabiendo que nuestro criterio tiene el mismo valor que el de cualquier otra persona.

Momentos para quedarnos tranquilos en el conocimiento que no siempre es necesario realizar cambios violentos para conseguir lo que queremos.

xv. Momentos de energía cuando actuamos con entusiasmo para lograr nuestros sueños y crear nuevos caminos al destino que más deseamos.

Momentos para seguir adelante con ánimo sabiendo que las personas que están más ocupadas, y tienen más que hacer, son las que suelen dar resultados en vez de excusas.

xvi. Momentos de descanso cuando retomamos nuestras fuerzas y disfrutamos plenamente del placer de simplemente ser, sin sentirnos obligados a siempre estar ocupados.

Momentos para saborear el sol sintiendo su calor y reflexionar sobre el trabajo arduo que paradójicamente nos permite disfrutar de cada instante.

xvii. Momentos para dialogar con elocuencia, exponiendo nuestro punto de vista con confianza y convicción, compartiendo nuestros conocimientos.

Momentos para destacarnos de los demás haciendo todo lo que está dentro de nuestro poder para ser algo más que uno más del montón.

xviii. Momentos para escuchar con el fin de primero entender la posición y perspectiva de los demás, antes de ofrecer nuestra opinión.

Momentos de empatía cuando examinamos en las emociones y los pensamientos del otro para entender lo que realmente le interesa, haciéndolo sentir comprendido.

xix. Momentos para imaginar todo lo que es posible cuando utilizamos nuestro poder creativo para generar nuevas soluciones y alternativas a desafíos comunes.

Momentos para ingeniar nuevas maneras de conseguir algo mejor, por caminos distintos que nos dirigen a nuevos destinos.

xx. Momentos para cristalizar lo que ya sabemos con todo lo que hemos aprendido deleitándonos en los desafíos que hemos superado.

Momentos para ponderar nuestra existencia y lo que significa la vida, sabiendo que aun con las mejores teorías, no hay nadie que tenga la respuesta absoluta.

xxi. Momentos para pensar en lo maravilloso que es cada segundo, minuto y hora que va pasando como arena por nuestros dedos mientras que el mundo sigue dando vueltas.

Momentos para ser agradecidos por el privilegio de estar vivos, sabiendo con certeza que este instante aquí y ahora puede ser un momento mágico.

XXI. Reflejos en el Agua

Samuel observó el agua del mar. El sol estaba subiendo y se reflejaba contra lo que pareciera un vidrio espectacular que se extendía al horizonte. Los rayos del sol bailaban en su superficie con los rayos de un nuevo día.

—Toma, Samuel, aquí está tu cafecito.

—Muchas gracias Lucy, siempre eres tan atenta conmigo.

—Y tú conmigo —le dijo regalándole la misma sonrisa espectacular que le había dado cuando la conoció por primera vez en el aeropuerto tantos años atrás. Ella aún era linda y radiante. Los años habían pincelado una obra de arte en su cara.

—¿Qué piensas? —ella preguntó. Aunque conocía cada uno de sus humores y expresiones, nunca sabía lo que le podría salir de la boca—. Te veo muy reflexivo esta mañana.

—Mi amor, tu sabes que esto siempre es una pregunta medio peligrosa, sobre todo cuando me la haces a mí —contestó Samuel con picardía—.

—Tomaré el riesgo, Sam, quisiera saber lo que está pasando en esta mente maravillosa que tienes.

—Hoy, como bien sabes, mi mami cumple 88 años.

—Claro mi vida. Hemos estado planificando algo especial para este día durante varios meses.

—Dentro de unas horas vamos a tener el placer de compartir con todos nuestros seres queridos.

—Estoy emocionada, Sam, porque aunque compartimos mucho con ellos, este realmente es un día especial.

—Va a ser un momento mágico mi reina.

—¡Claro que sí, Sam, no me cabe duda! ¿No creo que estés preocupado por la celebración?

—Para nada Lucy. Tú ya me conoces desde hace mucho tiempo y sabes que no tengo problemas.

—Por supuesto, Sam. Sé que sólo tienes <<soluciones>>, me lo has dicho ya por lo menos 8.640 veces —ella agregó con una mirada especial y una mirada de cómplice que sólo viene después de vivir con alguien por tantos años.

—No sabía que seguías contando, mi amor —contestó con una incredulidad fingida.

—Entonces dime, ¿cuál es tu solución, Sam? Sé que no aguantas las ganas de decírmela.

—No es exactamente una solución mi vida, más bien una reflexión.

Ella seguía escuchando y tomó un traguito de café.

—Estaba pensando en lo tranquilo que parece el mar esta mañana. Parece una tabla, ni siquiera se ven las olas.

—¿Y eso que te hace pensar, Sam?

—Me hace pensar en la vida, Lucy, y en lo que va a pasar esta tarde. Vamos a celebrar otro año de mi linda mamá. Mi mamá que me ha cuidado y que ha estado pendiente de mí durante todos estos años. Aunque fui yo el que la trajo para acá junto con mis hermanos, ella siempre ha estado conmigo inclusive cuando estábamos separados por el <<charco grande>>.

—Sí, mi amor, consto que así fue.

Nuestra vida hoy, esta mañana está tranquila y relajada, como el mar en este instante. Esta tarde va a ser turbulenta, de una buena manera, por supuesto, con música y baile.

—¿Y qué quieres decir con todo eso, Sam?

—A veces quisiéramos que todo fuera <<perfecto>> sin que nada nos perturbara.

—Me encanta cuando vas por allí con tus locuras analizando la vida, Sam, dime más...

—Por más calmado que parezca el mar en este instante, hay una turbulencia que existe abajo. La lucha eterna de la vida que pasa desapercibida debajo de la tranquilidad.

—Eso es cierto, Sam. A veces lo que más valoramos es la comodidad. Y todo eso, ¿a qué te lleva?

—Pienso en mi vida y todo lo que ha acontecido.

—¿En qué sentido?

—Ya soy mayor...

—¿Me lo vas a decir a mí? —interrumpió Lucila con una risa—. Disculpa, mi amor, por favor sigue con tu pensamiento.

—Yo sigo trabajando porque realmente lo disfruto. Además no sé qué haría si no trabajara. Veo a tantos jóvenes en mi negocio que ya están pensando en jubilarse y yo sigo en gran parte por lo que ha sido esta turbulencia en mi vida.

—No entiendo, ¿por qué dices eso, Sam?

—Tú mejor que cualquier otra persona sabes mi historia y como llegué a este país.

—Claro, mi amor, es como un cuento de hadas...

—¡Precisamente ese es el punto, Lucila! Cuando alguien me pregunta sobre mi vida y le cuento cual ha sido mi trayecto, pareciera como si fuera el mar de esta mañana. Todo tranquilo, todo <<perfecto>> y no es así.

—Bueno, Sam, eso también se debe a la forma como tú cuentas la historia. No entras en detalles en lo que ha sido la parte difícil.

—Tienes razón, Lucy. No lo hago porque me he dado cuenta con los años que a las personas lo que más les interesa son sus propias vidas y no las de los demás.

—¿Y entonces? —preguntó Lucila ahora un poco confundida de nuevo. Algo que pasaba con frecuencia cuando su esposo hablaba sobre sus nuevas <<ideas>>.

—Tal vez sería bueno darte un ejemplo. Después de mis primeros obstáculos llegando a este país y después de mi viaje a Aguascalientes, me he dedicado a una sola cosa.

—A ver si lo acierto —tomó una pausa dramática y luego dijo—, a ser útil en la vida.

—¡Temo que me conoces demasiado bien, mi amor!

—Claro, Sam, tanto en lo bueno como también en lo malo. Tú mismo me has dicho tantas veces <<Nada es ni bueno ni malo, las cosas simplemente son>>. Esta dedicación a ser útil te ha servido muy bien, ¿no es cierto?

—Claro que sí, mi vida. Me ha permitido desarrollarme profesionalmente. Nos ha dado la oportunidad de disfrutar de momentos increíbles juntos y me ha permitido traer a mi familia a este paraíso.

—Entonces no entiendo lo que me quieres decir, Samuel. El cuento es lindo.

—Sí lo es, Lucila, aunque hay mucho más de los hechos. Las emociones junto con los altos y bajos han sido una parte importante del camino. Si no hubiese sido por situaciones sumamente difíciles, dudo que hubiésemos logrado todo lo que hemos hecho.

—Esto sí es cierto, Sam, hemos vivido por muchos altos y bajos.

—Y así como lo hemos vivido nosotros, todos de cierta forma lo han vivido. Lo que vemos en una persona a veces es parecido al mar de esta mañana. Todo tranquilo y transparente. Como seguramente será la presencia de mi mamá esta tarde. Tú la conoces Lucy, siempre la dama. La princesa de la fiesta.

—Es verdad Sam, no importa lo que puede estar pasando en su vida, cuando viene el momento del <<show>>, ella se prende. Se transforma. Es como si alguien dijera, <<Luces, cámara, ¡acción!>>.

—Es increíble, Lucy, tú más que nadie sabes que esa actitud de ella me ha ayudado en la vida.

—No me lo tienes que decir, Sam. Acuérdate, ¡ya tenemos unos añitos juntos.

—Y cada instante ha sido increíble, mi amor.

—Siempre el galán, Sam, aunque no tienes que seguir conquistándome, ¡me encanta cada vez que lo haces!

Samuel sonrió. Tomó un traguito de su café y dijo suavemente —Es por qué realmente eres increíble, mi vida, tú me inspiras.

—Gracias, Sam, por eso me encantas tanto. Sigue con tu pensamiento por favor. Sé que no pudiste aguantar tirarme unas flores por allí, mi amor. Gracias... —agregó, una cara de alegría pintada en su cara.

—Hay mucho más detrás de esa tranquilidad en la gran mayoría de los casos. Vemos la angustia e inquietud de la gente. Lo que no sabemos es lo que está detrás de la angustia

e inquietud. Suele ser algún acontecimiento o una serie de acontecimientos que causan que la gente se sienta así.

—Ahora veo lo que quieres decir, mi amor. ¿Quieres decir que hay mucho más allá de lo que vemos a simple vista?

—Sí, mi vida, eso justamente es lo que quiero decir. Tengo la gran fortuna de que muchas personas me respetan, por lo menos es lo que demuestran cuando están conmigo, aunque no sé qué dirán cuando no estoy porque nunca los escucho —agregó con una risa—.

<<Muchos piensan que he logrado lo que tengo porque soy extranjero o porque he tenido suerte. Al contrario, he logrado todo lo que he hecho porque he vivido. Mi lema ha sido vivir cada instante intensamente. Es posible disfrutar a cada momento, aun cuando no sea tan placentero.

—Te estás poniendo muy filosófico, Sam.

—Tienes razón, Lucy, solamente es que no puedo dejar de pensar.

—Menos mal porque cuando dejas de pensar, no va a ser tan divertido compartir contigo. Y ahora mismo, ¿qué no puedes dejar de pensar?

—En la vida y la felicidad.

—¿En qué sentido, mi amor?

—Pareciera que hay una constante lucha para lograr algo. De obtener otro cliente, una casa más grande o más dinero en el banco, por ejemplo. En esta lucha constante, frecuentemente perdemos de la vista lo más increíble.

—¿Y qué es lo más increíble, Sam?

Sam se paró y con sus ojos pidió que ella hiciera lo mismo. La tomó en sus brazos y la abrazó con toda su alma. Mientras

la abrazaba, susurró con ternura —Lo más increíble es que estoy aquí compartiendo contigo, y esto convierte a este instante en un momento mágico, mi amor...

Fin

Copyright

Todos los derechos reservados
Copyright © 2008 Rob McBride

Edición del Autor
Abril 2021

Rob McBride
+58 414 328 6411
www.RobMcBride.net
rob.h.mcbride@gmail.com

Edición: Betty Mott, Nora Soto, Awilda Castillo, Ernesto Pinto, Alicia McBride, Alfonso Goris, Chantalle McBride, Julieta Román, Ana Montes de Oca, Amelia Beloso, Nilka Judith Portuzel, Yodaisy Llorente.

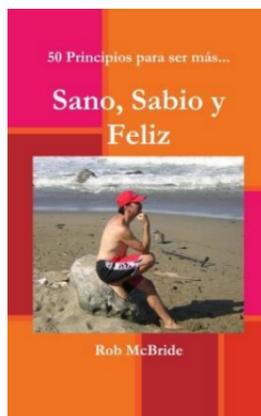
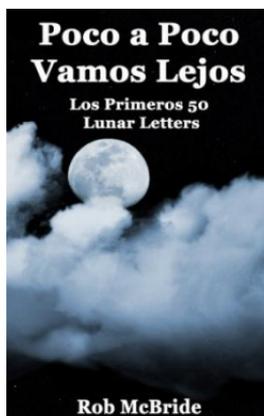
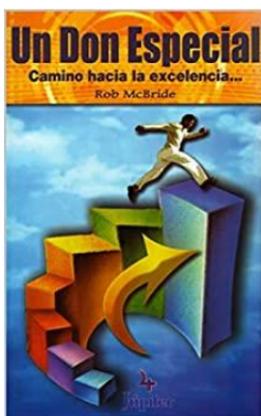
No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del autor.

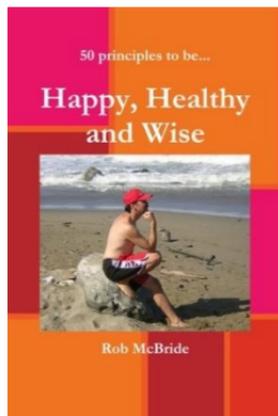
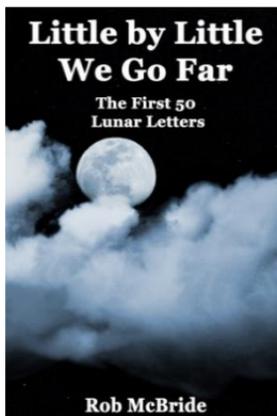
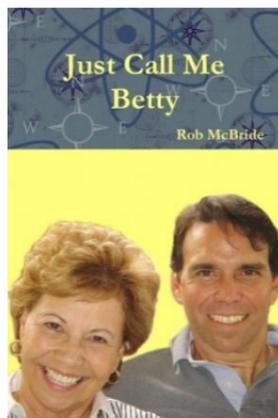
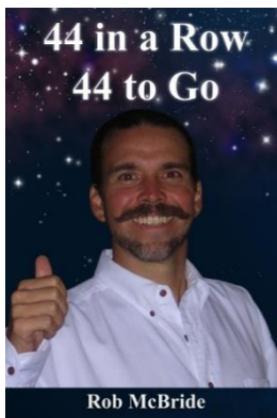
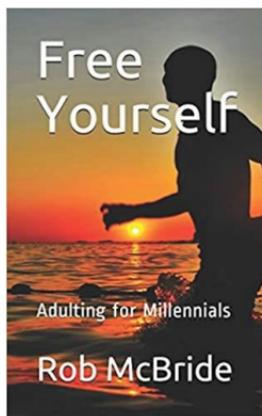
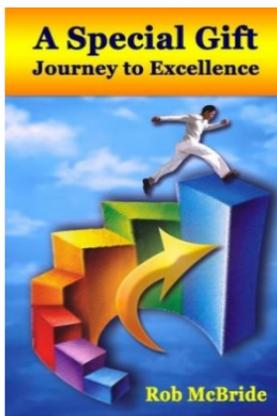
Foto de portada: [Tyler Milligan @ Unsplash](#)

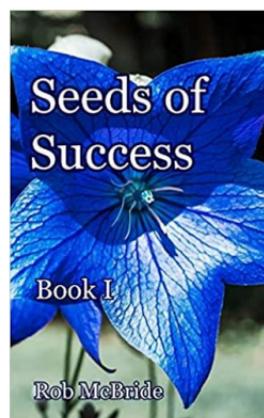
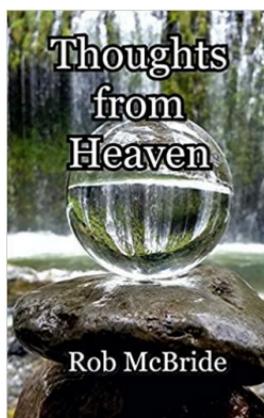
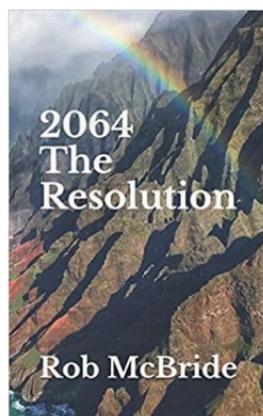
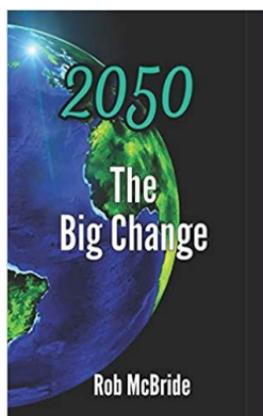
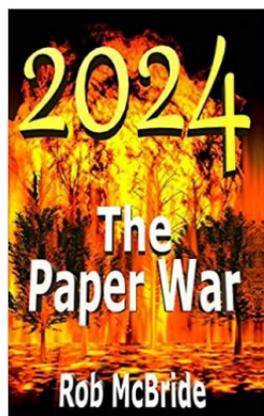
McBride, Rob.
Momentos mágicos / Rob McBride.
MYBN 238-08-06-1962-2008s

1. Momentos
2. Magia
3. Experiencia
4. Preparación
5. Actitud²
6. Manejo del Cambio
7. Resiliencia

Libros Disponibles







[**Página del Autor**](#)